

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

EMILIO GUINEA

# EN EL PAIS DE LOS PAMUES

RELATO ILUSTRADO DE MI PRIMER VIAJE A LA GUINEA ESPAÑOLA



INSTITUTO DE ESTUDIOS AFRICANOS

M A D R I D 1 9 4 7



Emilio Guinea

B.3687

Alph 06423600101

910  
(671) Gui

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

# EN EL PAÍS DE LOS PÁMUES

(RELATO ILUSTRADO DE MI PRIMER  
VIAJE A LA GUINEA ESPAÑOLA)

POR EL

**Prof. Dr. Emilio Guinea**

CATEDRÁTICO DE CIENCIAS NATURALES  
ESPECIALIZADO EN GEOGRAFÍA BOTÁNICA

INSTITUTO DE ESTUDIOS AFRICANOS

MADRID

1947

ES PROPIEDAD

DERECHOS RESERVADOS  
PARA TODOS LOS PAÍSES

IMPRESO EN ESPAÑA

---

EDICIONES ARES.—Apartado de Correos núm 8030.—MADRID

Al Excmo. Sr. D. Arturo Caballero Segares  
Director del Jardín Botánico de Madrid  
con sincera y legítima admiración  
a su personalidad primera de botánico  
Cordialmente su discípulo  
Guillermo Guinea

Madrid 5-XI-1947

AL Excmo. Sr. D. José Díaz de Villegas,  
cuya certera visión de los problemas colo-  
niales tiene la virtud de crear el actual re-  
surgir de España en Africa.



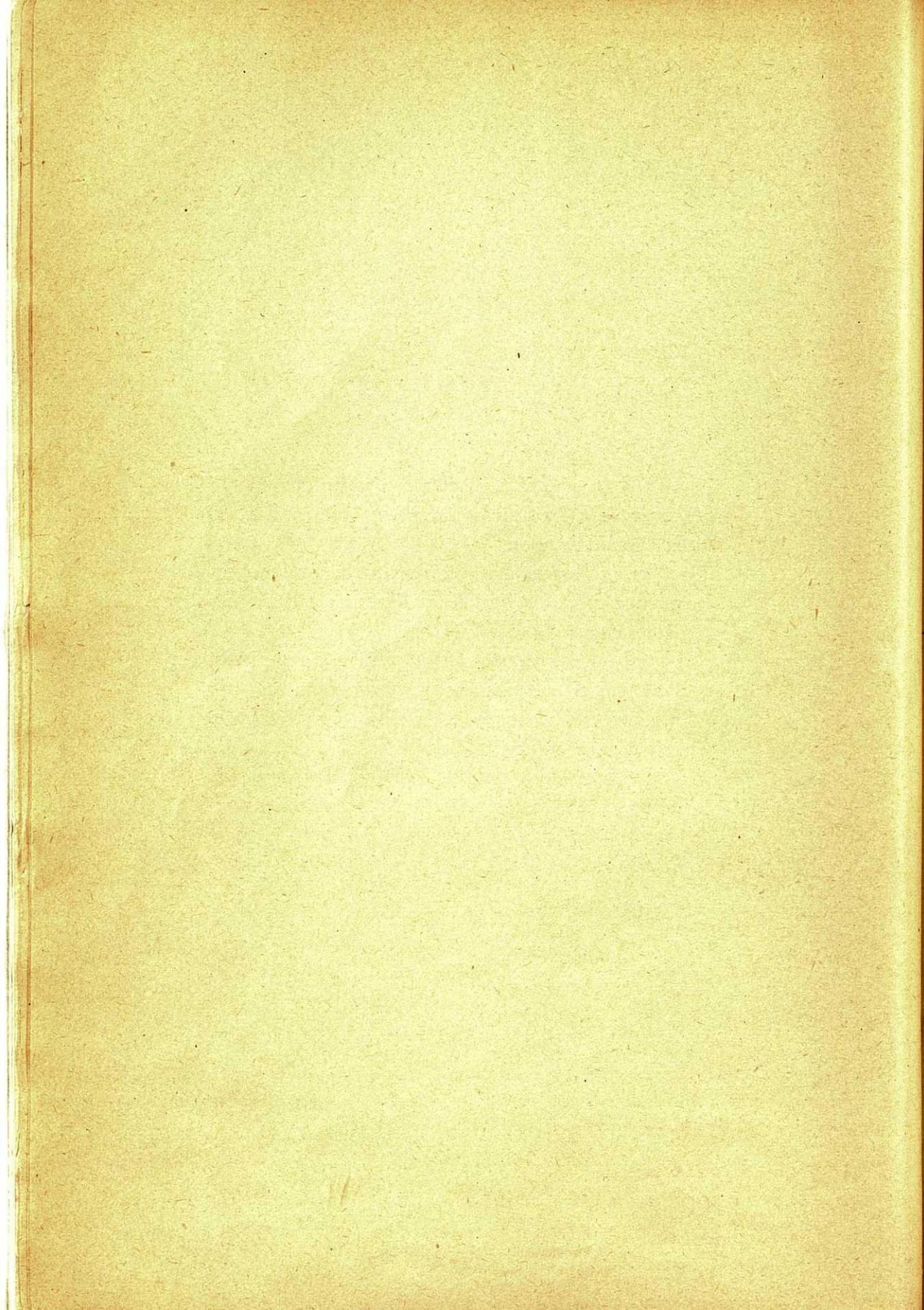
## ENVIO A LOS COLONIALES ESPAÑOLES

*POR la gallardía y soltura con que restan importancia a los penosos sacrificios que la vida de la Colonia impone.*

*Por la hospitalidad y simpatía con que acogen siempre al recién llegado, sediento en extremo de calor humano y apoyo moral.*

*Por la generosidad con que derrochan a diario sus mejores energías para rescatar palmo a palmo este trozo de España, de su antigua condición primitiva y salvaje.*

*Por su noble orgullo de sentirse coloniales, que desprecian tanto los peligros de las enfermedades intertropicales, como los riesgos que lleva consigo la vida del bosque.*



PROLOGO



*EMILIO GUINEA, bilbaíno, aprendió a amar la naturaleza en los montes que circundan su villa nativa.*

*Hijo de un maestro municipal de Bilbao, cuerpo benemérito que se ha esforzado por educar a la juventud popular bilbaína. Guinea fué uno de esos chicos avisados a quienes no bastan la letra muerta de la escuela ni los juegos callejeros. No es que fuera ajeno a la curiosidad de los libros, ni al regocijo infantil de entre calles, pero su energía física y su curiosidad intelectual no se saciaban ni con una ni con otro.*

*Unamuno brezó también sus soledades en estas montañas: rientes y amables del lado de Archanda; ceñudas y atormentadas del lado de Ganecogorta.*

*«Ceñudo Pagasarri, viejo amigo,  
su soledad amparó mis soledades...»*

*cantó el bilbaíno y universal rector de la Universidad de Salamanca.*

*Guinea fué ganada tempranamente por su vocación de botánico. El peñascal de Iturrigorri, Pagasarri y Ganecogorta, conocieron sus primeras herborizaciones.*

*Yo aprendí también tempranamente a recorrer campos y montes de Vizcaya con mi padre, que había herborizado con fervor y*

*desinterés por estradas y cumbres. De aquellos paseos de la infancia y de la juventud y de los conocimientos universitarios guardo mi simpatía por la botánica. Cuando conocí a Guinea acaso fuera ella la que me inclinó a su amistad. Pero Guinea no necesita que nadie tenga inclinación —aunque sea leve y lejana como la mía— por esos estudios para ganar la simpatía de quien se le acerque.*

*Es Guinea lo que pudiéramos decir un botánico de raza y por lo mismo no es el botánico a que las novelas nos tienen acostumbrados. Su amor a la naturaleza y su rigor científico no le impiden ser a la vez un poeta, como han sido todos los grandes cultivadores de esa ciencia.*

*Por otro lado Guinea ha llegado a esta disciplina en el momento en que se superaba la mera catalogación de las especies vegetales y en que eso que se ha llamado sociología botánica ganaba a los mejores investigadores.*

*No era ya tan solo la benemérita e imprescindible labor de catalogar y nombrar las especies, era el estudiarlas vivas en el tapiz vegetal, el verlas en las asociaciones naturales con otras especies y sentir el palpitar de la tierra en la cabellera verde que las cubre, desde las grandes especies arbóreas a eso que indeterminadamente se llama yerba, y que en nuestro clima norteño da apacibilidad y gracia mansa al paisaje.*

*Aquí, en Bilbao, sobre nuestra verde humedad, entre nuestra reducida flora aprendió Guinea a amar la naturaleza y a herborizar. Su personalidad se ha afirmado en la paz de nuestra liberación y el Estado, atento a todos los valores y a todas las actividades culturales, le ha facilitado medios para investigar en nuestras posesiones de Guinea.*

*Antes había catalogado y hecho el estudio de la flora de la provincia de Jaén, y ganado el premio de su Diputación. Ahora, además de la flora de nuestras posesiones —sobre las que ha publicado ya varios libros, y entre ellos éste que yo sin mérito alguno*

prologo— estudia la flora de Vizcaya bajo los auspicios de la Junta de Cultura de la Diputación. Libro que ha de agotar la materia y que ha de honrar, tanto a la Corporación que lo patrocina, como al botánico que lo lleva a cabo.

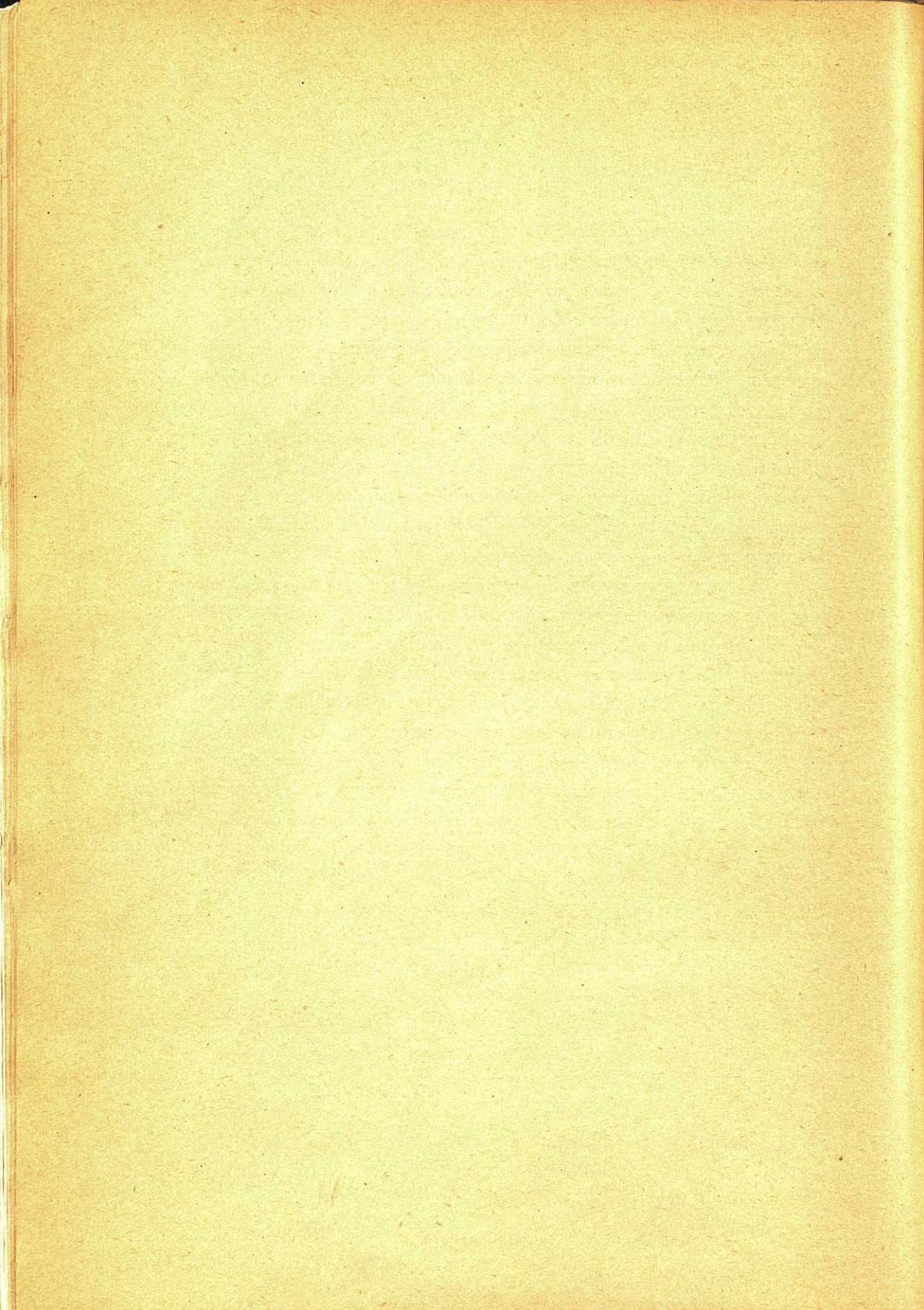
Guinea no es un botánico miope que se pierde en el estudio de cada especie determinada. Sin olvidar un momento el rigor científico se deja arrebatar por la belleza del paisaje. Además de un científico Guinea lleva dentro un artista y está en la mejor línea de los escritores que han sabido devolver la emoción que la naturaleza nos produce. Podríamos catalogarlo en la línea de los Raymond y Rousseau, creadores de lo que pudiéramos llamar, en cierto modo, la literatura alpina.

Dibujante experto sabe ilustrar con dibujos científicos y con acuarelas sencillamente de pintor, sus trabajos botánicos.

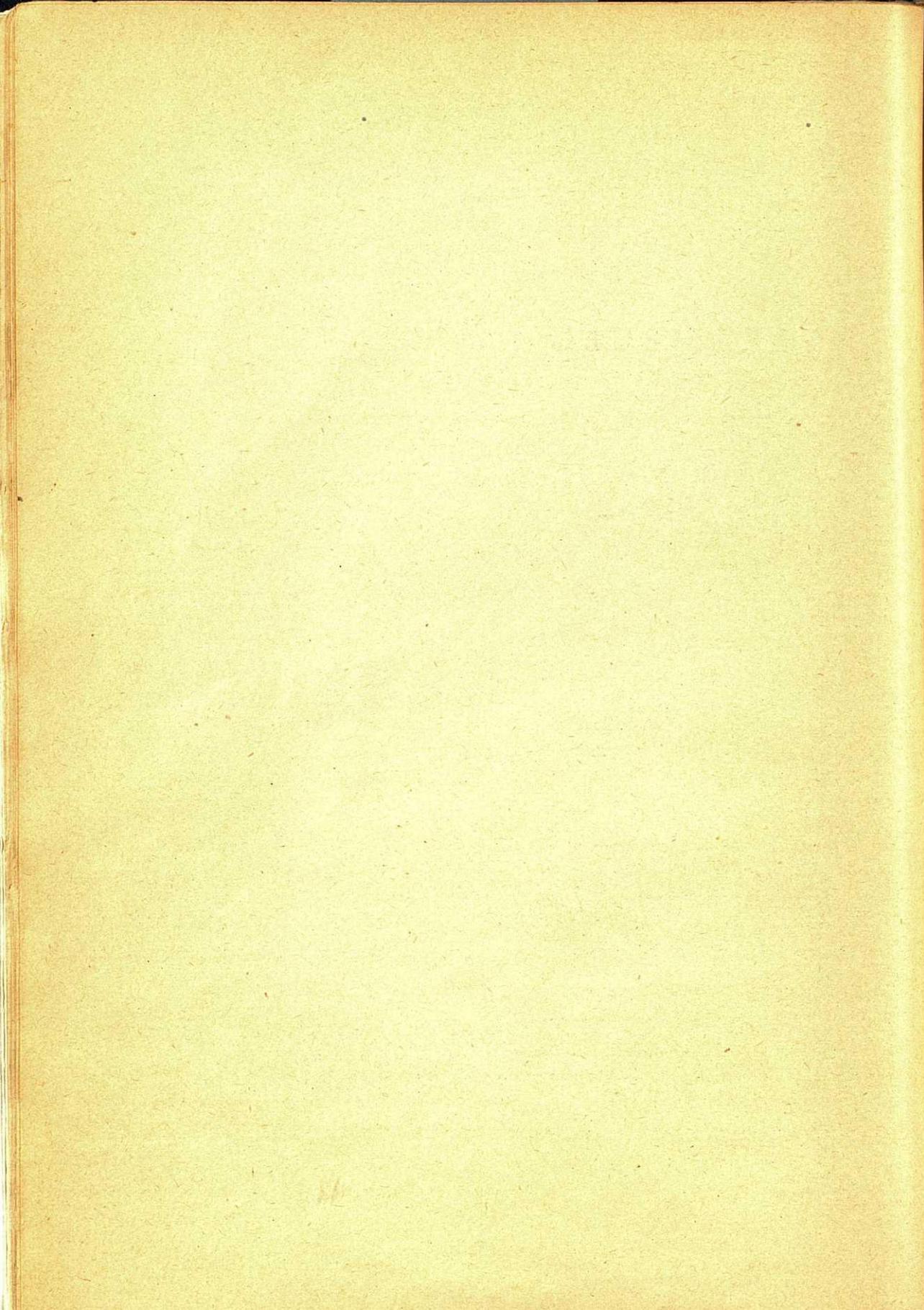
Yo, sin más mérito que la amistad y el que el azar me haya convertido de transeunte —que es mi vocación más segura— en Alcalde de la villa, me honro hoy en poner al frente de su libro «En el país de los pámues» estas pocas líneas.

Yo espero así incorporar mi nombre oscuro al de la obra de este botánico que, si Dios le da años de vida, es seguro ha de dejar su puesto bien apuntalado en la historia de la ciencia española.

JOAQUÍN DE ZUAZAGOITIA



PREAMBULO



*EN este libro recojo las impresiones frescas de mi primer viaje al Muni. Si hay algo en el mundo que atraiga con fuerza magnética mi conformación mental, ello es, sin duda, el paisaje ecuatorial.*

*Todavía hay zonas en nuestro planeta en que es posible sentir vivo y actual «lo primitivo»; ese conjunto de valores elementales donde hunde su raíz más vivaz nuestra vieja civilización.*

*Por fortuna, aun he nacido a tiempo para ver algo de este espectáculo, que es como la gran forja de donde arranca la infinita manufactura elaborada con meticoloso cuidado por las directrices de nuestra actual cultura, resultante de muchos siglos de ensayos cada vez más logrados.*

*Y el avance del hombre blanco es tan rápido ahora, gracias a la mecánica de que dispone, que muy pronto desaparecerá de nuestro planeta todo vestigio de «lo primitivo».*

*Alcanzada esta fase de madurez, antesala de la senilidad, uno ve con angustia que la matriz viva de la humanidad, la fase primigenia y ancestral, siquiera se conserve estacionada y enquistada, va a ser raída de la Tierra, como espectáculo vivo, para quedar fijada en un documento muerto, de museo.*

*No más pueblos salvajes, no más paisajes intactos. Esta es la herencia fatal y triste que la apresurada civilización deja a las generaciones que nos sucedan, a cambio de unos recursos mate-*

*riales que, a mi juicio, no compensan el capital invertido: la Naturaleza virgen, espontánea e intacta.*

*Porque lo cierto es que el hombre ha encadenado y doblegado esta Naturaleza a su servicio, pero a costa de que todo el planeta quede parcelado y uniformado.*

*Este libro forma parte de una época que se extingue, de un modo de pensar que ya no contará en el futuro si no como nostalgia pretérita y marchita. Es como uno de tantos adioses en el punto final al gran capítulo que abrieron los primeros viajeros animados por el espíritu del descubrimiento.*

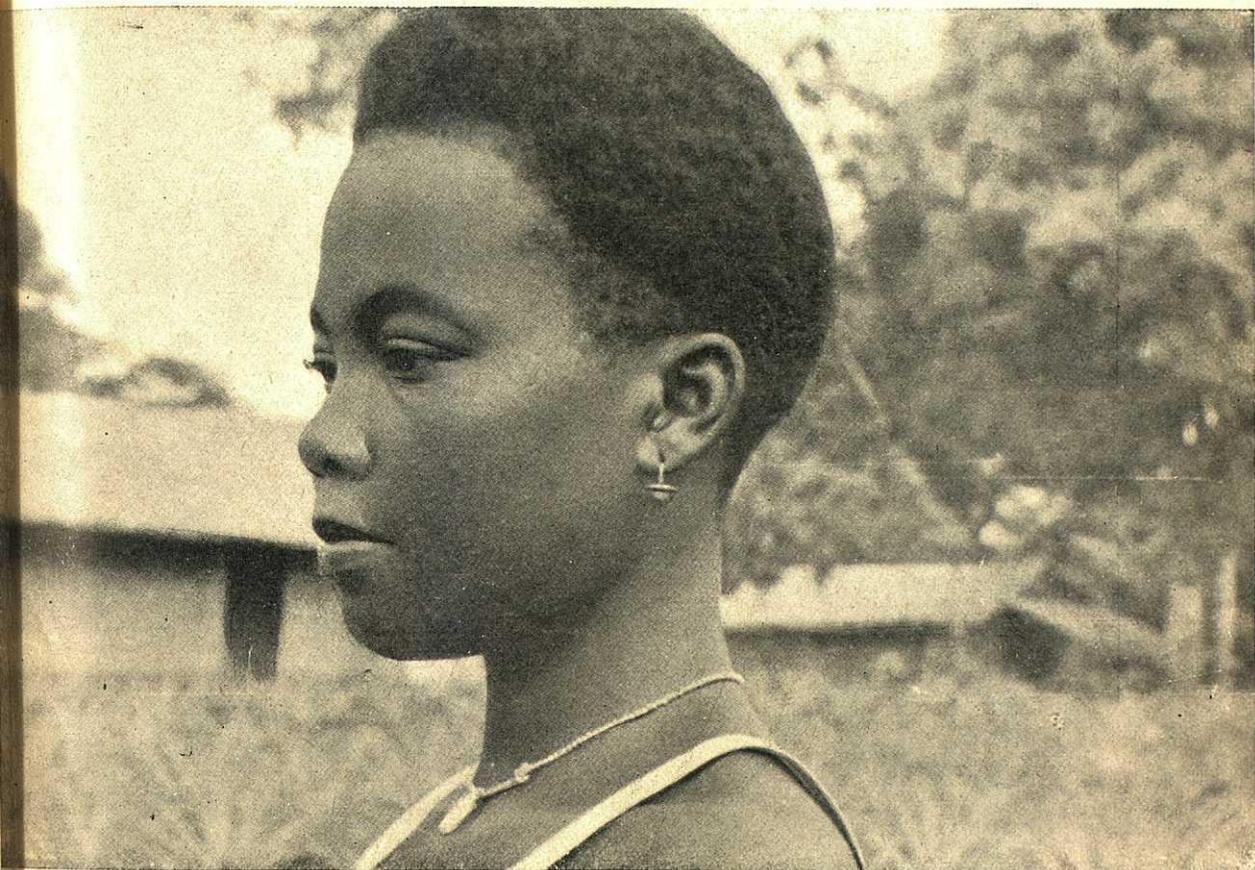
*A horcajadas en la arista que separa el mundo de anteguerra con un porvenir diferente, me siento tan incómodo como todos mis contemporáneos. Por desgracia, mi conformación de botánico profesional está por debajo de mis apremios de hombre y no puedo sustraerme al común destino humano que nos une.*

*La torre de marfil ha quedado rota y es preciso soportar a la intemperie la común angustia del vivir de hoy. Sin embargo, me conforta pensar que la actual situación se afronta con firmeza y que los valores esenciales de nuestro patrimonio se han salvado, si bien revestidos de nuevas formas.*

*Para mí hay un abismo entre el paisaje dulce de Holanda, con sus cuadros cultivados de tulipanes, y el caos bárbaro y descomunal de la selva virgen. Allí, en los países supercivilizados, no hay otra cosa que hacer que llevar una vida dulce y tranquila, sin apenas posibilidades creadoras. Aquí, en el bosque primitivo, aun hay cantera donde derrochar energía y espíritu creador para hacer claridad y poner orden. Tal es el sentido que para mí tiene el abismo que separa un ambiente de otro.*

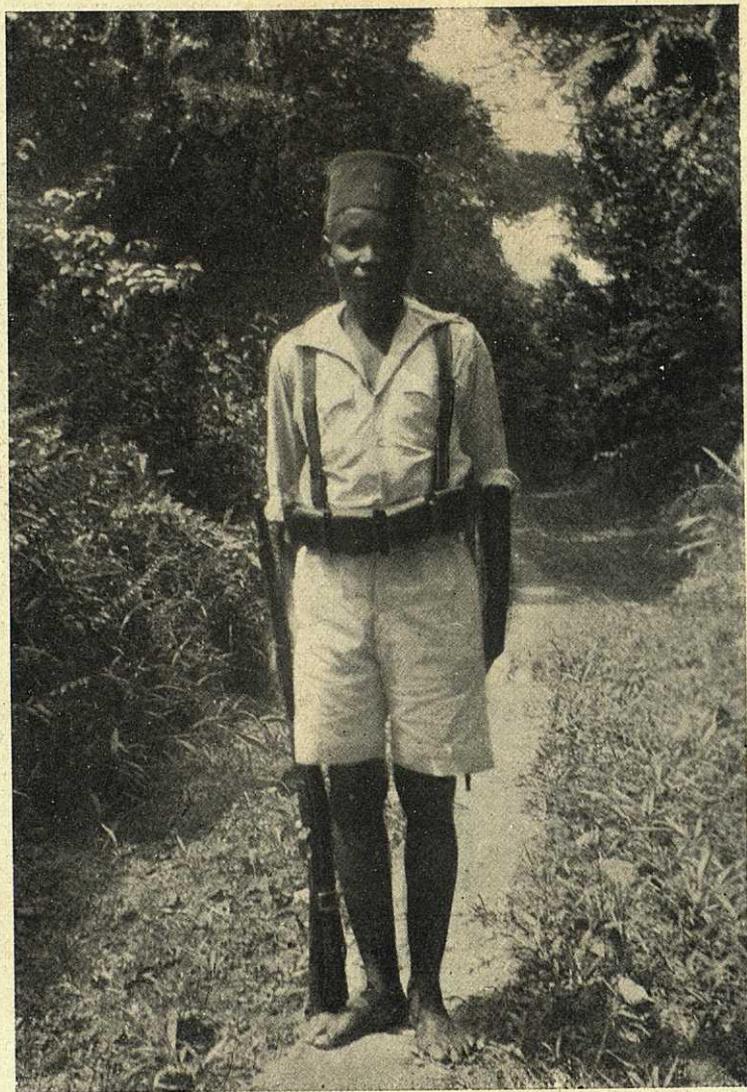
*El medio ordenado y tranquilo está bien como descanso momentáneo en el quehacer intenso y apasionante. Que el hombre sólo puede librarse de su energía consumiéndola.*

*Por eso me asusta una civilización que nos lo da todo hecho*



*Cabeza de adolescente playera, en Río Benito.*

Cruzado del I. F. I. E., fot. VII-1945.

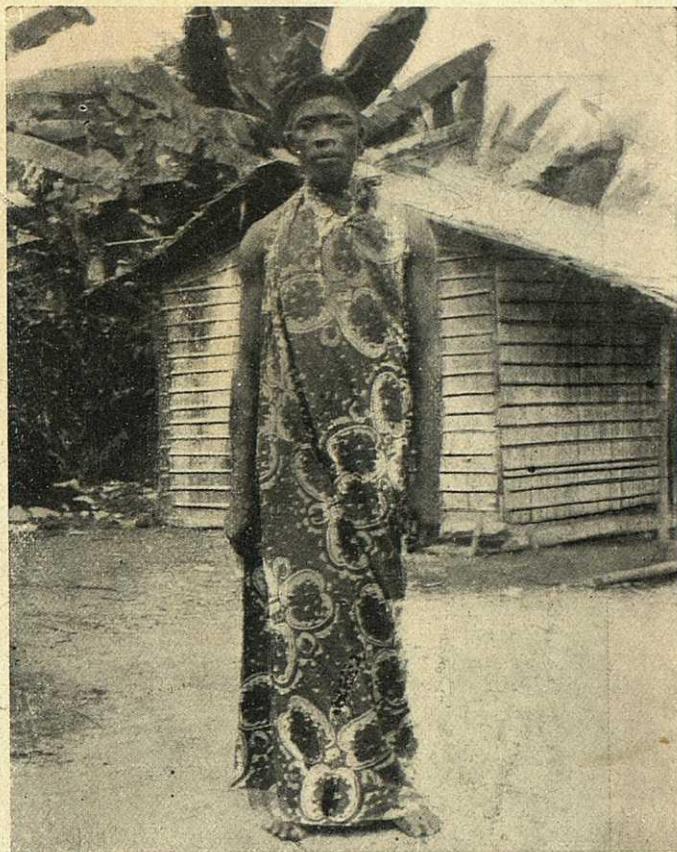


*Pámue de la Guardia Colonial indígena que formó en la escolta de mi primera salida larga.*

E. Guinea, fot. VII-1945.

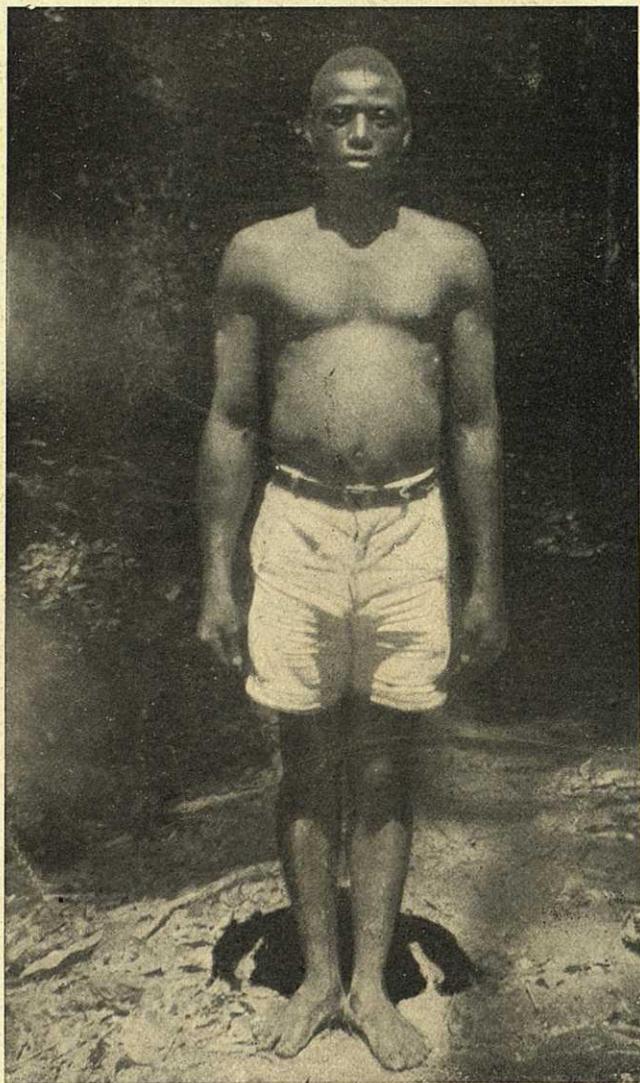
*Ejemplar de pámue vis-  
tiendo un pintoresca  
"clothe". Poblado de  
Bindok.*

E. Guinea, fot. VII-1941,



*Tipo indígena de la  
orilla del Benito en el  
interior (poblado de  
Anveme, de la tribu  
Omvang), armado del  
cuchillo pámue.*

E. Guinea, fot. VIII-1945.



*Ejemplo del habitual desarrollo muscular que caracteriza a la raza pámue.*

E. Guinea, fot. VII-1945.

*y que va ahogando rápidamente aquellas zonas donde aun quedan algunas posibilidades de novedad y rejuvenecimiento.*

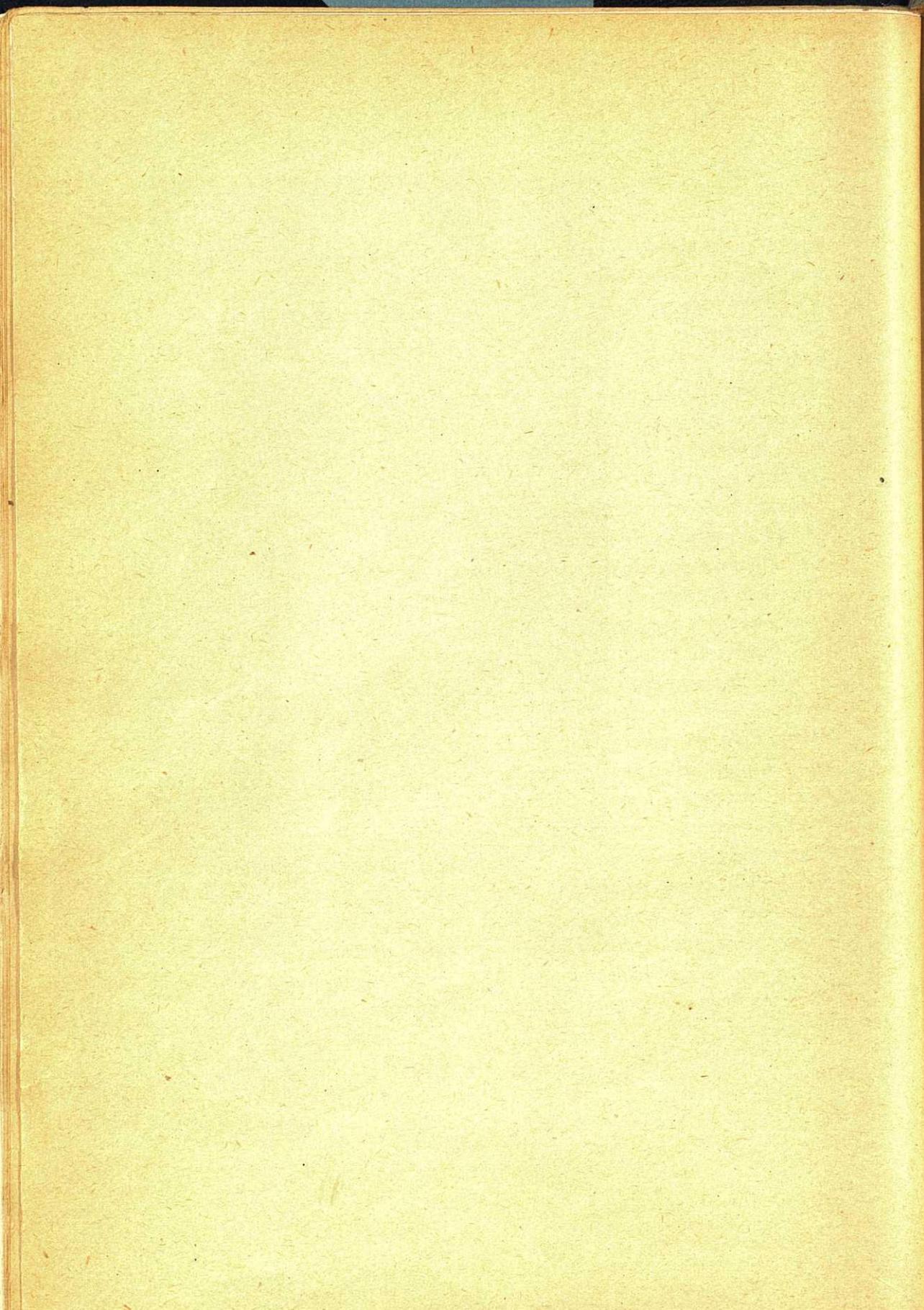
*En las páginas que siguen hallará el lector la emoción de vivir en un ambiente primitivo y elemental, libre de la agobiadora monotonía de la vida ciudadana, gris y manida.*

*He ido al país ecuatorial buscando enriquecerme de escenas no compuestas por el hombre, y me he afanado por recoger, del modo más simple, las horas vividas en el bosque. La finalidad utilitaria y especulativa de mi viaje se recoge en otro tipo de publicaciones, pero en este libro me he esmerado por dar fielmente la vibración auténtica de mi inquietud.*

*El bosque no es una masa de árboles anónimos y sin sentido, no es sólo la reserva donde poder montar una explotación forestal o un obstáculo para hacer el levantamiento topográfico del país por él cubierto.*

*La selva virgen es un complejo vital, espontáneo y ajeno al hombre, que éste está destruyendo para beneficiar su materia prima. Pero así como es un error la destrucción brutal y torpe que en gran parte se ha seguido, también es un acierto abarcar el problema nemoral con amor y cuidado.*

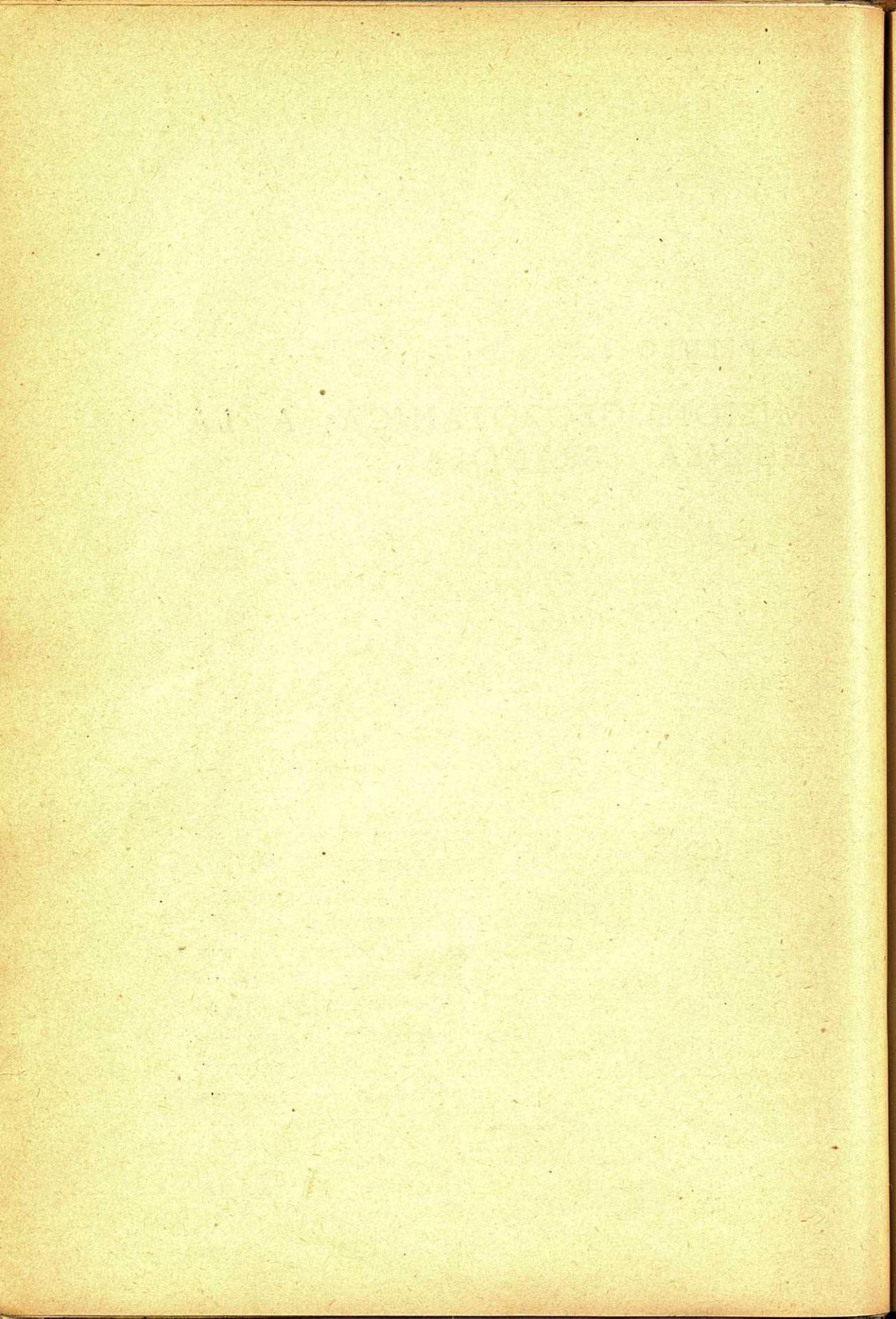
*Yo he ido a la selva virgen con una preparación botánica, mejor o peor, pero que, por la condición de su disciplina preparatoria, me llenaba de un sentimiento respetuoso, de un entusiasmo casi religioso. Yo sabía que el templo se puede profanar, y por eso mismo he acentuado mi sigilo y compostura, superando en lo posible la torpe condición humana. Y al escribir estas páginas he ido seleccionando lo mejor de lo que mi espíritu preparado pudo recoger.*



CAPITULO I

MISION GEOBOTANICA A LA  
GUINEA ESPAÑOLA

ESTRUCTURA Y BIOLOGÍA DEL  
TAPIZ VEGETAL.—II. BOTÁNICA  
DINÁMICA, ECOLOGÍA Y FACTO-  
RES QUE JUEGAN EN LA FITÓS-  
FERA.—III. PLANTAS DE INTE-  
RÉS INDUSTRIAL.—IV. PLANTAS  
ALIMENTICIAS.—V. FLORÍSTICA  
Y CATEGORÍAS SISTEMÁTICAS  
NUEVAS.—VI. LABOR DE DIVUL-  
GACIÓN.—VII. OTRAS CUES-  
TIONES

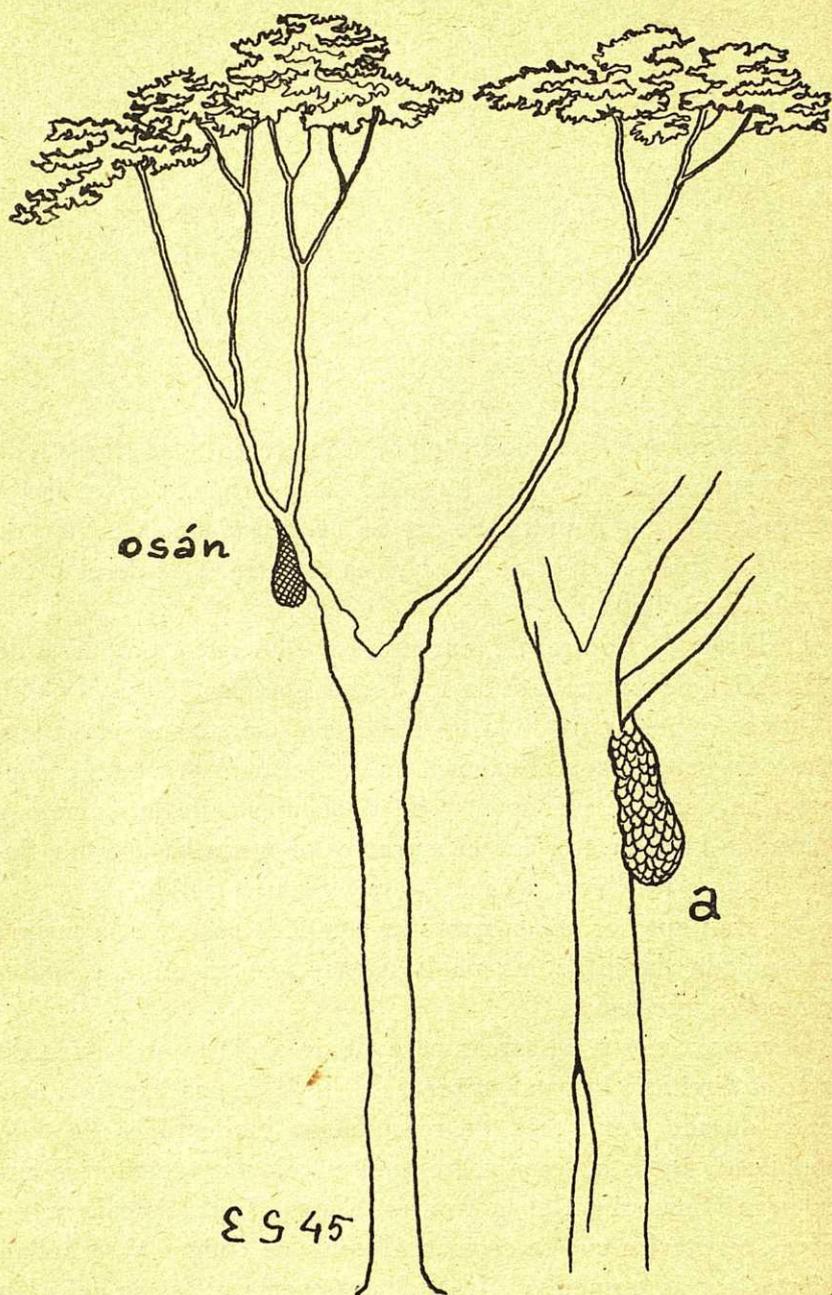


QUISIÉRAMOS que nuestra pluma cobrase en estas líneas toda su fuerza y toda su intención para infundir en el lector la tensión que nos impulsa. Se nos ha encomendado la misión de estudiar el trozo español de la «*Hylaea africana*», desde el punto de vista Geobotánico.

La Dirección General de Marruecos y Colonias, a propuesta de la Dirección de Agricultura de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, y penetrada de la trascendencia que supone para nuestra colonia ecuatoriana el examen de sus recursos vegetales espontáneos, ha decidido incrementar el conocimiento de la Colonia y ha acogido la propuesta con el mayor calor y nos ha honrado designándonos para llevar a cabo este complejo cometido.

Del afán que nos anima para dar cumplido remate a la misión encomendada darán fe las publicaciones que en su día aparecerán sobre este tema.

Hoy, próximos a embarcar para llevar a efecto el trabajo de campo en territorio hispano-guineense, y luego de una intensa labor, que ha durado tres meses, de recopilación bibliográfica de todo lo publicado hasta la fecha sobre nuestra colonia y territorios circundantes (Camerún, Gabón francés, Congo Belga, Angola y, en general, territorios que se asoman al golfo de Guinea y se hallan cubiertos por la termopluisilva), damos cuenta al lector del plan concebido.



osán

a

ES 45

Aspecto del «tom» (*Piptadenia africana*) con un termitero de copa (osán); a, detalle.

Nuestros territorios se hallan enclavados en el corazón del bosque ecuatorial africano, que desborda en mucho nuestras fronteras, y por eso es preciso seguir la distribución de las especies vegetales allende nuestros contornos para dar con la clave de su procedencia, puntos de culminación y zonas de dispersión.

El problema implica graves obstáculos: gran densidad de especies botánicas y enorme suma de individuos vegetales, que crean un tapiz vegetal compuesto por plantas, muchas veces de grandes dimensiones, lo que torna muy penosa la simple labor de herborizar. A tal suma de dificultades hay que añadir las hostiles condiciones del clima, en su doble aspecto de poco salubre para el blanco y exceso de humedad, lo que es grave inconveniente para preparar un herbario aceptable, base de esta clase de trabajos.

Se anotan dichos inconvenientes para que se pueda ponderar la energía que ha de consumir el cometido a realizar. Pese a todo, será para nosotros motivo de la mayor satisfacción poder ofrecer una obra digna de la confianza con que se nos distingue.

Pero si, de un lado, hemos señalado las dificultades, debemos denunciar, del otro lado, el copioso y estimulante apoyo que nos brindan tanto entidades como autoridades y personalidades científicas.

La Dirección de Agricultura de los Territorios Españoles del Golfo de Guinea, organismo dependiente de la Dirección General de Marruecos y Colonias, es la entidad propulsora de los trabajos botánicos, ya en marcha.

Ahora bien, como el plan ideado debe alcanzar la máxima amplitud de rendimiento y eficacia, puesto que se pretende acumular todos los datos que sea posible recoger, tanto sobre la estructura y biología del tapiz vegetal hispano-guineense, como de botánica dinámica, ecología y demás cuestiones que informan el cuerpo de doctrina que especula sobre el modo de ser y posibilidades de la cobertura vegetal considerada como organismo vivo y compuesto,

más todas aquellas noticias particulares que recogen la aplicación industrial, agrícola, forestal, medicinal, ornamental y, en términos generales, humana de las entidades vegetales ubicadas aquende el límite hoy asignado a nuestra colonia, resulta que hemos sentido la necesidad de contar con el concurso y apoyo de los centros científicos siguientes: Real Jardín Botánico, de Madrid, e Instituto Botánico, de Barcelona, Cátedras de Botánica de la Facultad de Farmacia y de Geografía Física de la Facultad de Ciencias, ambas de la Universidad Central, y centros todos dependientes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (excepto el Instituto Botánico de Barcelona, que está vinculado al Ayuntamiento de la Ciudad Condal). Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias y Jardín Botánico de Blanes.

De las autoridades oficiales y de las personalidades científicas que integran dichas instituciones hemos recibidos las mejores muestras de su simpatía y apoyo, y en su día daremos cuenta en nuestras publicaciones de la forma en que hemos sentido su influjo beneficioso. A todos el testimonio de nuestra gratitud.

En cuanto a las directrices que han de encauzar nuestra actividad, quedan razonadas a continuación.

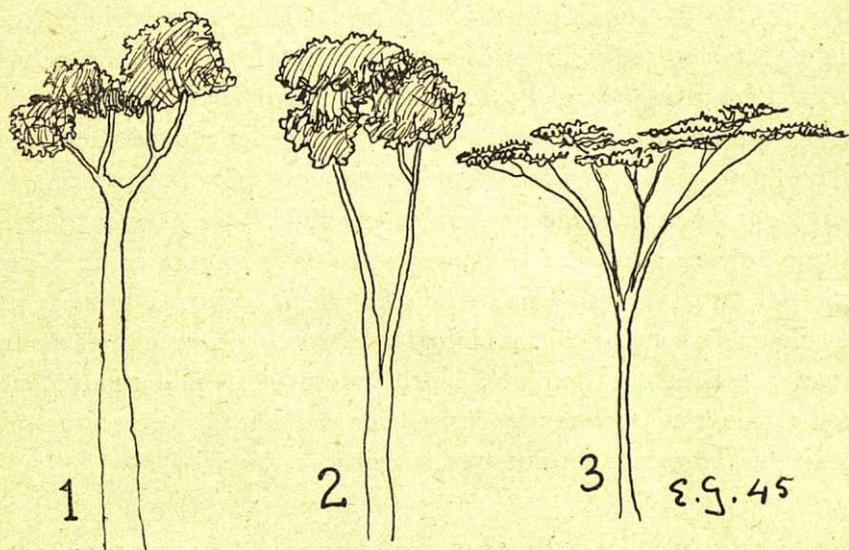
## I.—ESTRUCTURA Y BIOLOGIA DEL TAPIZ VEGETAL

Para alcanzar el conocimiento exacto y trascendente de la cobertura vegetal es preciso poner en juego un doble mecanismo analítico-sintético, y tal actitud de quien investiga estas cuestiones supone enorme ventaja con relación a la visión limitada del botánico pretérito que circunscribía al estudio simplemente florístico y estático de la vegetación de un país.

Hoy todos tenemos clara conciencia de que el tapiz vegetal debe considerarse como un organismo vivo, complejo y extenso, que acusa las más leves variaciones de clima, suelo, posición geo-

gráfica y acción perturbatriz antropógena y de todo orden con la misma finura que en el ámbito sonoro el mejor instrumento musical puede emitir los matices más sutiles del sonido, animado por un ejecutante muy diestro.

Percatado el hombre de tales posibilidades, ha hecho que los actuales estudios botánicos se orienten en el sentido de recoger todos aquellos indicios que revelan sus actividades vitales observadas como es debido.



Porte del evés (*Klainedoxa latifolia*) 1 y 2, y del sene (*Albizzia fastigiata*), 3.

Un ejemplo: el bosque virgen intertropical se ofreció a la codicia humana con toda su riqueza sin oponer, en apariencia, trabas ni límites. Fueron taladas a capricho grandes superficies, sin que se tuviera en cuenta lo que podía resultar de aquello. El bosque cubrió sus cicatrices con nueva masa de follaje, y el hombre irreflexivo se dejó engañar por la falsa apariencia de que el complejo vegetal ecuatoriano era tan pródigo que volvía a regenerar con

prontitud inusitada aquello que le había sido amputado sin orden ni concierto.

Un examen más reciente de la cuestión, con la debida profundidad, ha denotado que tal interpretación era falsa. Que la masa regenerada en el llamado bosque secundario tiene unas características muy distintas de las propias del primario. Que surgen rápidas las leñosas de maderas blandas, de rendimiento nulo en la actual explotación, y que luego siguen las especies de maderas muy duras, asimismo desechables.

Ello ha puesto en guardia al personal idóneo que debe dirigir la explotación racional de los recursos vegetales de que nos ocupamos. Pero para que el hombre pueda operar sobre normas prácticas que no vayan a contrapelo de la vida del tapiz vegetal acelerando su ruina, es preciso que se empiece por alcanzar una visión clara precisamente de las dos cuestiones que forman el subtítulo de estos párrafos: el conocimiento de la composición y biología del tapiz vegetal. Una vez dueños de la doctrina teórica que condensa la composición y biología del complejo vegetal se podrá operar con entera limpieza, obteniéndose el debido rendimiento sin arruinar ni acelerar la destrucción del tesoro de reservas que la Naturaleza pone en nuestras manos.

## II.—BOTANICA DINAMICA, ECOLOGIA Y FACTORES QUE JUEGAN EN LA FITOSFERA.

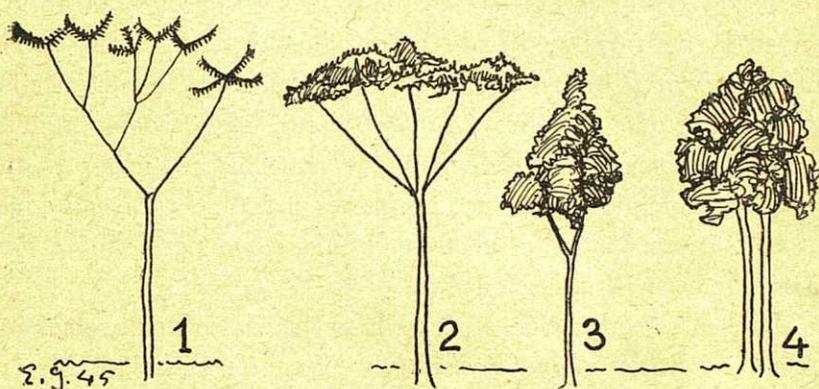
Para enmarcar como es debido esas cuestiones hay que destacar algunos principios generales que forman a manera de coordenadas, entre las que se debate el problema a resolver.

El organismo vivo y compuesto que para nosotros es el tapiz vegetal o, si se quiere, la fitósfera, no se halla sometido a un continuo estado de equilibrio inestable dependiente de los numerosos factores que actúan o pueden actuar sobre él, sino que

lleva en sí toda una larga historia ancestral, que es como la herencia viva de sus formas antepasadas, y al propio tiempo está animado de un devenir, cuya previsión es cuestión obligada en el terreno científico.

Ello lleva a la concepción dinámica del tapiz vegetal, en contraposición a la anticuada concepción estática a que antes hicimos referencia.

Pero toda esta concepción vital de la masa de plantas precisa de datos concretos en que apoyar sus generalizaciones. De ahí la



Porte de árboles: 1, olong (*Fagara macrophylla*); 2, ngó (*Celtis sp.*); 3, abé (*Cola acuminata*) (medicina de vientre); 4, esom (*Ficus Barteri*) (corteza textil).

necesidad de los estudios ecológicos, mediante los cuales se alcanza el conocimiento de las condiciones en que se desenvuelve la vida de cada especie, o incluso apurando más las de cada individuo sometido a observación, para deducir después aquellas reglas generales cuyo enunciado permitan las observaciones acumuladas.

Otro tanto cabe decir de los múltiples factores de clima, suelo y demás circunstancias físicas que hallan su reflejo en la forma de reaccionar el complejo geofítico.

Todo lo cual nos obliga a tener presente esta trama de cues-

tiones al acometer la interpretación de la fitósfera, que no es otra cosa que una de las dos partes que forman la biósfera.

Superada esta visión teórica, esencial y directora, cabe precisar aquellas otras cuestiones de índole práctica que entran en nuestros propósitos.

### III.—PLANTAS DE INTERES INDUSTRIAL

En el plan a seguir se concede especial interés a la búsqueda de especies vegetales dotadas de fibras tenaces que tengan aplicación en la industria textil, de las productoras de caucho (como son las *Funtumia* o *Kikxia*, de las Apocynaceae), caracterizadas por su contenido el látex (*Euphorbiáceas*, etc.), como también las numerosas plantas productoras de materias curtientes o que contienen principios colorantes de interés práctico, así como aquellas aromáticas (*Labiatae* y otras familias) que permitan la destilación de esencias seleccionadas.

Merecen consideración especial la resina del ocume, semejante al elemi, y la del *ebap* (*Pachylobus blasamifera*) (véase M. Tomé, «Las resinas», edit. Salvat), de propiedades parecidas a las del bálsamo de Santo Tomé.

Ambas especies pueden aportar a la industria de barnices una materia prima importante.

La destacada familia de las *Guttiferae*, bien representada en nuestro territorio, permite suponer proporcione la goma guta. Asimismo merece especial atención la cera resinosa que producen varias *Adenia* (sección *Ophiocaulon*) de las *Passifloráceae*.

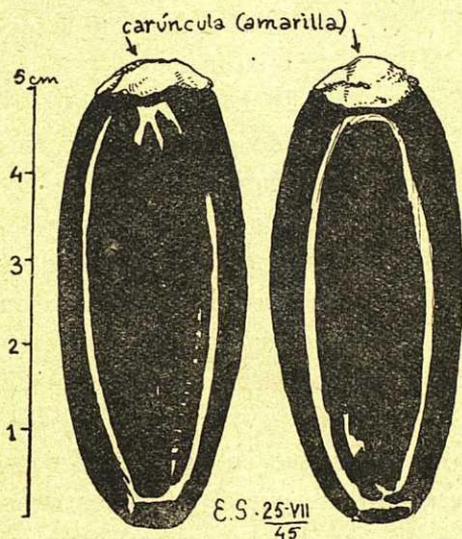
De las plantas oleaginosas se ha ocupado en un interesante trabajo el doctor Gómez Moreno, Farmacéutico de Bata y antes Botánico de la Colonia, aparecido en el «Anuario Agrícola de la Dirección de Agricultura del Golfo de Guinea».

*Fitoterapia indígena y vegetales de importancia medicinal*

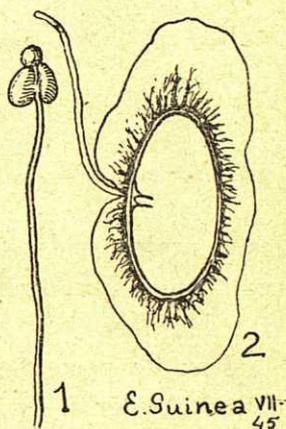
Constituye este capítulo uno de los aspectos más interesantes que debe abarcar nuestra próxima experiencia guineana.

En este terreno hemos de luchar con serias dificultades, tanto por el instintivo hermetismo del elemento autóctono, como por la escasez y recondidez con que viven las especies vegetales más preciosas en este sentido.

El doctor Del Val, Farmacéutico militar que ha herborizado intensamente en la isla de Fernando Póo y en el continente, que nos ha dispensado la mejor acogida y que ha puesto a nuestra disposición, con la mayor gentileza y desinterés, los herbarios por él reunidos, nos contaba la escena que le puso en la pista del *estrofanto* (*Strophanthus Kombe*). No lejos de Akurenan, y luego de muchos kilómetros de selva sin haber dado con el precioso hallazgo, se detuvo con sus acompañantes para presenciar la des-



Semilla de *Afzelia brachycarpa*



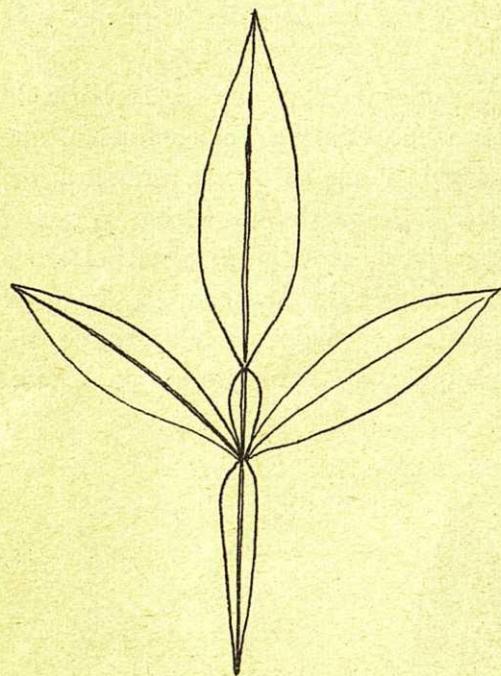
Estambre y semilla de *Pipradenia africana*

treza con que un negro tiraba con flecha a los pájaros. Satisfecha la curiosidad, se trabó conversación, procurando inspirar una cierta confianza en el silvícola, y mediante oferta de dinero accedió éste a traer flores y fruto de estrofanto. Impuso la condición de que nadie le acompañase, y desapareció en el bosque, volviendo al cabo de un rato con las apetecidas muestras de la droga en la

mano.

En los poblados siempre hay curanderos que con frecuencia son a la vez sacerdotes y hechiceros, pero, en general, oponen resistencia a confesar sus secretos, y con frecuencia recurren a la treta de dar falsas explicaciones que despisten sobre la verdadera utilidad de la fitoterapia indígena.

El bosque tropical es rico en drogas y recursos terapéuticos muy mal conocidos todavía. La práctica empírica y muchas veces absurda que practican



*Alos afane* (naranja de bosque); detalle de la hoja

los naturales puede, sin embargo, proporcionar indicaciones y procedimientos que ofrezcan algún punto aprovechable en la medicina del blanco.

Pero de poco sirven todos los datos que en este sentido podamos obtener si los recursos vegetales de que se valen los naturales del bosque no son identificados con las correspondientes especies botánicas a que pertenecen, para luego someter a examen

micrográfico y químico aquellos órganos o partes vegetales utilizados en las curas.

Gran número de plantas son utilizadas por sus contenidos alcohólicos, látex, esencias, resinas, bálsamos, etc., etc.

En relación con el personal médico que ha visitado nuestra colonia, contamos con la inapreciable asistencia del doctor L. de La Serna, que estuvo seis meses en el continente, antes de nuestra guerra civil, y más recientemente con la del doctor Matilla, que acaba de regresar de la Colonia, y en la que ha realizado un largo viaje de estudio. Asimismo nos proponemos sumar nuestros esfuerzos a los que vienen desplegando nuestros médicos coloniales en ella residentes, esperando alcanzar los mejores resultados de estos trabajos realizados conjuntamente.

#### IV.—PLANTAS ALIMENTICIAS

Así como el negro obtiene del bosque sus recetas medicinales, en él halla su nutrimento. En general, la alimentación de éste es vegetariana en gran proporción, y si bien muestra preferencia por el régimen carnívoro, la escasez de la caza le constriñe a tomar la materia vegetal como base de su alimentación.

El paladar del negro tiene, en cierto modo, las características del «gourmet», y gusta tanto de los tubérculos farináceos, como de los brotes jóvenes, y en especial de los múltiples frutos, dulces y aromáticos que la flora indígena le proporciona. Pero llega a más en su exigencia culinaria, pues las referencias de los coloniales con quienes hemos hablado de estas cuestiones nos descubren que es un gran goloso de los hongos. El negro manifiesta su alegría cuanto tiene noticia de que uno de los platos de su comida está formado a base de setas.

Nos refería un funcionario de la Colonia las medidas enér-

gicas a que hubo de recurrir para obligar a su cocinero a que abandonase la monótona costumbre de prepararle en todas las comidas un plato de setas. El negro había descubierto en la despensa de su señor una colección de botes con «champignon» en conserva, y se dió a ellos con tal fe, que no paró hasta acabar con todos, y después recurrió a los que encontraba o le traían del bosque.

Es bien natural que el silvícola sea micófago, si se tiene en cuenta que en la penumbra nemoral es donde más abundan estas sabrosas criaturas vegetales para placer del paladar sibarita. En España, los vascos y los catalanes, cuyas cocinas están bien acreditadas, son grandes comedores de hongos. Y en ambas regiones españolas abundan los bosques.

#### V.—BEBIDAS FERMENTADAS

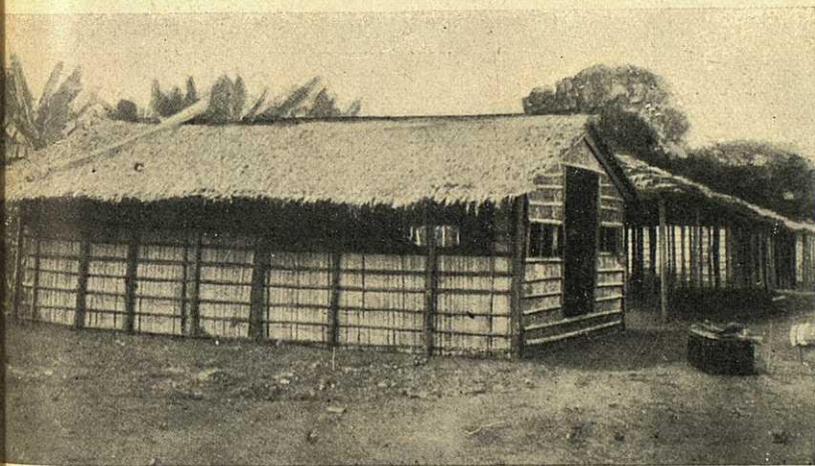
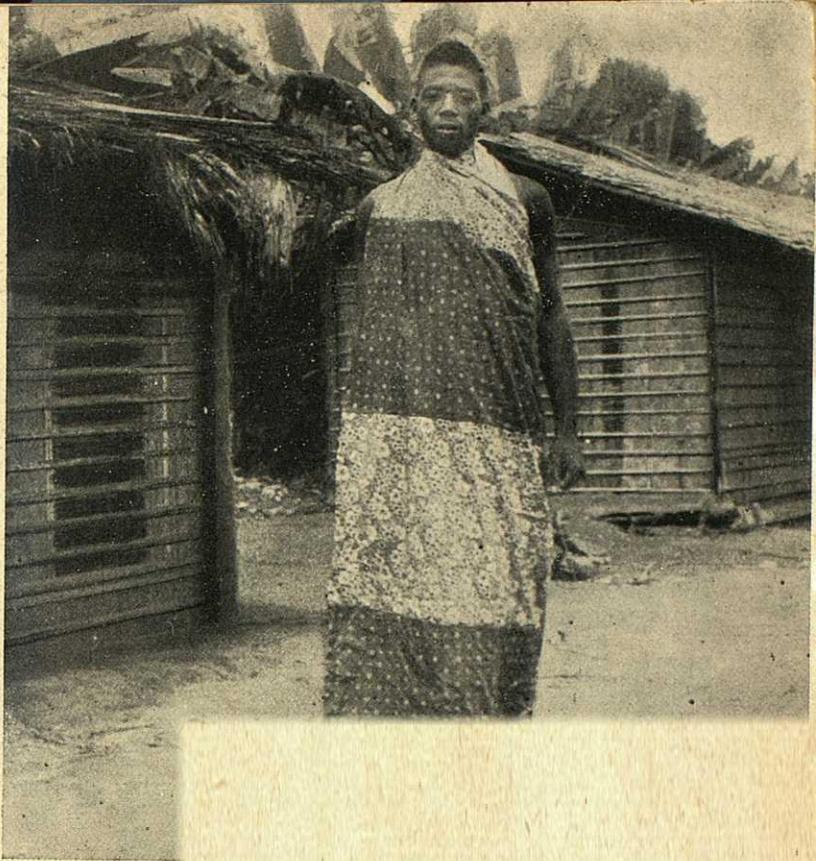
Otro de los capítulos interesantes es este de las bebidas fermentadas, a las que el hombre de todas las razas y de todos los climas se muestra siempre aficionado. Al fin y al cabo son fuente de placer, a condición de no abusar de ellas.

Desde el punto de vista botánico, tiene esta cuestión interés sustantivo, y lo pone bien de manifiesto el conocido profesor de la Universidad de Viena, Hans Molisch, en su importante obra de botánica aplicada «Pflanzenphysiologie als Theorie der Gaertnerei», cuya traducción española hicimos el año pasado para la casa Labor.

Con su fino espíritu de observador, Molisch nos va describiendo en su libro los diversos procedimientos que ha observado en la preparación de las bebidas alcohólicas en sus largos viajes por el Mediterráneo, próximo Oriente, Indias, Archipiélago de la Sonda, Trópico, América, etc., etc., y no se limita a dar la explicación científica de los diversos proceder, sino que aplica su ingenio de botánico experto e introduce modificaciones que mejoran

*El indígena gusta de las telas de colores cálidos y dibujos abigarrados.*

E. Guinea, fot. VII-1945.

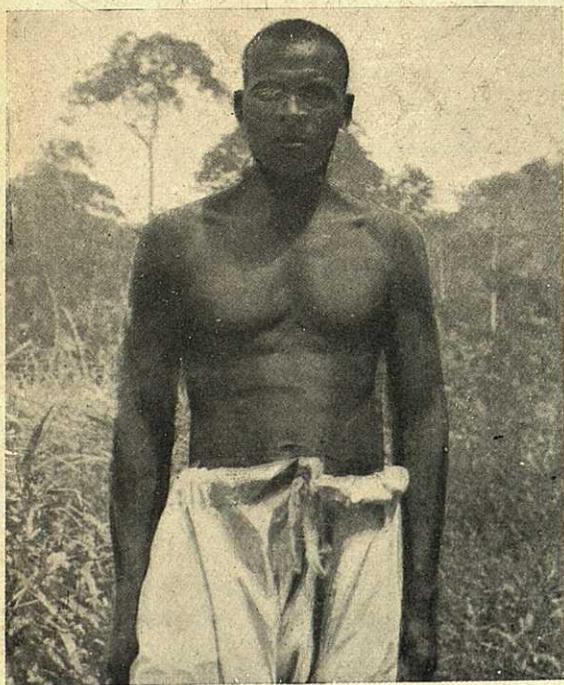


*"Casa de la palabra" de un poblado en la región de los Bimbiles.*

E. Guinea, fot. VII-1945.

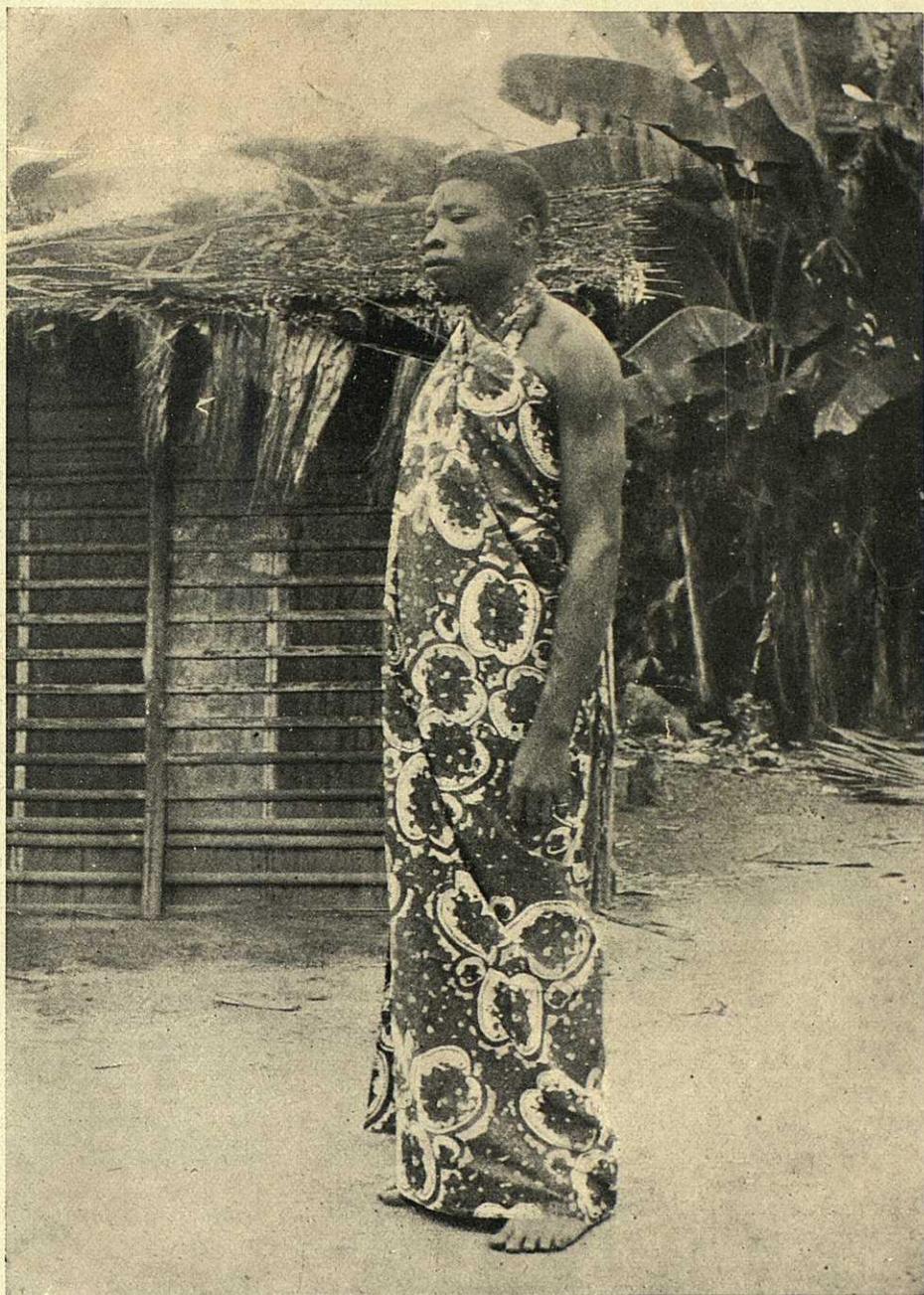
*Muchacha indígena de la costa, en las cercanías de Río Benito, con el "ncué" repleto de carga.*

Cruzado del I. F. I. E.,  
fot. VI-1945.



*Tipo "hausa" encargado de la vigilancia de los animales domésticos del Servicio Agronómico de Evinayong.*

E. Guinea, fot. VI-1945.



*Magnífico ejemplar pámue del poblado de Bindok.*

E. Guinea, fot. VII-1945.



*Plaza del poolaao Oveng de la tribu Esandon, en la región del Bimbile. Al fondo, los cerros cúpula de Ndeme y Oveng.*

E. Guinea, fot. VII-1945.

tanto el rendimiento de la planta en los diversos jugos azucarados, como la calidad de las bebidas obtenidas. Tenemos una gran ilusión por poder aplicar y superar los originales puntos de vista de tan inteligente austríaco.

#### IV.—FLORISTICA Y CATEGORIAS SISTEMATICAS NUEVAS

Los estudios de florística absorben buena parte de nuestra atención, tanto por su rancio y sólido abolengo (en este punto nos sentimos intransigentes copartícipes del tradicionalismo científico), como porque sin ellos todo lo que se intente hacer carece de base.

¿Cómo describir un complejo vegetal si no se conocen las especies botánicas que lo integran? ¿De qué sirve hacer el análisis del contenido de una planta si se desconoce su nombre y la categoría sistemática a que pertenece?

En este punto nunca nos pareceremos demasiado insistentes, recalcando la necesidad de que todo aquel que acometa cuestiones de botánica aplicada precisa de una sólida preparación fitotaxonomica y glosológica. De otro modo sus datos serán anónimos y carecerán totalmente de virtud eficiente.

Hay que desechar de una vez para siempre de la mente de la opinión pública que la sistemática es una ciencia de sabios pedantes empeñados estérilmente en poner nombres raros a las plantas. Por el contrario, es el único recurso viable de que disponemos para entendernos en esa pavorosa Babel que es el casi infinito universo de las plantas.

Constituye motivo de interés para toda persona versada en las cuestiones de la botánica la posibilidad de crear nuevas entidades taxonómicas, bien sean razas, variedades, especies, y en mayor escala géneros, y aun familias.

Confiamos que, a pesar de los estudios que le vienen dedicando

las autoridades científicas de todos los países a la termopluisilva, aun queda labor por hacer en este sentido. Por desgracia (o por fortuna), el mundo vegetal es tan vasto que todavía, y pese a tantos esfuerzos conjuntos, aun hay mucho que hacer en la simple catalogación de las formas vegetales que pueblan nuestro planeta.

#### VII.—LABOR DE DIVULGACION

Y el punto que acabamos de considerar nos lleva de la mano a esta otra cuestión, que miramos con el mayor cariño: La de divulgar la ciencia botánica. En el trópico se siente, como en parte alguna del mundo, la necesidad de los conocimientos botánicos. No de una botánica inactuante y empingorotada en su rígida cátedra, sino de una ciencia vegetal que abarque el modo de vivir de las plantas con que el colonial tropieza en sus recorridos por su finca o por el bosque y que le explique desde los detalles más nimios de su estructura hasta los beneficios que de cada una puede obtener si la trata con simpatía y con inteligencia.

Por nuestra parte, estamos animados de un ardiente deseo de llevar al gran público el latido de esta ciencia, tan necesaria en nuestra colonia, vestida por la manifestación más colosal que cabe contemplar en nuestro planeta: El bosque ecuatorial.

#### VIII.—OTRAS CUESTIONES.

Pero el botánico viajero no debe limitarse a ser un sensible aparato que va registrando todo aquello que de interesante le ofrece el mundo vegetal.

El fitogeógrafo, como ser humano y como viajero, no debe dejar de anotar todo aquello que de interés puede ofrecerle el territorio visitado, tanto de categoría científica, como espiritual, sentimental y estética.

CAPITULO II

EL ZARPAZO DEL BOSQUE

AYANG.—I. TIERRA A LA VISTA.  
II. PRIMERAS SENSACIONES.—  
III. EL FAROL DE BOSQUE.—  
IV. EN LA CARRETERA.—V. ES-  
TAMPA ROMÁNTICA.—VI. RE-  
MANSO.—VII. EVINAYONG

## A Y A N G

*A*YANG, flor del agua, blanca como el marfil, pura como el viento, vistosa y grande como el penacho de un guerrero, eres juguete sin reposo de las aguas inquietas de estos torrentes negros. Tu albo estremecimiento pone luz en los ojos y alegría en el alma.

Tu presencia estudiada es como un grito de rebeldía, en el país hostil y empoñado, de paz y protección. No te pareces a las flores de Europa, tus hermanas remotas. La condición de tu corola exótica tiene un amargo gusto de clima tropical. En tu perfume hay un oscuro misterio ancestral, extraño y simple.

Para mí simbolizas la flora de este país. Bajo este cielo no ví otra que te iguale en belleza ni en modales. Y fuiste tan oportuna que te presentaste a la hora de mi llegada. En un río, bajo el puente que cruza la carretera. A mediodía y con sol te vi por primera vez y me sentí tan feliz que tú me hiciste olvidar el viaje de veinte días que me trajo a tu patria.

El pámue sólo sabe que eres «misá» (flor), y como no le sirves para cosa más útil, te utiliza en sus necesidades toponímicas. Por eso hay tantos «Ayang» en todo el territorio.

Pero yo no soy negro y mi alma de blanco estima como una joya el valor intransferible de tu presencia corpórea. Llegar y verte y luego tenerte en el recuerdo como un destello de ilusión que nunca se apagará. ¿Vives aquí para eso? Yo lo ignoro y no haré por averiguarlo. Sólo sé que aquí vine y te encontré y siempre que cruzo los ríos, miro a derecha e izquierda, buscándote una vez más... con la ilusión de renovar el gusto de tu primer encuentro.

No eres esquiva y te he visto de nuevo muchas veces y siempre, siempre he vuelto a sentirme tu admirador rendido. Sólo por eso, porque me has entregado y me seguirás dando, toda tu gracia y toda tu hermosura.

En el herbario que aquí he reunido, tengo algunos ejemplares de tu flor, secos y hábilmente preparados, al lado de la etiqueta correspondiente, minuciosamente anotada, pero ellos son como un triste despojo.

Para sentirme alegre he de evocarte en la negrura del recuerdo, como un destello blanco, impalpable y fugaz, pero auténtico y vivo.

Y cuando de nuevo vuelva al negro continente, me inclinaré otra vez sobre el gran ramo de tus corolas para gozar del extraño perfume que desde entonces vive en mi conciencia.

## I.—TIERRA A LA VISTA

**A**MANECE el 18 de junio de 1945 en alta mar. El «Dómine» zarpó a media noche de Santa Isabel y ahora enfila rumbo Sudeste. Con la primera claridad del día apenas se vislumbra en el horizonte, por Oriente, una línea finísima, que es la costa de la Guinea continental española.

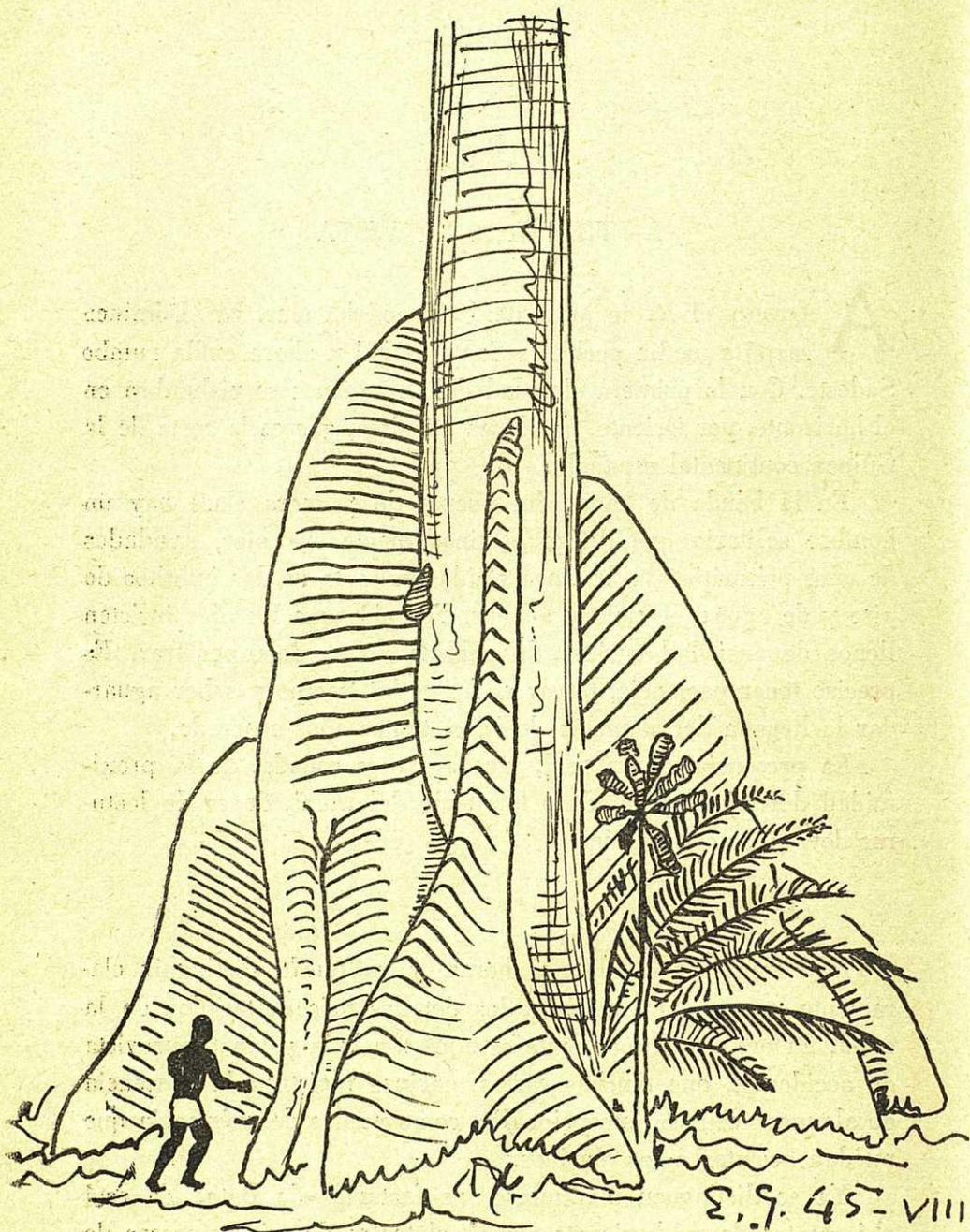
En la banda de babor del puente de primera clase hay un hombre solitario que dirige obstinadamente sus ojos, ayudados de unos prismáticos, a la línea sólida limitante de dos infinitos de aire y de agua: el cielo y el mar. Por más que los ojos insisten llenos de ansiedad curiosa, la neblina no se deja penetrar. Es preciso tener paciencia, tascar el freno del tiempo y saber aguardar la llegada del momento decisivo, tantos años esperado.

La presencia, ahora real, muchas veces soñada, de la proximidad del lejano y fabuloso territorio del Muni, denso de lecturas devoradas con pasión.

\* \* \*

Han transcurrido algunas horas, y ya puedo distinguir claramente, con mis prismáticos, los detalles más destacados de la costa. La orilla del continente es aquí tan baja y tan desprovista de accidentes, que muchas cartas marinas registran la presencia de algunas «ceibas» excepcionales, como puntos de referencia que puedan orientar a los marinos.

Ya se distinguen claramente las factorías de Bata. Ya está ahí, dentro de mi horizonte visual, el teatro de mis empresas de



com.  
edam.  
no n  
vi d  
  
au y  
eiba  
de a  
noti  
2  
-muy  
  
-muy  
mud

Raíces tabulares de la ceiba gigante de Sipolo (Río Benito)

este verano. El escenario de la manifestación vegetal más orgiástica del mundo. La selva virgen, prieta, del más alto interés para el botánico y para el viajero. Un día, que me pareció imposible, debía llegar para consagrar mi devoción de botánico, al filo de los cien problemas que encierra el infierno verde.

## II.—PRIMERAS SENSACIONES

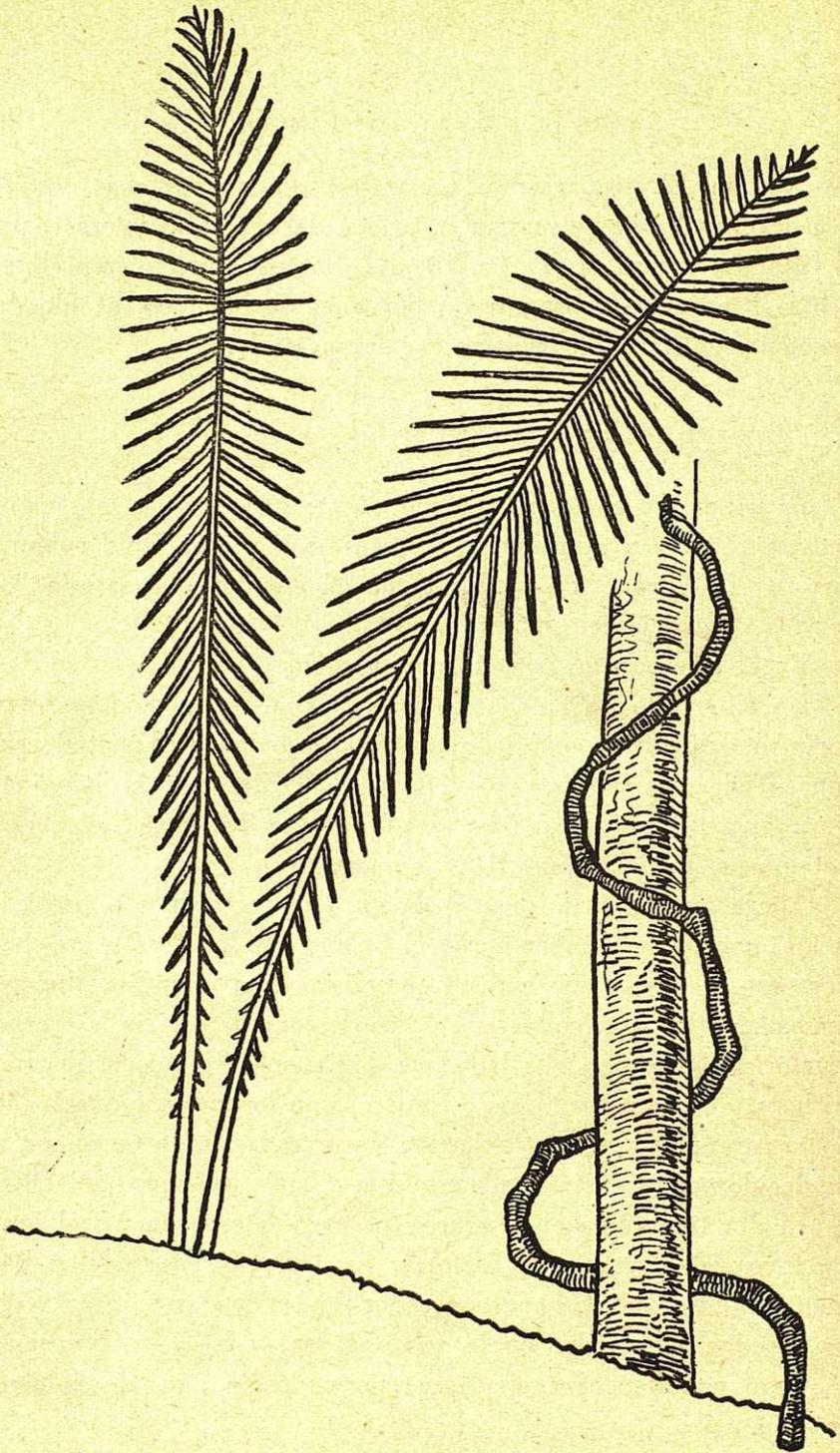
Al poner pie en la playa experimento una extraña sensación, entre agradable y deprimente. Parece como si del suelo subiera una fuerza desconocida en los climas templados que sacude los nervios y los deja con un raro tono vibrátil.

En el aire hay un extraño olor a sangre.

En el ámbito de la conciencia, la primera emoción que experimento es el miedo. Miedo auténtico, miedo de inquietud cervuna. Todos los peligros no simulados desfilan por la imaginación: el paludismo, la filaria, la enfermedad del sueño, la anquilostomiasis, la fiebre amarilla, la lepra.

Ahora que ya es tarde pienso que he procedido con precipitación, que debiera haber hecho el balance de los pros y los contras, que el precio que supone el peligro de perder la salud es demasiado alto para colmar mi deseo de conocer y vivir la escena ecuatorial. Pero, por otro lado, me doy cuenta de que ha llegado mi hora, de que estoy tocando con la mano lo que ambicioné. Me siento zarandeado por estas fuerzas encontradas, pero reacciono y me decido por la idea: «La suerte está echada. Sigamos adelante.»

El día transcurre en preparativos para internarme en el bosque; voy, de factoría en factoría, en compañía del doctor Bágüena, viejo colonial, buen conocedor de las sendas pámués y de las veredas de cazador en la selva virgen, y bajo su dirección, adquiero vituallas para una larga permanencia lejos de la civilización.



Hojas de *Raphia regalis* y cuerda cauchifera (ndama) en Evinayong

## III.—EL FAROL DEL BOSQUE

Llega la noche, y para estar más en carácter, por falta de corriente eléctrica, Bata se halla a oscuras y hay que encender el farol de bosque.

¡El farol de bosque! En su luz rojiza naufragan mis últimos alientos y me siento totalmente prisionero de lo que, según mi fantasía, deseaba más.

Por fortuna, las emociones de este primer día inolvidable han sido tan vivas, que experimento un gran cansancio y me quedo dormido como un tronco. Me despierto al amanecer y me visto rápidamente. El camión espera para llevarme a Evinayong. En este punto, situado casi en el centro de la colonia española, se halla la granja experimental del Servicio Agronómico, enclavada en un claro del bosque virgen, y constituye el mejor punto como base de mis operaciones, tanto por sus recursos y laboratorio, como por estar a cierta altura sobre el nivel del mar y ser su clima menos duro.

Sin embargo, y a pesar de mi impaciencia, en este primer día no podemos llegar a Evinayong. El trazado y estado de la carretera de Bata a Niefang son deplorables, y los camiones se ven sometidos a un trabajo excesivo.

Además, la gasolina debe estar mezclada con agua, porque el motor se para constantemente. Pasado el monte Raices (algo más de 30 kilómetros de Bata) se decide regresar, y volver a intentar el viaje, al día siguiente, con gasolina mejor.

En esta primera salida he gustado un paisaje lleno de color, con un sol que rompía, a ratos, la masa de nubarrones propios de la época seca (en que, pese a estar cubierto el cielo de nubes amenazadoras, apenas llueve) y ponía un rojo ocre en la arcilla de la carretera y de las cunetas, en amplio contraste con el verde bri-

llante de los cafetales, cuajados de blancas flores, con aroma que recuerda el del azahar.

Los poblados indígenas, punteados de negros habitantes y de graciosas cabras patiocortas, que huían locas delante de nuestro vehículo.

#### IV.—EN LA CARRETERA

Al día siguiente se repite la suerte con toda fortuna y alcanzamos Niefang. Hay que cruzar el Benito sobre un largo puente de madera, y pronto comienza un verdadero tobogán, que culmina en el collado del monte Alén.

Desde que entramos en esta carretera estoy como fascinado. Discurre por el fondo de una estrecha garganta bordeada de inclinadas laderas, cubiertas de un bosque cerradísimo que destaca las copas de sus árboles hasta en las aristas más altas de sus lomas. Todos los matices del verde convierten en un mosaico abigarrado aquella colosal masa de follaje. Me obstino en distinguir los árboles, en reconocerlos, en identificarlos. Duro quehacer. Hay tal riqueza y tal variedad de formas, que todos parecen diferentes. Me siento perplejo. La empresa en que me he metido me ofrece un aspecto demasiado hosco. El placer de gozar de la maravilla vegetal queda contrastado con la complejidad del tema que se ofrece a mi vista.

Hay un árbol que es pronto presa de mi atención. Ostenta una copa amplia, de un verde sombrío y brillante, formada de infinitas hojuelas menudísimas. Coronando su masa se ven grandes penachos de color crema cuajados de flores minúsculas. Es el «tom» (*Piptadenia africana*), uno de los que dan más carácter a este bosque siempre verde.

## V.—ESTAMPA ROMANTICA

También me llama la atención otro árbol, de un verde brillante, adornado con grandes masas de flores de un rojo carmín. Su tronco rotundo y firme es de un gris mate delicioso. No sé por qué me parece reconocer este paisaje. Me viene a la memoria una vaga evocación de recuerdos entrevistos en la infancia al hojear viejos libros de 1850, con láminas en color, de paisajes intertropicales, de loros de plumaje gris, con alas manchadas de rojo; de antiguos figurines con elegantes señoras vestidas de graciosos trajes de terciopelo color vino de Burdeos o verde, con miriñaque. Algunas flores tienen un raro perfume extrañamente novecentista.

Indudablemente la época de los grandes viajes por el Continente negro, el siglo XIX, que ahora se evoca con tanta simpatía, con su sabor de auténtico romanticismo, se proyecta con gran fuerza en el ámbito de mi paisaje sentimental. Junto a la viril figura de Livingstone, hirsuto y disentérico, la frágil silueta de un petímetro del Faubourg de Saint Honorée, con su calzón entallado y su levita a grandes cuadros. Al lado de la damisela encorsetada y pálida, la negra maciza, sensual y lánguida. La estampa inolvidable y patinada de los viejos figurines de nuestras abuelas tiene aquí su evocación más fuerte, en estas tierras, lejanas y misteriosas, que atrajeron la atención de aquellas generaciones ahora olvidadas.

## VI.—REMANSO

El camión se detiene, y esto me saca de mis divagaciones. Se ha parado a la altura del puente del río Lobo y se trata de renovar el agua del refrigerador, que se halla en plena ebullición.

Por estirar las piernas me bajo del baqué y me acerco a las aguas negras que aquí llevan todos los ríos y arroyos. Grandes

flores blancas, que se elevan trémulas en medio de la corriente, me encalabrinan en un segundo.

Es la «piña de oro», el «ayang» de los pámués (*Crinum natans*), que mece la albura de sus corolas grandes a compás de las ondas inquietas. Llamo rápido a mi «boy»:

—¡Joaquín, tráeme pronto esas «misá»! (flores en pámue).

Me entrega un gran ramillete envuelto en un perfume exquisito.

Desde este momento el «ayang» será para mí la flor que simboliza la vieja Africa intertropical. Las aguas turbias del Continente negro llevan copos blancos y perfumados como si quisieran redimir su tierra del tétrico adjetivo.

Por fin he hallado un remanso en este paraíso maldito erizado de dificultades. El camión vuelve a ponerse en marcha. Nos detenemos en algún poblado, formado de chozas de «nipa» (la palmera del país), con más carácter que los poblados de la costa, de chozas hechas de tablas. Por algunos sitios asoman curiosas cabezas de negritos embetunados y de «miningas» (mujeres) de tosca expresión femenina.

Metó la cabeza por alguna de aquellas estrechas y bajas puertas, pero apenas distingo nada. El interior está ahumado y oscuro. El transcurso de los días me enseñará muchos detalles que aun no conozco.

Continuamos el viaje.

## VII.—EVINAYONG

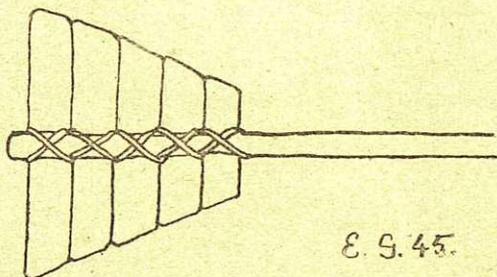
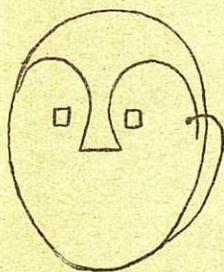
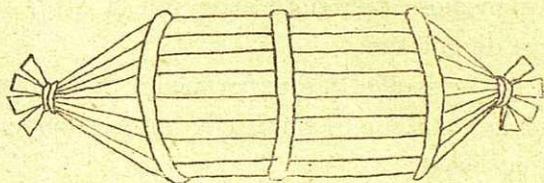
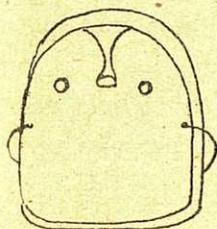
El camión resopla penosamente subiendo y doblando las penosas cuestas y curvas. La trayectoria tiene las características de un trazado de montaña, y, en efecto, estamos pasando el puerto que establece divisoria entre la cuenca del Benito y la del Laña, que

limitan un territorio irregularmente elipsoidal, próximamente en el centro de nuestra colonia.

El viaje comienza a hacerse pesado, y son cerca de las tres de la tarde. Desde que salimos al amanecer, con un ligero refrigerio, no hemos probado bocado, y se siente un apetito más que regular.

El sol de mediodía pone alegre este paisaje de rojos y verdes calientes.

Los contraluces dan unos esmeraldas y amarillos maravillosos,



E. S. 45.

Caretas de baile

Jaula de gallinas y soplillo

y por las laderas cubiertas del bosque de terciopelo se desparrama la luz de fuego del sol, con un murmullo sordo de vida pletórica que deja un olor acre, intenso y excitante.

El filo del mediodía es el momento de la culminación de la vida, y sin querer se percibe a esa hora la gran fuerza pánica que invade el paisaje optimista. Se ve muy claramente que en la entraña de la tierra hay fuerzas telúricas, desconocidas para nosotros, que infunden nuevas energías a todos los vivientes.

La leyenda mitológica del contacto con la Tierra, base científica de la moderna biología.

Llegamos a la altura del camino que arranca de la carretera y sigue por el gran valle del Utamboni, en dirección de Cogo. Ya está cerca Evinayong. Al doblar una amplia curva se ve a la izquierda el gran desbosque de la ligera elevación sobre la que se asienta el campamento militar de Evinayong.

Media hora después entramos en el pequeño ramal carretero que conduce al interior de la Granja del Servicio Agronómico y trasponemos el gracioso arco, con la casita del capataz blanco que sirve de portada.

La sensación que experimento es fantástica. ¡Qué delicia pasear la vista por el amplio desbosque donde están las parcelas con los cultivos!

CAPITULO III

"OGON NGAM"

MININGA.—I. LA TUMBA.—  
II. APARECEN LAS DIFICULTADES.—III. LAS PRIMERAS SALIDAS.—IV. ASCENSIÓN AL MONTE CHIME.—V. EL CANÍBAL DE FURNNAM.—VI. EN EL CORAZÓN DEL BOSQUE.—VII. EL REGRESO

## MININGA

*M*UJER pámue, mininga, de piel barnizada y dientes brillantes, a veces hay en tus ojos un relámpago de luz que se adentra hasta lo hondo de la conciencia del blanco.

No eres bella, pero eres mujer, y en la tristeza cósmica del bosque tu presencia es como un remanso de protección al hombre. Tu eterno jemenino es sólido y desafía al color de la piel.

Eres tosca, pero eres dulce, y tu rudeza primitiva y negra resulta grata a la viril delicadeza del hombre blanco civilizado y refinado. Por eso la legislación se afana penosamente en mantener erguida la endeble barrera que separa las razas.

Yo te he visto en tu postura de sumisión altiva ante el pámue. He presenciado escenas de ternura con tus hijos y he presentado que, tras del aparente dominio del hombre de tu raza, tú eres quien manda y la indispensable. La choza con el hogar caliente, las horas tibias dentro del recinto que es tu dominio, atrincherado de la humedad nocturna, son obra tuya y el hombre ellas busca en demanda del cobijo maternal que de ti nace.

Mininga, tú sabes bien todo esto, y por eso hay alegría en tu rostro chato y brillo en tus ojos oscuros.

Cuando hablas con tu marido lo haces de igual a igual, y uno comprueba falsa la leyenda de que seas la esclava. Y si se tercia, sabes zurrar al hombre que ha faltado al compromiso contraído contigo.

Es verdad que trabajas como una negra. Que llevas las labores menudas, pero largas, de la finca, que acarreas voluminosas cargas de leña del bosque, que al peso del «encué» se suma el peso del niño que amamantas, que pescas y que cuidas de la comida, que tu vejez es tal vez la fase más aguda de la miseria humana. Pero todo esto lo haces de buen grado, y tu aparente sumisión es el argumento más fuerte de tu imperio sobre el hombre, débil y niño a pesar del simulacro de su fuerza bruta.

Mininga, quisiera que este preámbulo, dedicado a cantar tu influencia jemenina, fuera mucho más brillante que el del ayang, el del bosque o el de la lluvia.

Porque sin ti el bosque no tendría hombres, y sin el apoyo de ellos yo nunca hubiera podido llegar hasta aquí para ser testigo, más que de las flores y más que de los árboles, de la eterna ternura que de la mujer nace.

## I.—LA TUMBA

**E**L redoble hueco y rápido de la «tumba» me despierta. Por las rendijas de la puerta se filtra una luz gris. Un momento antes de saltar de la cama escucho pensativo el segundo redoble. El ejecutante de aquel repiqueteo de palos sobre un tronco ahuecado debe ser diestro, porque se esmera en el rudimentario ritmo y hasta destaca ligeras filigranas. Después de oír este toque, y siempre que he vuelto a escucharlo, he sentido un ligero poso de tristeza. En el fondo, el bosque es triste y monótono, pero yo no advierto, de primera intención, estas constantes, porque estoy muy intensamente interesado en luchar con él cuanto antes.

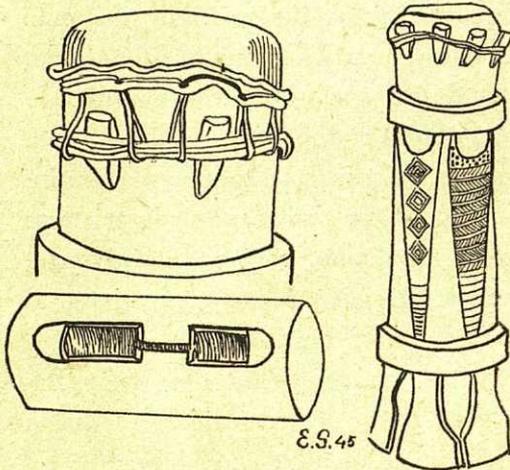
La mañana la dedico a visitar, en compañía del señor Báguena y de un negro que nos abre paso, un trozo de selva, hasta alcanzar la cascada del río Laña, el gran afluente del Benito. En aquella masa de plantas, que es preciso cortar materialmente con cuchillo, tengo un gran pasto donde saciar mi sed de sensaciones botánicas: familias enteras que sólo conocía por los libros ostentan aquí una riqueza insospechada. *Marantáceas, zingiberáceas, pipéráceas, menispermáceas, bombacáceas, flacurciáceas, melastomatáceas, dicapetaláceas, combretáceas, burseráceas, simarubáceas*, con otras muchas más, se me ofrecen por todas partes.

## II.—APARECEN LAS DIFICULTADES

Junto a tantas sensaciones de plétora ideal surgen los primeros encuentros alarmantes. Al cruzar un tronco tendido sobre un arroyo

me dicen que me detenga, y el negro acompañante me sacude un ligero golpe con su escobilla para matar dos moscas «tsé-tsé» que se habían posado en mi espalda con intención de picarme. Es probable que no estuvieran infectadas con el germen del sueño, ¿pero quién sabe esto?

Otro día, estoy a punto de perderme en un trecho de ochenta metros, a partir de la casa del Servicio Agronómico. Como tenía dos horas libres antes de desayunar, se me ocurre dar un corto



E.S.45

Tumba y tambor (tam-tam)

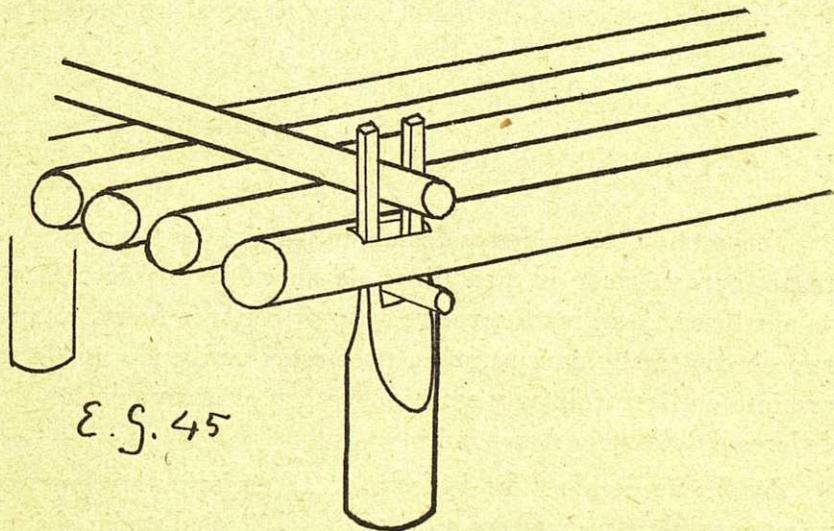
paseo para tomar notas, y una vez que he pasado de la zona desbocada a la maraña de troncos, quiero regresar y no acierto. Después de un momento de angustia acabo por descubrir el techo de la casa. Me prometo seriamente no dar un paso solo. No se crea que soy hombre de café. Desde que cumplí los quince años, y llevado por mis lecturas, he salido con-

tinuamente al monte, y cumplidos los veintiún años llegué a hacer un recorrido de cerca de noventa kilómetros en veinte horas seguidas, con un desnivel de casi dos mil metros. Estos méritos de clima templado sirven aquí de poco. Hay trechos en que para salvar una longitud de uno o dos kilómetros se consume la hora entera. ¿Cómo explicar esto? La explicación es difícil, porque difícil es describir este ambiente a quien sólo conoce el clima templado. Cuando llegué aquí, una de las cosas que quise comprobar personalmente era este extremo. No me cabía en la cabeza que tal pudicra suceder.

Uno de los primeros días de mi estancia en Evinayong decidí ascender a un cerrete que tendría unos 150 metros sobre el punto donde estaba mi vivienda. Me acompañaba un buen pámue. Salimos a las siete de la mañana. Una niebla gris y húmeda empapaba el paisaje. Hubo que cruzar primero un pantano de potopoto, sin vestigio de camino, naturalmente. Me puse de barro negro hasta la coronilla. Pero salvado este primer obstáculo veo que mi moreno guía toma el cauce de un arroyo como camino y con agua hasta el muslo, arañándonos cara, pecho y brazos con las plantas pinchudas que formaban una especie de cortina sobre el oculto torrente, cubrimos unos 300 metros. Yo sudaba y jadeaba bajo mi salacot y al mismo tiempo sentía frío. De pronto se vuelve mi hombre de labios abultados y ojos brillantes y me dice:

—¿Señor, dónde quieres ir?

—Yo querer ir a Punta Desboscada, que se ve desde el Servicio.



E. S. 45

La cama pámue; detalle del ensamble

—Señor, entonces tenemos que volver porque éste no es buen camino.

Hubo un momento que pensé dejarme llevar por la cólera y castigarle porque me había guiado mal (no es muy agradable un paseo de 300 metros con el agua al muslo, una mañana húmeda y fría); pero me contuve, y después descubrí que él mismo estaba tanteando el camino porque no había ninguno para subir donde yo quería. Sin embargo, llegamos a la cumbre después de un penoso esfuerzo de horas y regresamos felizmente. Le regalé tres hojas de tabaco en rama y me dedicó su mejor sonrisa.

Pasaban los días del proceso de mi aprendizaje y cada vez estaba más perplejo ante tantas dificultades, con la sensación de que iba a fracasar rotundamente en la endiablada empresa en que me había metido. Conozco las sierras más difíciles de España, he nomadeado por el desierto, pero puedo asegurar seriamente que nada es tan peliagudo y tan erizado como el bosque virgen. Conociendo esto se llega a estimar en toda su dimensión el mérito, valor, decisión y energía de los primeros viajeros, los legendarios Iradier, Ossorio, etc.

### III.—LAS PRIMERAS SALIDAS

Tengo una oportunidad y dedico un par de días a visitar Acurenan, aprovechando la amabilidad de un cultivador de café que va a su finca. A mi regreso vuelve a surgir con más fuerza el apremio de comenzar mis itinerarios, pues estoy perdiendo un tiempo precioso en ligeras fintas y escaramuzas con el bosque de los alrededores del Servicio Agronómico.

Por fin me decido y fijo la fecha de 1.º de julio para hacer mi primera salida a pie, que va a durar de sol a sol. Estudio el itinerario con el doctor Báguena, y proyecto rodear por su base el

monte Chime. Su desnivel con relación al punto de partida debe ser de 300 metros escasamente, pero en principio hay que pensar en una ascensión penosa. Por otra parte es «tabú» por haber sido escenario de una sangrienta batalla entre dos tribus enemigas, en que, como es natural, no hubo cadáveres y menos prisioneros (posiblemente el origen más verosímil del canibalismo es este de aprovechar despojos humanos en un ambiente donde la alimentación nitrogenada de origen animal es por demás exigua).

Tampoco encuentro guía indígena que quiera aventurarse por las soledades del Chime poblado de espíritus y de gorilas y chimpancés. Resignado a seguir un camino llano a pesar de mis aficiones montaÑeras, hago que me preparen comida de víspera para salir al día siguiente, al rayar el alba. Debe acompañarme mi «boy». Se me ha indicado que no debía detenerme a comer en el poblado de Asok, de la tribu Nsomo, porque era refugio de leprosos.

#### IV.—ASCENSION AL MONTE CHIME

Al levantarme, cuando traté de acondicionar la frugal comida en mi morral hallé con asombro y contrariedad que las ratas habían volcado la tartera y se habían comido la tortilla y los huevos duros. Tomé unas latas de conserva, pues no podía perder tiempo, y en compañía de Joaquín salí camino de mi recorrido. Los seis kilómetros que me separaban de la Misión católica los hice en el camión de servicio, que llevaba al personal blanco y a los braceros a misa. Era domingo. Sin detenerme en la Misión, pues no podía perder tiempo a riesgo de que me sorprendiera la noche en el laberinto de árboles, seguí con paso largo el camino escogido. El Chime quedaba a mi izquierda envuelto en su húmedo ropaje gris de niebla. Por fortuna, al poco rato se acercaron dos pámués cu-

riosos (todos lo son) y se pusieron a hablar con mi «boy». Enterados de mis propósitos contrariados, me buscaron una solución y al poco rato Joaquín me decía:

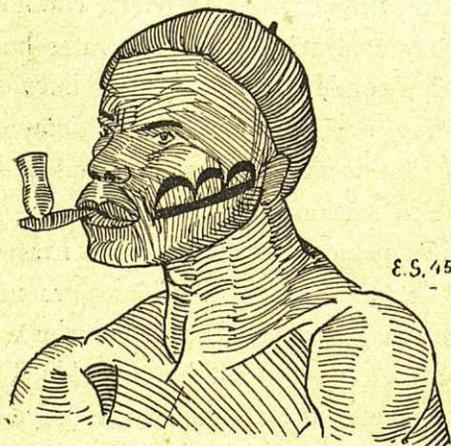
—Señor, éstos dicen haber en Furnnam, que es poblado que vamos a pasar, cazador pámue que sabe camino de Chime y que puede llevarte.

No quise saber más, y acelerando la marcha, al cabo de dos horas llegamos al poblado indicado.

La primera choza era la «casa de palabra», especie de club donde se reúnen las gentes a charlar, fumar y hacer historia. También se detienen allí los caminantes a descansar, y siempre hay unas brasas que se activan cuando llueve y uno quiere secarse la mojadura, o en los extremos del día, cuando se siente el fresco húmedo.

#### V.—EL CANIBAL DE FURNNAM

Furnnam es un poblado miserable, perdido detrás del Chime, con media docena de chozas. Me parece estar en el fin del mundo.



Ogón Ngam

En la choza hay un hombre medio desnudo, vuelto de espaldas. Lleva un trozo de tela de color indefinible arrollado a la cintura, que no sirve a ocultar una magnífica hernia en el lado izquierdo.

ε. S. 45

Va tocado con una boina, cosa frecuente entre la gente de cierta edad. Se halla comiendo una bazofia inmundada de un cacharro sucio que tiene en el suelo y que le dis-

putan dos perros esqueléticos, que espanta de cuando en cuando con gritos y manotazos.

Cuando llegamos ni se vuelve a mirarme. Yo me siento en el lado opuesto, y mientras descanso un poco enciendo un pitillo y pido agua, que mezclo con coñac, tanto para estimularme como para quitarle el olor a humo que sale del negro cacharro en que me la han servido.

Mientras fumo, bebo y descanso estoy atento a los mil detalles que me rodean y a los gritos ininteligibles que da mi «boy» con los pámue que nos han aconsejado y acompañado, discutiendo con el negro que debe guiarnos. Hablan en pámue, porque aquel salvaje puro ignoraba otro medio de expresión. Cansado de sus largas peroratas decido cortar tal pierdetiempo y pregunto:

—¿Qué dice?

—Señor, dice que es muy tarde para subir y que él no puede acompañar—contestó mi «boy».

—Dile que si me lleva al Chime, hay de regalo para él una botella de coñac—respondí rápido.

El argumento tuvo un éxito completo. Se volvió a mirarme y se sonrió. Pude comprobar que tenía los incisivos afilados en punta, como buen antropófago. Anoté cuidadosamente en mi cuaderno su nombre: Ogon Ngam.

## VI.—EN EL CORAZON DEL BOSQUE

Decidida la ascensión marchó a su choza a hacer los preparativos, y entretanto pedí que me tostasen unos puñados de cacahuet. Al poco rato vino una «mininga» con una graciosa esterilla en forma de plato, donde había un montoncito de la preciosa semilla. Estaban calentitos y en ninguna otra parte he disfrutado de un punto de tueste tan acertado.

En aquel momento llegó desde la masa de árboles del Chime

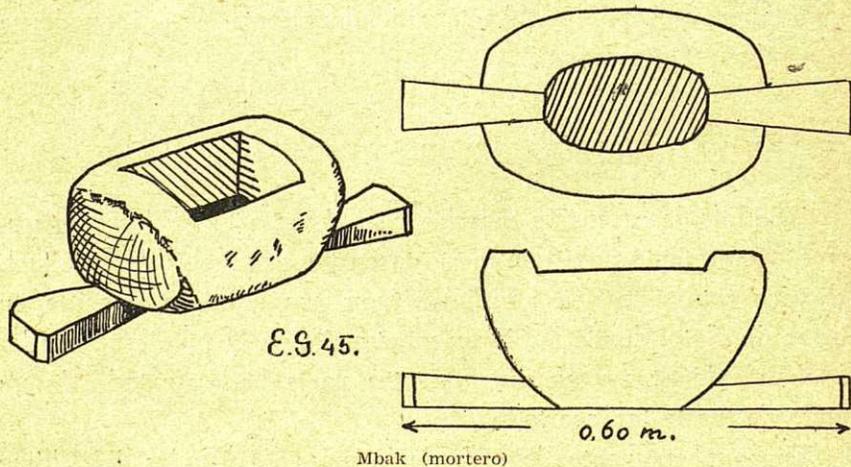
un guirigay de chillidos y ladridos, y alarmado pregunté por aquéllo.

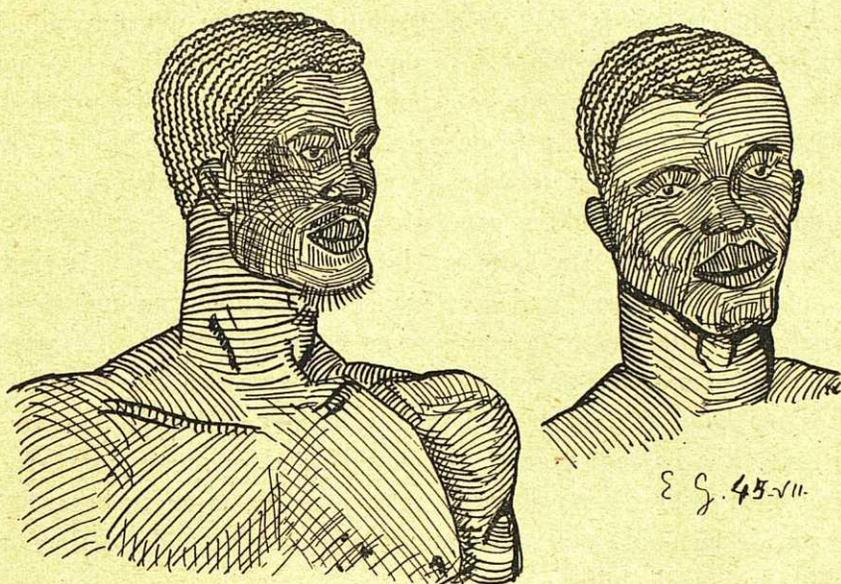
—Señor—me dijo mi «boy»—, es gorila y chimpancé, que juegan.

Por fin apareció el bueno de Ogon Ngam con su escopeta de dos cañones y una bolsita de piel de cabra con la pólvora y grandes postas de plomo.

Salvado el «bikoro» (maleza) que nos aísla de la selva virgen, comienza la fatigosa ascensión a través de las grandes columnas de los árboles gigantes, con sus raíces tabulares o contrafuertes, en cuyos ángulos se puede ocultar muy bien un elefante. El piso de la selva virgen es bastante despejado y los arbustos dejan paso libre con bastante facilidad. No así en las zonas desboscadas y abandonadas, donde se ha desarrollado el «bikoro». Aquí el avance es muy penoso, y el negro armado del machete debe preceder chapeando el camino.

Ogon Ngam se ha hecho amigo mío. Nuestro único medio de relación es la sonrisa. El no sabe lo que yo pienso (grandísimo caníbal) cuando sonrío. Cada vez que entreabre los labios mi vista





Cabezas pámués del interior

se clava en sus incisivos limados y siento un escalofrío. Me muestra las incisiones que hacen en las lianas cauchíferas, de las que obtienen el «latex» que venden a los blancos. Son muchas y me da sus nombres. Me muestra restos de caña mascada y los intérpretes me indican que por allí ha pasado gorila. En este momento oímos sobre nuestras cabezas unos fuertes ladridos (el grito del gorila), seguidos del característico ruido de ramas quebradas. Es una pareja de estos bichos que huye. El cazador pámué se detiene y carga su escopeta con grandes postas de plomo. Si se ponen a tiro habrá carne en abundancia. No seré antropófago, pero después de haber comido carne de mono (por cierto bastante aceptable) se me podrá llamar antropoidéfago.

## VII.—EL REGRESO

Alcanzada la cumbre, se inicia el descenso, más penoso, si

cabe, que la subida. Por un claro del bosque me muestra, allá a lo lejos, las construcciones del campamento militar de Evinayong. Me asusta el inmenso mar de árboles que nos separa del punto de partida. Aun habremos de navegar muchas horas por debajo del techo del bosque. La cosecha de plantas raras e interesantes ha sido copiosa. Rodando y cayéndonos a cada paso llegamos, por fin, a la vaguada. Aun falta mucho camino que andar y la tarde comienza a ponerse dorada con esa luz indefinible que anuncia su final. Hay que atravesar una enorme masa de «achon» (*Aframomum alboviolaceum*), planta de cuyos tallos sacan las antorchas. Los machetes funcionan a diestro y siniestro. Por fin logramos atravesar la barrera vegetal. De entre la maleza sacan y me enseñan unos calderos con el fondo roto y tres patas en su base. Son restos de un poblado abandonado, que ha desaparecido totalmente, cubierto por el «bikoro».

Antes de que se ponga el sol piso la cinta roja de la carretera y me siento feliz. Ogon Ngam recibe su botella de coñac.

CAPITULO IV

CUCUMANCO

GRITOS.—I. LA SALIDA LARGA.  
II. EL COMIENZO DE LA MARCHA.  
III. LA GRAMÁTICA EN EL FONDO  
DEL BOSQUE.—IV. ¡SOLO, EN-  
TRE NEGROS!—V. EN LA RESI-  
DENCIA DE UN BLANCO.—VI.  
MONSIEUR GREVISSE.—VII. LA  
CRISIS NERVIOSA.—VIII. GRO-  
TESCA CONFUSIÓN CULINARIA

## G R I T O S

*L*A entraña negra de la noche en la selva cobija con su hondura todos los gritos de los animales y todos los ruidos alarmantes.

Las febles mamparas de la choza de nipa dejan filtrar la algarabía del ruidoso nocturno, estimulando el oído atento que capta ávidamente los matices más finos, buscando descubrir el sentido del que encierre el mayor peligro.

Destaca en primer término el horrisono coro de las chicharras, que deben vivir aquí por millares, a juzgar por el furioso estrépito de su estridencia erótica. El penetrante y agudo chirrido parece como si pretendiera taladrar el timpano a fuerza de lanzar trenes enteros de ondas sonoras. La prolongada continuidad crispa los nervios, y excita tanto, que parece como si la cabeza fuera a estallar. Pero llega un momento en el cual, superado el punto en que uno se achicharra, se pierde la conciencia de tal ruido y el oído se aplica a descubrir nuevos motivos sonoros.

Hay golpes secos que aceleran por un momento la propia palpitación, antes normal. Gritos aislados inidentificables. De cuando en cuando un pájaro lanza un silbido especial. Ahora es el repiqueteo suave de las patitas de las ratas en sus carreras por el techo de bambú. Un leve rumor, como del cuerpo de un reptador al deslizarse, suspende en la oscuridad impenetrable un breve interrogante. Nada. Vuelta al ruido de las chicharras, olvidado a fuerza de ser incesante. Las horas pasan lentas. Parece como si tanta violencia y tensión para sorprender el ruido peligroso diera una extraña lucidez a la conciencia fatigada por el ajeteo del día. De pronto la tensión cede y se percibe el dulce sopor preliminar del sueño que se adentra con cautela para restaurar las fuerzas agotadas en las horas de vigilia.

Ya no importa el peligro, ya no estorban los sonidos, ya perdió su interés el amplio coro de ruidos y gritos. El espíritu, complacido, sonríe satisfecho y corre a refugiarse en un rincón del cerebro para olvidarse de todo y cobrar nuevas fuerzas.

Peró aun no ha concluído la llamada nocturna. Aun queda un último grito, el más interesante y extraño, que pone punto final a esta nueva y complicada experiencia.

Sin duda viene de un ave que canta sus penas al aire, porque en la modulación de aquellos sonidos, que ahora parecen llenar todo el ámbito negro, hay unos bemoles y unos sostenidos infinitamente superiores a la triste música de Chopin.

## I.—LA SALIDA LARGA

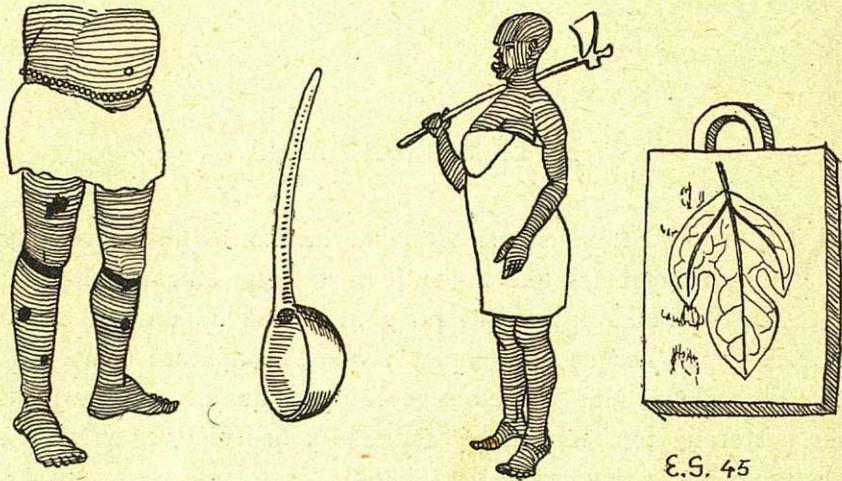
**M**I triunfo sobre el monte Chime me abrió perspectivas menos sombrías que las entrevistas hasta entonces. Me convencí de que no había por qué exagerar las dificultades que supone el estudio del bosque intertropical; que éste aparece como atrincherado tras una muralla de obstáculos, pero que tal muralla puede ser perforada con tenacidad y esfuerzo y que una vez salvado el obstáculo, si se tiene verdadero interés, se triunfa.

Luego de unos días de recorridos cortos, y sintiendo agotado mi interés botánico por los alrededores de Evinayong, me encontré entrenado y con impulso para hacer una salida larga, de unos quince días. Mi punto flaco era la total inexperiencia del país y de cómo había que tratar a los negros. Hubiera preferido salir en compañía del doctor Báguena, buen andarín y gran conocedor del país. Su compañía me habría resuelto muchas pegas; pero tenía órdenes de la Dirección de Agricultura Colonial de estudiar los animales que morían tripánicos en el Servicio, y no podía alejarse de éste.

Luego de escuchar sus observaciones y de planear el itinerario fijé la fecha del 6 de julio para mi primera gran embestida.

## II.—EL COMIENZO DE LA MARCHA

Al amanecer del día elegido se presentaron dos guardias coloniales armados de fusiles con ocho negros braceros, elegidos entre los presos del campamento (por haber cometido pequeños hurtos, etc.) que debían llevar las cargas, según uso del país. Se



E.S. 45

Mininga, después del parto, pintada con palo rojo y manchas negras.—Cucharón de calabaza.—La mininga va a la finca.—Tabla de escribir y hoja de borrar

acostumbra pagar su trabajo con tabaco en rama y en otra especie y se relevan en los poblados por que se va pasando.

Las cargas consisten en la ropa limpia que ha de necesitar el blanco en su viaje, mas la cama de campaña (si bien tenía el propósito de dormir en las chozas pámués) y las vituallas, principalmente arroz, patatas, y conservas, junto con el aceite y el petróleo para el farol de bosque. En los poblados siempre se encuentran gallinas y huevos y carne de alguna res sacrificada.

Llevaba también un «pousse-pousse», especie de carricoche de una sola rueda, de motocicleta, sobre la que va una silla de madera y el conjunto lleva una especie de doble varal al que se agarran dos negros, uno delante y otro detrás. El tal vehículo sirve para carretera o camino bueno siempre que sea horizontal o tenga ligera cuesta abajo. El resto del trayecto no sirve. Pero viene bien para marchar un rato sentado, y en una de las etapas me fué tan útil que llegué a cubrir cincuenta kilómetros justos, llegando a punto de coger un camión, con lo cual gané un tiempo precioso.

Organizada la columna de hombres, me despedí del doctor Báguena y comencé a marchar, cara a Oriente. El plan era alcanzar Nsok (en el ángulo sudoriental de nuestras fronteras) por el camino de Aconibe.

En la Misión católica me detuve un momento a saludar al padre Ramón, catalán, que ya era clásico y popular en aquellos contornos, y me ofreció un vaso de agua con coñac. Me habló de Mr. Grevisse, ingeniero prospector belga. Me propuse saludarle. Vivía en Cucumancoc.

### III.—LA GRAMÁTICA, EN EL FONDO DEL BOSQUE

El primer día de marcha se cubrió la etapa sin fatiga excesiva ni accidente desagradable. Se hicieron unos 30 kilómetros. Recuerdo que a media mañana pasamos por un poblado en que los niños se hallaban congregados en la choza-escuela, bajo la vigilancia de un maestro indígena (que posiblemente era al mismo tiempo catequista), quien les hacía repetir hasta el aburrimiento, con un rancio sonsonete, esta definición: «Se llama oración gramatical la formada por palabras», «se llama oración gramatical...», etc. Me dió profunda lástima de aquellos pobres niños indígenas incapaces de comprender la idea que encerraba aquella retahíla excesivamente abstrusa para su mentalidad deficiente. En plena selva virgen y en un olvidado poblado de chozas pámue, la Gramática imponía la tiesura de la importancia de la asignatura a mentes incapaces de comprenderla. Cuando advirtieron la presencia del blanco la frase cobró nuevo vigor y la repitieron a voz en grito hasta que seguí mi camino. También pude tomar nota de los útiles escolares, que, aparte de libros escritos en pámue que me llamaron fuertemente la atención, examiné lleno de curiosidad, la pizarra escolar, hecha de un trozo de tabla de «ekuk» (*Alstonia congensis*), y la forma de borrar lo escrito con un tizón sobre la blanca madera,



ES 45

Choza pámue del interior, con un cazador provisto de ballesta y dos puerco-espines cobrados. En primer término animales domésticos

que consiste en lijar la cara escrita con la hoja de un árbol que llaman «acuo» (*Ficus exasperata*), áspero como una lija de arena. Con esta misma hoja lijan las heridas de los leprosos y ponen encima unos complejos emplastos de plantas de las que me ocuparé en otro lugar. A pesar de la pésima orientación pedagógica del «magister» negro, la presencia de la rudimentaria escuela perdida en el bosque llevó al fondo de mi alma una grata sensación de que allí llegaba un débil eco de lo que entonces consideraba yo en mi aislamiento mi patrimonio de hombre blanco: ¡la cultura europea!

#### IV.—¡SOLO, ENTRE LOS NEGROS!

Antes de la puesta del sol alcanzamos el poblado de Ayene, y el «cucuman» (jefe) me instaló en la choza donde suele albergarse el misionero blanco cuando acierta a pasar por allí. Los blancos ya me habían aconsejado que así lo hiciera, pues es siem-



*Grupos de Phoenix reclinata sobre la playa de la desembocadura del Benito.*

E. Guinea, fot. VIII-1945.





*La Berrya amomilla Roxb. (tiliácea), cultivada en el Servicio Agronómico de Santa Isabel.*

Hermic Films, fot. IX-1945.



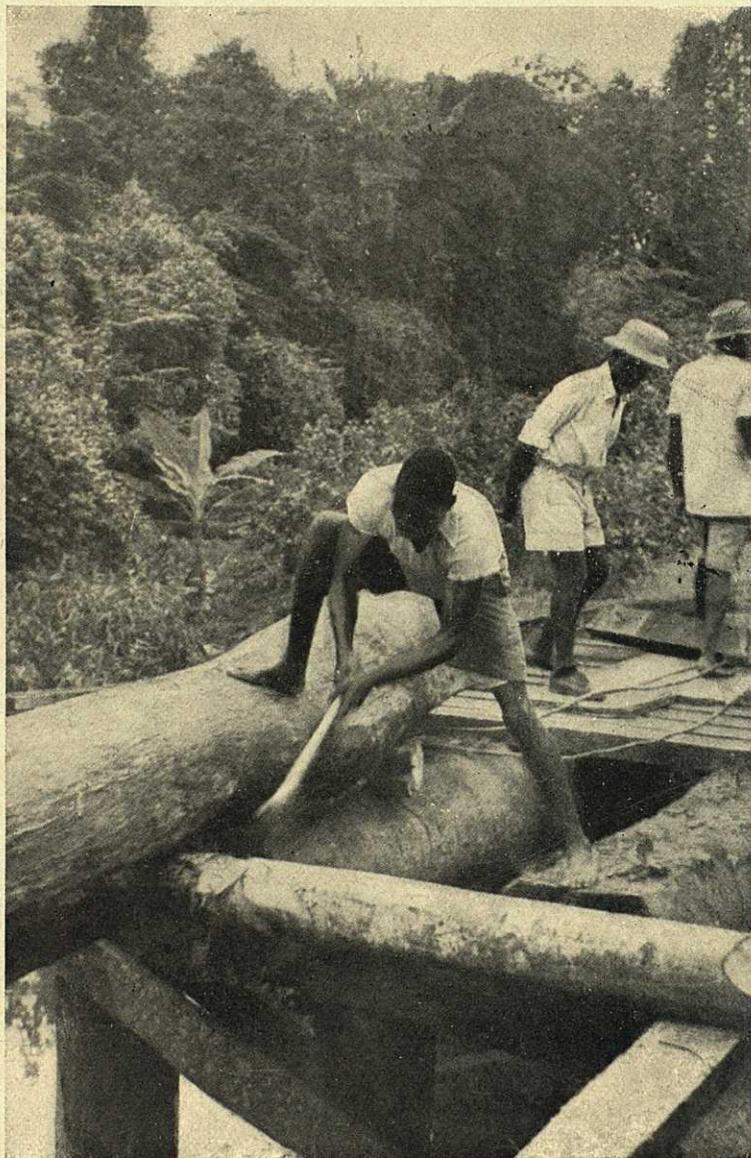
*Gorila en domesticidad,  
de muy pocos meses,  
propiedad del señor  
Roca, de Micomeseng.*

E. Guinea, fot. VIII-1945.

*Mi "boy", Joaquín Mi-  
chá, con toda la impe-  
dimenta, espera en el  
pantalán del Benito la  
llegada de la motobalsa.*

E. Guinea, fot. VIII-1945.





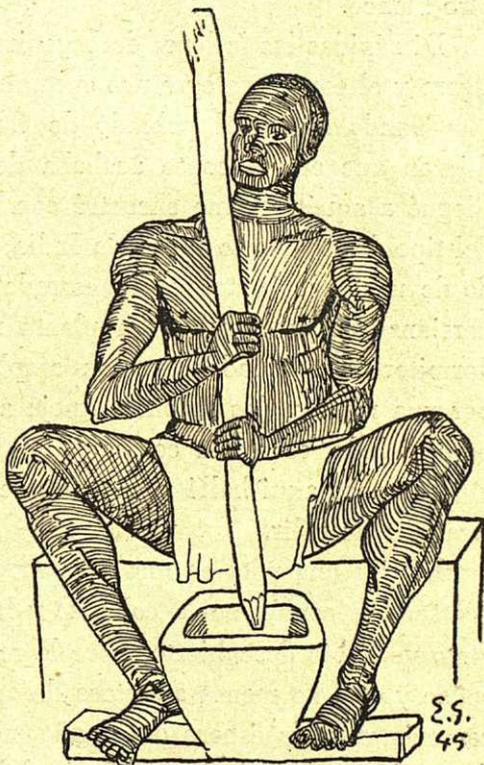
*Los morenos construyendo un gran puente de troncos.*

Cruzado del I. F. I. E., fot. VII-1945.

pre la choza más limpia y menos inconfortable de todo el poblado y, desde luego, no está habitada por negros.

Mientras sonaba la «tumba» y las «miningas» acudían al rosario, que iba a rezarse en la choza-capilla; yo pedí un sillón de «melongo» (especie de rotang, palmera trepadora) y me senté en medio de la plazuela, de cara a poniente, que exhibía un cielo grana, cadmio y violeta, en contraste con los negros nubarrones plomizos del primer término.

Tenía tantas ganas de quietud y corría una brisa tan grata, que soporté con calma las irritantes picaduras del «gen-gen». Este mosquito que Pittaluga ha designado con el nombre específico de «hostilísima», apenas mide más de medio milímetro y produce una feroz picadura, que dura muchas horas. La primera vez que me picaron tales mosquitos iba con pantalón corto y remangado. Por la noche, cuando la comezón alcanzó su punto, no álgido, sino febricitante, me rascaba tan furiosamente que sentía la necesidad de tener cuando menos cuatro manos. Creí que me volvía loco y juré no volver a ir descubierto. Más tarde me acostumbé a estas minucias y me puse otra vez el cómodo y práctico pantalón corto. De Europa se



Negro machacando yuca en el mortero

trae, en teoría, una gran suma de precauciones que se olvidan en cuanto uno entra en faena.

Cené un poco triste de sentirme blanco perdido entre negros, y me tendí a dormir un tanto deprimido; pero por fortuna, la fatiga venció pronto mis remilgos de hombre civilizado y me dormí profundamente, si bien soñando con caras de negros, que se habían fijado en mi memoria con una tenacidad indeleble.

#### V.—EN LA RESIDENCIA DE UN BLANCO

Amaneció un día lleno de alegría para mí. Estábamos a unas dos horas de Cocumancoc y me iba a caer el placer de saludar a otro blanco.

Dí rápidas las órdenes de organizar la caravana, y con el paso ligero y el corazón alegre nos encaminamos a la mina de oro.

Cuando llegué al poblado de Cucumancoc los indígenas me dijeron que el blanco se acababa de marchar a su nueva casa. Llegué a aquélla y me encontré con un delicioso «bungalow», no del tipo de los que se ven en la India, sino al estilo del país rodeado de una galería acogedora cerrada herméticamente por tupidas persianas de «melongo». La planta rectangular, comprendía dos dormitorios, separados por un amplio espacio central, ocupado por una mesa y dos sillones. Aneja a la edificación, y en ángulo, pero aislada, estaba la cocina.

Tampoco aquí hallé al blanco que buscaba con tanta ansiedad. Acababa de salir.

Escribí una nota en una hoja arrancada de mi libreta de ruta (costumbre común en la colonia) y la envié con un negro. Entretanto yo había descubierto sobre la mesa una magnífica botella de coñac y otra no menos apetitosa de agua de «Insalus», y para hacer más grata la espera del dueño en cuya casa me había colado de rondón me serví un «salto» (palabra con que se designa en la

jerga colonial la mezcla de estos dos líquidos en proporciones convenientes).

#### VI.—MONSIEUR GREVISSE

Pronto apareció el hombre que buscaba y que encontré simpático en extremo. El, por su parte, me recibió con grandes manifestaciones de alegría y me confesó que hacía tres meses que no veía un blanco. Me invitó a quedarme y almorzar con él; pero cuando le insinué que yo tenía prisa por llegar a Aconibe y que a lo sumo podría demorar mi marcha hasta después del almuerzo, se negó rotundamente a que le abandonase y me obligaba a quedarme con él cuando menos tres días. Aunque esto contrariaba mis planes, era tal la alegría que experimentábamos los dos, que accedí sin el menor esbozo de protesta. Luego tuve hallazgos botánicos en aquellos contornos de tan alto interés que no volví a encontrarlos en el resto de mi recorrido (estudio de la vegetación herbácea de un cerro cúpula y ¡el hallazgo de helechos arborescentes!).

Monsieur Grevisse me dedicó todo el día, y yo, para hacerle más grata mi llegada, le hablé desde el primer momento en francés, cosa que me pareció le sería muy agradable. Cuando le confesé que hacía veinticuatro horas largas que no veía un hombre de mi raza y que ésto me deprimía profundamente, se rió a sus anchas y me dijo que yo no sería nunca un buen colonial. El había llegado a estar ¡medio año! exclusivamente rodeado de negros.

#### VII.—LA CRISIS NERVIOSA

No sé si por causa del esfuerzo de hablar francés todo el día, o por los pitillos y el coñac ingeridos, lo cierto es que alrededor de las ocho de la noche, y al ponernos a cenar, experimenté una especie de crisis nerviosa. De las afueras del «bungalow» recién



Indígena de la Guardia Colonial que formó en mi escolta (dibujo del autor)

chapeadas llegaba una horrísono estridor de chicharras y me sentí tan hundido en el bosque virgen, tan lejos de los míos, tan dislocado de mis costumbres de hombre urbano, que sentí como un apremio inaplazable de que pasase aquella pesada broma de mi viaje al trópico y que en un abrir y cerrar de ojos se me reintegrase a mis costumbres habituales. Deseaba ansiosamente que cesase de golpe todo aquello, tan extraño y tan nuevo para mí. Me sentía como náufrago en un océano infinito y lo que era peor, sabía que era imposible salir de allí si no era como a través de un largo túnel, que suponía el tiempo que me había marcado para mis trabajos. Sentí que me temblaban las rodillas y que una penosa opresión me agobiaba.

En aquel momento hubiera dado diez años de mi vida por verme en un confortable salón de té, bien iluminado y rodeado de personas agradables.

Como mi turbación no decrecía, me levanté disimuladamente y salí fuera de la casa. Allí, en la negrura de la noche, comencé a serenarme y a resignarme a la idea de que en tanto no transcurriesen los tres meses de plazo señalado había que conformarse con la nueva y extraña situación.

### VIII.—GROTESCA CONFUSION CULINARIA

Una vez sereno volví a sentarme enfrente de M. Grevisse, y el «boy» nos sirvió la cena. Yo tenía gran curiosidad por gustar la cabra del país, y cuando llegó el plato de carne ví una especie de chuletitas con su correspondiente hueso por donde tomarlas, y pregunté convencido:

—¿Est-ce la chèvre du pays, Monsieur?

—Oh non, monsieur, c'est uné poule—contestó mi interlocutor, mientras se llevaba rápidamente la servilleta a la boca para

sofocar una formidable carcajada, a la que me sumé de la mejor gana al comprobar mi grotesca equivocación.

La sobremesa resultó muy jocosa y me fuí a descansar un poco más hecho a la idea de que era prisionero del bosque.

El ruido de la «tumba» me despertó y mientras monsieur Grevisse pasaba lista a sus braceros, yo me lavé y me afeité con un poco de agua, en una palangana. Al darme jabón se me cayó la brocha al suelo, y una vez la hube recogido experimenté un picor entre la uña del dedo anular de la mano izquierda, que degeneró en un ligero dolor. Llamé a mi «boy» sospechando de qué se trataba, y confirmó mis presunciones al decir:

—Señor, es nigua, yo puedo quitar bien.

Y en efecto, con una astillita de palmera sacó limpiamente el molesto bicho. Durante mi estancia llegué a padecer como una docena de estos insectos, que si se abandonan pueden hacer fuertes destrozos en los tejidos.

## CAPITULO V

# EN BUSCA DEL ESTROFANTO

AFANE.--I. MAFANEBÚ.--II. VALORES ESTÉTICOS DEL BOSQUE. III. CLÁSICO Y ROMÁNTICO.— IV. GRAVE CONTRARIEDAD COMPENSADA.--V. SENSACIONES DEL POBLADO.—VI. EL CONFLICTO CON LOS BRACEROS. — VII. «EÑIÉ» POR PRIMERA VEZ

## A F A N E

*A*FANE en pámue quiere decir selva virgen. La selva es la nota más yúscula de este paisaje insólito. Los demás valores aparecen siempre subordinados al gran bosque. Sólo la lluvia, autora de la textura nemoral, puede reclamar con derecho el título de importancia segunda.

Lo hondo de las barrancas queda oculto por la masa infinita de árboles. En el perfil curvo de las altas lomas se acusa el dibujo despeinado de las siluetas copudas de los árboles. Árboles con árboles cierran las perspectivas por todas partes. Bosque infinito en las laderas, en las vertientes, en las cúspides, en los rellanos, en los relieves y en las planicies.

Cuando, rara vez, la vista vuela por un claro libre del muro vegetal que la cerca en la prisión estrecha rebota siempre en el imbricado de árboles. En el mosaico multicolor destacan con la infinita gama de los follajes (violetas, cadmios, ocre, sepías, verdes), los troncos columnares, grises y desnudos, fielmente bifurcados en sus cruces.

Así es la selva virgen. Masa apiñada de fronda y madera. Adorno de celulosa, con dibujo de filigrana viva, pintado y barnizado para una gran fiesta sin final. Ya el cielo se abra en azul y lo dore todo con su luz amarilla, ya el gris oscuro del toldo de nubarrones torne más negros los verdes frondosos.

Alegre o triste, el bosque es imponente, y parece el acierto genial de algún gigante que sufriera fascinación por el quehacer botánico.

La fragancia del bosque no tiene igual en la perfumería. La selva huele a bosque, a mantillo, a madera podrida (¡qué grato olor!), a musgo, a helecho, a cosa fresca, sana y amorosa. Todavía en el barco, y desde gran distancia, se percibe en el mar el olor «a bosque», y el colonial antiguo siente nacer emociones pasadas y el nuevo colonial presente escenas que serán indelebles.

Así es el bosque virgen, el afane de los pámue.

Pequeños bosques de Europa, idílicos y bucólicos, sois como los hijos tímidos de vuestro padre gigante, el gran bosque. El roble, el haya, el castaño y el tilo pierden toda su fuerza, su soberbia o su línea al lado del ébano, del ocume, del adjap o la ucola. Pobres bejucos del bosque estivo-jolio ante las cuerdas de la selva virgen, largas de un centenar de metros y anchas del grueso de un hombre. Bosques de clima templado, mejor es que la distancia no os descubra la presencia de la selva ecuatorial, porque vuestra verticalidad se abatiría ante el espectáculo del bosque mayor.

## I.—MAFANEBU

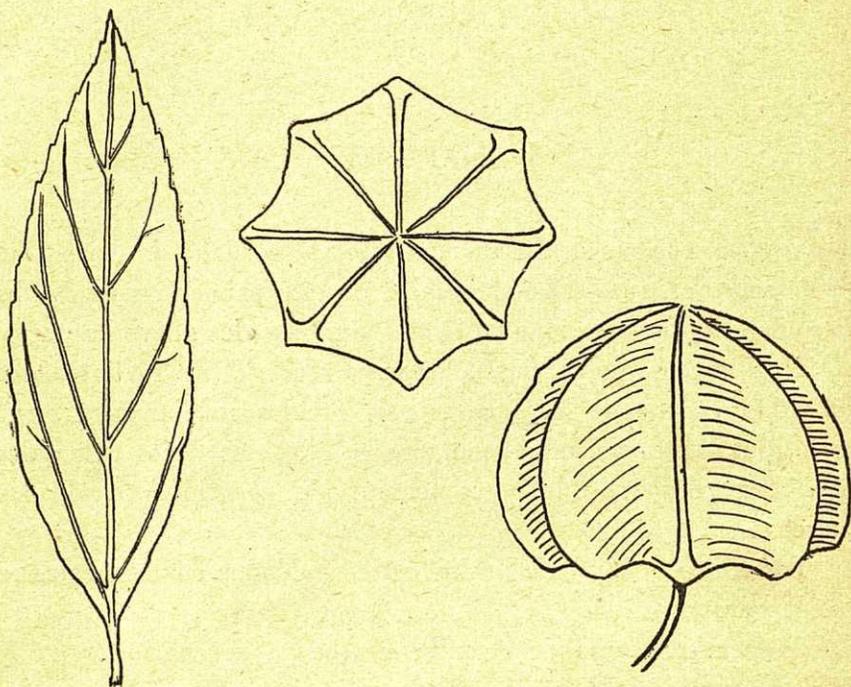
**R**oto el encanto de Cucumancoc, me lancé lleno de curiosidad sobre el trozo más interesante de este primer recorrido. El paso del «Mafanebu», que en pámue significa «los nueve bosques».

Esta inmensa selva virgen, en cuyo recorrido se invierten dos jornadas, es uno de los lugares más fabulosos de nuestro territorio, pues antes no había poblados en él, y los viejos coloniales que iban reclutando braceros tenían que pasarlo forzando las marchas.

Por fortuna, hoy existen dos o tres poblados en los cuales se puede pernoctar.

La primera etapa de Aconibe a Abenga se cubrió pronto y bien. Llegamos alrededor de las tres de la tarde. Durante las ocho horas que duró el viaje estuve como sumergido en una embriaguez fáustica. Los secretos nemorosos que venía buscando se me entregaban en masa por todos lados, por delante, por detrás, por arriba y por abajo. Surcaba un océano de raíces, troncos, ramas, lianas, follaje, flores y frutos de las formas más originales y bizarras pintadas de todos los colores, que me iban dando la clave de numerosos problemas planteados de antemano.

Mis inventarios de plantas con aplicaciones medicinales, industriales, textiles, etc., crecieron copiosamente. Los negros contribuían con gran afán a darme toda suerte de detalles y me traían los ejemplares menos esperados. Mi curiosidad me llevaba a comer cuantos frutos me daban por comestibles y aun incaba el diente en aquellos de apariencia apetitosa, aunque me advirtieran que no comían de ellos.



Hoja y fruto del «cacac» (*Duboscia macrocarpa*)

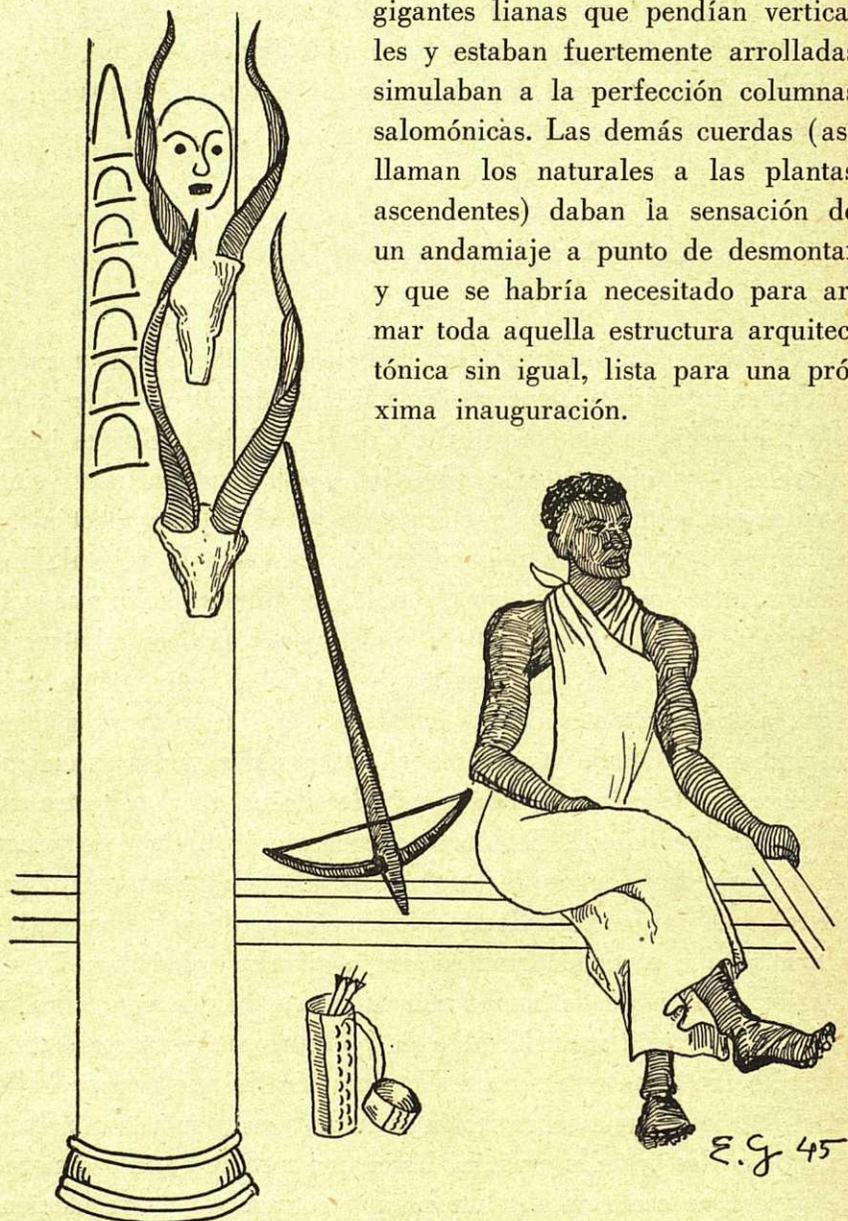
Comí semillas oleaginosas de «afo» (*Poga oleosa*) y del «afan» (*Panda oleosa*), de sabor sumamente agradable, parecido a la almendra. Había un fruto muy ácido, de poca pulpa y gran semilla, que llamaban «angokong» (*Pseudospondias Tessmannii*), que los negros devoraban con fruición. También me enseñaron el fruto del «akak» (*Duboscia macrocarpa*), con el cual conjuran, según su creencia, la disputa con otra persona. Llamen «tener palabra» cuando hay una discusión o litigio, y entonces el litigante que desea no se lleve adelante la discusión, oculta cuidadosamente en la choza de su contrincante un fruto del «akak», y siempre que ve a su enemigo pronuncia en voz baja la palabra «akak» varias veces, y al cabo de algún tiempo su rival ha olvidado el motivo de la querrela. Me dieron a probar el fruto «achilim» (*Podococcus*

*Barteri*), que es una suerte de palmera enana que da un dátíl. Lo hallé poco dulce y excesivamente mucilaginoso. En fin, llegué a probar frutos rústicos de los que se alimentan el chimpancé, el gorila y demás fauna temida y peligrosa.

## II.—LOS VALORES ESTETICOS DEL BOSQUE

El bosque con su penumbra deliciosa dejaba filtrar a ratos brillantes rayos de sol que ponían una nota de intensa alegría en aquella especie de gigantesco templo de la botánica, de naves interminables. Los ojos no sólo advertían motivos naturalistas, sino que los elementos básicos y eternos de los estilos arquitectónicos tenían su interpretación más certera en este mundo vegetal. Los troncos rectos y descomunales simulaban grandes columnas con la base reforzada por auténticos contrafuertes (raíces tabulares). Otras veces se veían gigantesas raíces estribos enteramente análogas a los arbotantes de las catedrales góticas y arcos góticos resultaban del dibujo que marcaban las grandes ramas ascendentes ligeramente recurvadas formando las de un árbol con otro un verdadero arco ojival. Este mismo contorno lo observé al pasar por los grandes macizos de bambú del país (*Oxytenanthera abyssinica*), que forma verdaderas criptas góticas de columnas bajas y anchas que sostienen amplios arcos ojivales rebajados. En el interior de la masa de bambú reinaba una temerosa penumbra, y en el suelo crujía una alfombra de hojas secas de un claro tono amarillo. Se tiene enteramente la sensación de que uno se halla en el interior de una construcción humana, y es planta tan exclusiva, que en los grandes espacios libres que median entre los mazos de bambú no crece en absoluto ninguna otra clase de vegetación.

También había arcos románicos y arcos en herradura, y las



gigantes lianas que pendían verticales y estaban fuertemente arrolladas simulaban a la perfección columnas salomónicas. Las demás cuerdas (así llaman los naturales a las plantas ascendentes) daban la sensación de un andamiaje a punto de desmontar y que se habría necesitado para armar toda aquella estructura arquitectónica sin igual, lista para una próxima inauguración.

Interior de la «casa de la palabra» en un poblado grande (Ncolentan) del Bimbile

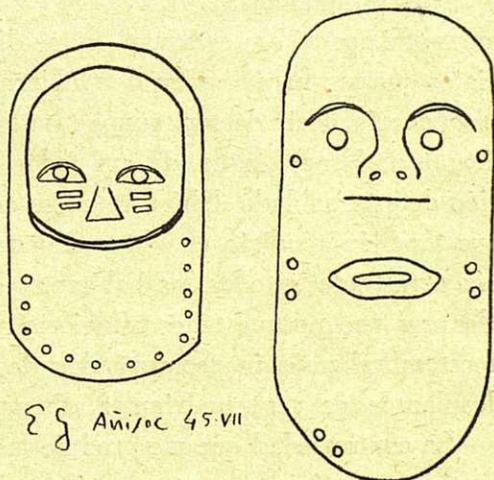
## III.—CLASICO Y ROMANTICO

Semejante espectáculo grandioso y complejo me sumió en una serie de consideraciones que me dejaban perplejo. En aquella arquitectónica de celulosa y plasma vivo coexistían sin desarmonía ni impresión de barullo elementos estéticos de la más pura estirpe clásica junto con otros de origen auténticamente romántico o barroco.

¿Cómo interpretar el bosque desde un punto de vista estético?

El estatismo, armonía y esbeltez de las líneas, junto a la ponderación y equilibrio con que están distribuídas las masas, hacía pensar en una inspiración netamente clásica, y entonces me inclinaba a opinar que el bosque era el argumento decisivo de que en el arte más universal los valores eternos y definitivos correspondían por derecho propio al viejo estilo clásico. Pero cuando mi atención saltaba a las líneas indecisas y tortuosas de la mayor parte de las ramas de los grandes árboles, recargadas con una multitud de epifitas, especialmente orquídeas, o bien advertía las masas abigarradas de los follajes polícromos, la plenitud y rotundez que mandaba en todo aquel escenario recordaba necesariamente lo barroco y entonces pensaba que el tema romántico tenía tanto derecho como el clásico a levantar su voz en aquella armonía.

Luego de muchas consideraciones y de un largo gozar de toda aquella



Ε ς Ανι,οc 45 VII

Blang para sujetar en los brazos por medio de cuerdas o cintas de raphia durante el baile

gran vibración estética llegué a concluir que la descomunal selva virgen encierra en una unidad magnífica todos los valores estéticos que el hombre ha llegado a discernir, y es como una infinita matriz o cantera del arte eterno.

El bosque es uno y múltiple, y resultaba para mí al mismo tiempo que clásico, romántico y barroco, a la vez que estilizado. Descubrí con intenso placer que en este descomunal tema vegetal había pasto para meditar en él toda la vida, con la consiguiente creación de formas nuevas, y que antes se consumiría mi vivir que llegar a agotar todas las posibilidades encerradas en el bosque.

#### IV.—GRAVE CONTRARIEDAD COMPENSADA

Alcanzamos el poblado de Ayene a primera hora de la tarde con el propósito de tomar una ligera comida y tocar en el próximo poblado a la caída de la tarde, con objeto de recorrer la mayor parte del «Mafanebú».

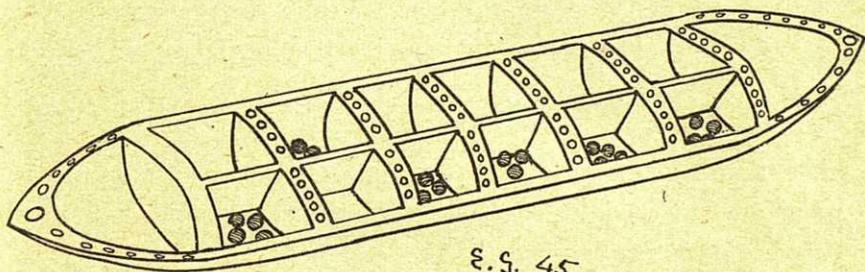
Nos refugiamos en la «casa de la palabra», espaciosa y cómoda. Se acercó el «cucuman» y me dijo que no podíamos «seguir viaje» porque había orden de Gobierno, comunicada por el «docta» (quería decir doctor, aunque en realidad se trataba del practicante de Nsoc) blanco, de que todos los enfermos de la jurisdicción de este poblado debían reunirse en Esong al día siguiente, en que también acudiría el «docta» blanco. Pero que esta orden había arrastrado a todos los habitantes de los poblados que quería alcanzar (no porque todos estuvieran enfermos, sino porque éstos acostumbraban a ir acompañados de sus familiares), se habían desplazado ya y no podríamos albergarnos en choza alguna.

La contrariedad que me produjo la noticia de que no podíamos continuar el viaje se contrarrestó con la alegría de saberme cerca de otro nuevo blanco, con quien podría comer y charlar al día

siguiente. Luego iría con él hasta Nsoc, y una vez allí cabía considerar vencida la parte más penosa de la salida.

#### V.—SENSACIONES DEL POBLADO

Me sirvieron y probé algunas de sus comidas, especialmente «envuelto de calabaza y de chocolate» (en realidad llamado así, no por el olor y sabor, sino por la consistencia y color de la pasta que se obtiene machacando el fruto del «andok» o árbol del chocolate (*Irvingia gabonensis*), pero no pude continuar comiendo por el exceso de picante con que estaban sazonados estos platos.



Ε.Σ. 45

Juego del songo

Todavía se me hacía más intolerable el fuerte olor a queso rancio que despedían los «envueltos de yuca» (tapioca, *Manihot utilisima*) que hacen fermentar en los ríos y que es la base de su alimentación.

¡Cuántas veces he tenido que salirme de la «casa de la palabra» ante el hedor que se armaba cuando mis buenos «porteadores» sumaban al fuerte tufo de su olor natural y sudor la pestilencia penetrante de sus paquetes de yuca recién abiertos! Mi «salto» y mi pitillo tenía que concluirlos paseando por la plazuela del poblado mientras mis hombres no acertaban a comprender por qué me marchaba de su lado.

Por la noche tuve que utilizar la «antorcha de moreno» («Otu»),

resina), que fabrican con resina del «abé» (*Canarium Schweinfurthii*), y cuyo humo aromático huele extraordinariamente bien. El vidrio de la camisa de mi farol de bosque lo habían roto los braceros y en seguida me trajeron uno de sus «otu».

Suelen utilizar estas antorchas en sus fantásticas danzas nocturnas organizadas en el centro del poblado y es de ver las llamas rojas dibujar grandes rayas ardientes en la negrura de tinta china que tiene aquí la noche, mientras la luz que emiten saca destellos cobrizos de las bestiales facciones y de la voluminosa musculatura de aquellos seres fantasmagóricos.

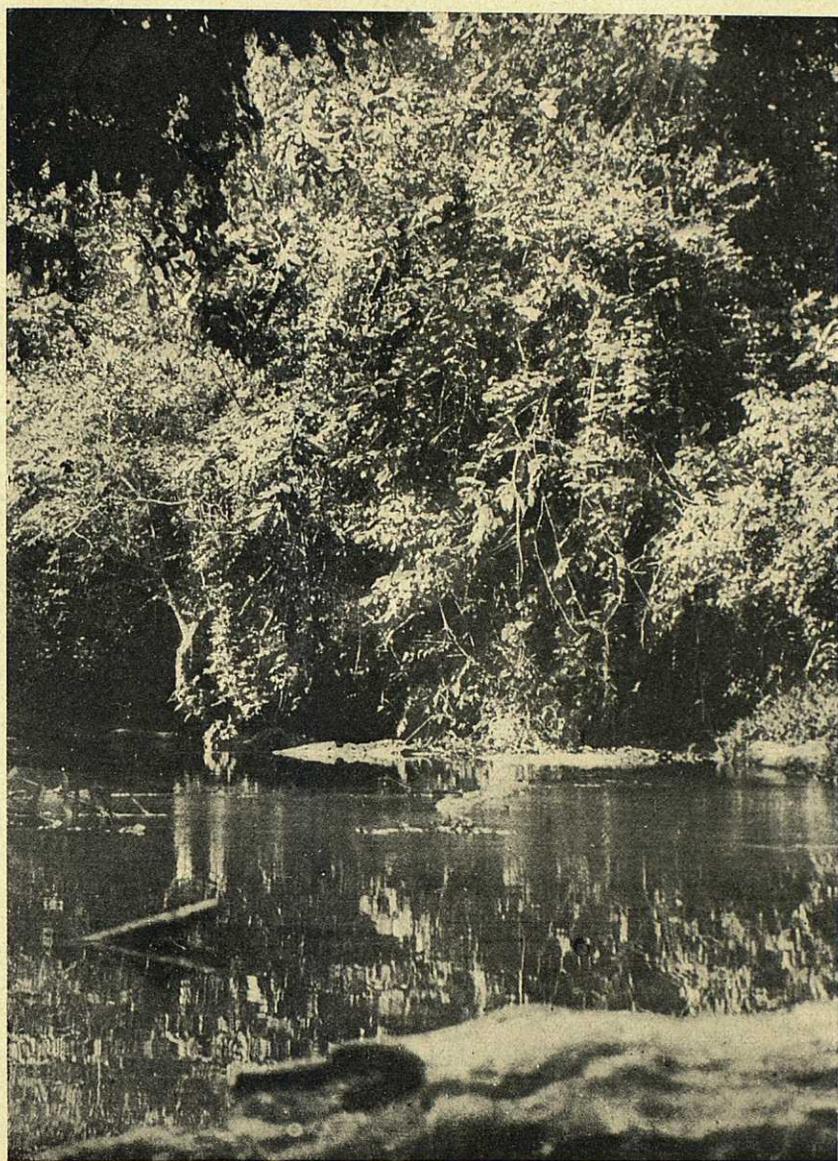
Son muy aficionados en la danza a imitar los movimientos de los animales salvajes, al mismo tiempo que se tocan con sus pieles, de manera que el curso que siguen las llamaradas es de lo más movido.

Antorcha más modesta la constituye la caña del «adzón» o «achón», que es el tallo seco de una especie de «cardamomo» (*Aframomum alboviolaceum*), de extraordinaria abundancia en el «bikoro» de los caminos.

## VI.—EL CONFLICTO DE LOS BRACEROS

Al día siguiente se organizó la caravana, con ciertas anomalías que al principio no advertí. Primero sucedió que se acercó a mí un pámue joven, de gran estatura, magnífica conformación, con aire de un Alejandro Magno (se llamaba Alejandro), que, conocedor de mi afán por hallar el «estrofanto», enie o eñie (*Strophanthus* especies diversas), planta venenosa con cuyas semillas preparan la ponzoña para las flechas (ebeí) que disparan con sus ballestas (mban), quería guiarme en su búsqueda.

La realidad era que el próximo poblado estaba lejos y medaban grandes cuestras. La primera circunstancia significaba que el



*Vista del río Angon, afluente del Bimbile, a la caída de la tarde.*

E. Guinea, fot. VII-1945.



*Vista de la selva virgen en el borde de un desbosque (Evinayong). En primer término, la masa de vegetación secundaria (bicoro). A la izquierda, en primer término; el palomero o Aseng (Musanga Smithii). En el centro, las hojas gigantes de la abangá (Vernonia conferta). En el fondo: abé (Cola acuminata), olong (Fagara macrophylla), evés (Klainedoxa latifolia; tom (Piptadenia africana), etc.*



*Chozas del poblado de Echam, de la tribu Oyek, a la orilla del Abanga.*

E. Guinea, fot. VII-1945.





*Laboratorio-vivienda del Servicio Agronómico de Evinayong.*

E. Guinea, fot. VII-1945.



*Momento de izar un camión a la balsa para cruzar el río Ndote.*

E. Guinea, fot. VIII-1945.

relevo se haría tarde, lo que suponía trabajo, función que los negros procuran eludir siempre que pueden.

Me adelanté con Alejandro; pero al poco rato llegó uno de los guardias corriendo para decirme que los braceros se negaban a coger las cargas. Regresé precipitadamente y me hallé con la plaza medio desierta por haber huído al bosque los braceros, y el otro guardia, armado con una vara de melongo, se avalanzaba sobre un negro rebelde, que llevaba un afilado cuchillo en la diestra. En un momento pensé que se preparaba una catástrofe, que el negro perseguido y armado iba a tener redaños para hacer frente al guardia y clavarle una cuchillada; pero al primer melongazo soltó el cuchillo y comenzó a correr llorando a grandes gritos. El guardia logró hacerse con él y los demás se sometieron a mi autoridad. Estaba visto que mis preocupaciones botánicas debía armonizarlas con la vigilancia de la organización de la caravana.

## VII.— EL «EÑIE» POR PRIMERA VEZ

A medio día llegamos al lugar del bosque donde, según un experto, crecía el eñie o «estrofanto»; pero resultaba que había que desviarse del camino dos horas de bosque más otras dos de regreso y yo tenía prisa por llegar a Esong antes de que se hiciera de noche. Convine con el buscador de eñie, que cogiera ramas, flores y frutos si los había y que me los llevase al poblado donde pensaba pernoctar. Le prometí todo un mazo de tabaco en rama si cumplía el encargo. Más adelante tendría ocasión de ver personalmente el eñie.

A primera hora de la tarde comenzamos a percibir que el bosque era menos cerrado, lo que anunciaba el final del «Mafanebú», y una hora después dábamos vista a una enorme barrancada, y la

mirada, libre, podía volar hacia un horizonte relativamente lejano, en el que se recortaba el contorno airoso del cerro cúpula llamado Abumeyeme. Con un sol brillante y la alegría de respirar fuera de la techumbre nemoral salimos al camino que une Akurenan con Nsok.

## CAPITULO VI

### RECORRIDO DEL BIMBILE

T A M - T A M.—I. DESCANSO.—  
II. DE NUEVO EN EL BOSQUE.—  
III. EL POBLADO ABANDONADO.  
IV. LA CREACIÓN DE UN POBLA-  
DO.—V. LA «MININGA» Y SUS  
TRABAJOS.—VI. UTILIDAD DE  
LA «NIPA».—VII. ESTAMPA DE  
INTERIOR.—VIII. LA BALLESTA.  
IX. SU VENENO

## T A M - T A M

La luz agria y húmeda del amanecer dibuja líneas blancas en las paredes oscuras del dormitorio. Vuelve la conciencia del mundo con la primera hora del alba, y apenas uno ha tenido tiempo de sentir de nuevo su yo cuando, en medio del silencio que acompaña al crepúsculo matutino, se eleva rápido el ruido rítmico de la «tumba» que llama a los braceros.

Sonido hueco, ruido cavernoso, sensación lúgubre. Así hablan la «tumba» y el «tam-tam»; los instrumentos de guerra, de baile y de señales de esta raza elemental. El redoble dura un cierto tiempo, y se pueden seguir las inflexiones que en su ritmo marca la habilidad del que redobla.

En la monotonía de la vida del bosque, como en la uniforme vida de la ciudad, el «tam-tam» o la campana respunteean las tres horas del día (el alba, el mediodía y el ocaso). Sea urbícola o silvícola, el hombre se siente sujeto a la huída monótona del tiempo, que no reposa en su marcha uniforme, empujándolo todo hacia la nada.

La «tumba» reparte, a manera de desayuno sentimental, esta primera dosis de tristeza silvana que sube del son opaco de su «tam-tam».

El bosque, como un resonador descomunal, amplía la vacía melancolía contundida en el tronco ahuecado y repite en mil ecos la llamada a la vida. De tronco en tronco y de copa en copa, se va filtrando, hasta una gran distancia, la onda sonora del «tam-tam» agorero, impertinente y denso en reticencia.

La llamada ha sido hecha, y todo entra en movimiento. Se abren de par en par las puertas, y con la claridad lechosa se descubre la gran explanada, limpia de árboles, envuelta en una niebla pegajosa y fría.

Es tan hostil este ambiente de madrugada, que uno quisiera volverse al lecho caliente y olvidarse de nuevo de las dificultades con que se eriza el bosque.

Pero esto no es posible.

La voz de madera del «tam-tam» ha hablado. Vivimos en la gran selva y no podremos zafarnos a su influjo.

Como si el bosque tuviera conciencia de que el humano es débil y perezoso, se adelanta con toda su elocuencia de sonidos mates para advertir que es preciso volver a la actividad, interrumpida unas horas antes. Que hay que encararse de nuevo con su altivez para arrancarle, esfuerzo tras esfuerzo, todo su enigma, tejido de muchos secretos.

## I.—DESCANSO

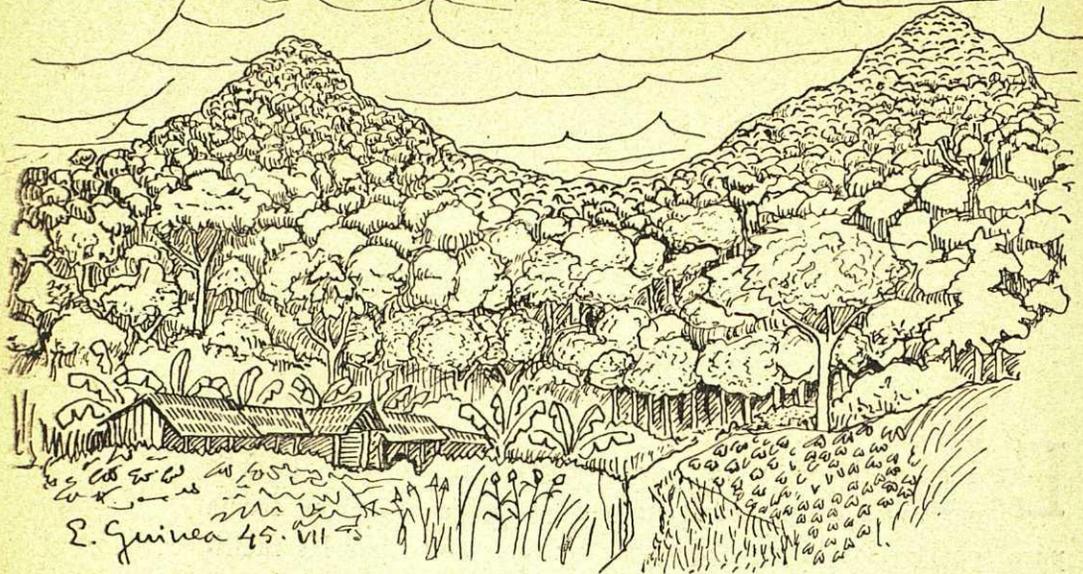
**E**L regreso de mi primer gran recorrido resultó todo lo feliz que podía desear, tanto porque me había puesto en forma para soportar las largas caminatas y fatigas como por las facilidades que me brindó en Mongomo el administrador de Ebebiyín, señor Pérez Vázquez, a quien no quedaré nunca suficientemente agradecido.

Moría el mes de julio; yo había regresado a mi base de Evinayong y ardía en deseo por hacer una segunda salida larga, a una de las zonas menos transitadas, con bosques inundables, que gozaba fama de difícil entre los coloniales veteranos: los Bimbiles. El doctor Báguena había concluido su misión sedentaria y debía coincidir conmigo en el viaje. Sus orientaciones y observaciones contribuirían a que yo alcanzase un conocimiento más profundo del país en su aspecto etnográfico, que después del botánico era el que más absorbía mi atención.

## II.—DE NUEVO EN EL BOSQUE

El 26 de julio, a media mañana, abandonamos la carretera de Micoeseng a Ebebiyín, a unos diez kilómetros del primer poblado, y orientábamos nuestros pasos cara al Sur. En cuatro jornadas queríamos alcanzar el Benito y regresar por un camino más oriental a la carretera antes citada. El viaje debía durar en total diez días.

La novedad primera que llamó mi atención al llegar al po-



Claro de un poblado en medio del mar de árboles

blado Nouelon fué la existencia del «espantatigres» en la plazuela de una choza.

Como en Europa tenemos nuestro espantapájaros, aquí tienen un artificio (una cruz de madera colgada de una larga vara flexible) que, movido por la brisa, en la oscuridad de la noche pone espanto en los leopardos y demás felinos que rondan las cabras en domesticidad.

También vimos numerosas trampas para cazar diversos animales silvestres: cabra y cerdo de bosque, leopardo y animales menores. Algunas demostraban un ingenio extraordinario.

### III.—EL POBLADO ABANDONADO

A la caída de la tarde pasamos por los restos de un poblado con un aire tal de desolación, que me produjo viva emoción. ¡Qué lejos estaba la simpática calle de Alcalá, dorada por el mismo sol de aquella hora! (En realidad el meridiano en que me hallaba —Berlín— llevaba una hora de adelanto con relación al de Greenwich.)

Las chozas, derruídas y ahumadas, servían de marco a una

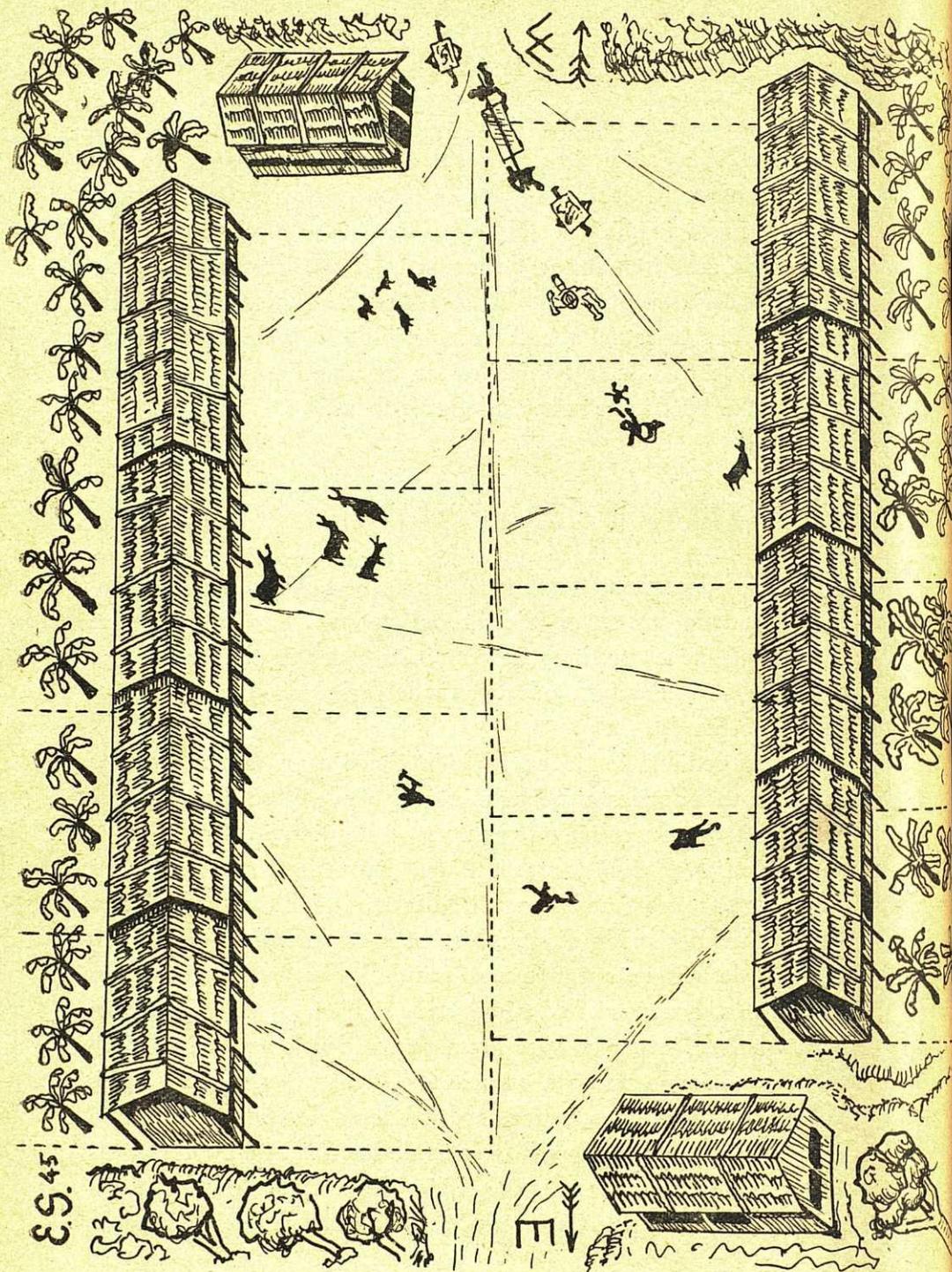
plazoleta, donde se hallaban tirados por el suelo enseres y vasijas rotas y muebles rudimentarios descabalados. En la puerta de una choza, a punto de caerse, se veía la blanca calavera de un gorila hembra. En el ángulo oriental de la plazoleta se alzaban trozos de troncos de árbol, en forma de media columna, que sostenían bananas y otros alimentos depositados allí para los muertos. En aquel reducido ángulo se hallaba el cementerio de los pobladores de las chozas, y la comida la habían traído los familiares. Las tumbas no ofrecían huellas de haber sido profanadas.

#### IV.—LA CREACION DE UN POBLADO

A unos dos kilómetros estaba el nuevo poblado, donde se habían instalado los supervivientes del antiguo. Es costumbre de la raza pámue el continuo desplazamiento dentro del bosque, en razón de su agricultura destructora del arbolado y consecuencia de la pobreza del suelo.

Su procedimiento de explotación consiste en elegir el lugar donde se va a fundar el poblado, a ser posible cerca de un arroyo que venga de una colina y traiga aguas limpias, o bien cerca de un manantial. También procuran que haya cerca un río mayor donde pescar, cosas ambas no difíciles en este clima tan lluvioso.

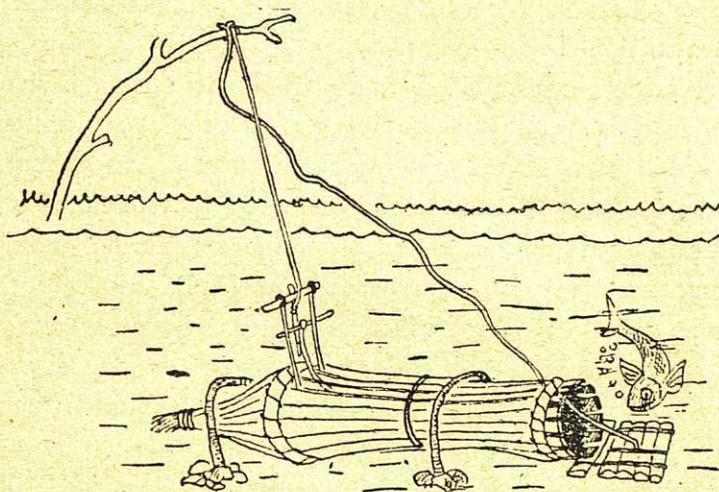
Una vez designado el sitio, los hombres proceden al duro trabajo del desbosque, apeando a golpes de hacha los árboles menos corpulentos y respetando los mayores, si bien los someten a una lenta combustión por su base hasta que se desploman. El poblado se forma dejando un gran espacio rectangular despejado y edificando en ambos lados largas sendas hileras de chozas, asimismo de planta rectangular muy diferentes de las chozas cilindrocónicas que se ven en otras regiones del Africa Central. La orientación del poblado suele ser Este-Oeste y en los lados menores del rectángulo



Vista aérea de un poblado pámué del interior

se hallan las «casas de la palabra», estratégicamente situadas al lado de los caminos de acceso y salida para vigilar qué extranjeros entran en el poblado. Detrás de las hileras de chozas se hallan los cultivos de plátanos («farináceos») y bananas (dulces), más el «ekabe» (*Xanthosoma violaceum*), el taro (*Colocasia antiquorum*) en pámue «atú», y el «country tea» (*Andropogon citratus*), con la caña de azúcar.

Los cultivos del cacahuet, calabaza del país o «Ngon» (*Cucu-*



Ingenioso dispositivo de pesca con resorte.

*meropsis edulis*), yuca o «mbun» (*Manihot utilissima*), ñames (*Dioscorea dumetorum* y *minutiflora*) y el maíz exigen mayores extensiones de terreno y se desbosca el lugar donde se va a cultivar la finca con estas plantas. También cultivan el café y el cacao, y en esta zona vimos numerosos cacaotales.

Un hombre blanco no puede comprender que resulte remunerador el tiempo y el esfuerzo malgastados en desboscar una finca donde se va a cultivar, por ejemplo, la calabaza, de la que sólo

toman las semillas y cuya cosecha supone unos pocos kilogramos.

También cultivan la piña americana; pero esto es menos frecuente.

#### V.—LA «MININGA» Y SUS TRABAJOS

La mujer es la que lleva el peso del cultivo de las fincas, mientras los hombres fuman y hacen historia en la «casa de la palabra» o bien salen de caza armados de su ballesta (emban), con flechas envenenadas o con su escopeta, si están más modernizados.

Otra misión de las «miningas» o mujeres es la pesca, y así como se respeta la propiedad de los árboles frutales que viven silvestres en el bosque, así cada río tiene su propietaria, con prohibición de que en él pesquen otras «miningas». En Cucumancoc vimos un ingenioso dispositivo de pesca que reproducimos, y cuyo mecanismo queda explicado con el simple examen del dibujo.

Como no llevábamos tiendas de campaña ni camas portátiles de campo con el fin de reducir al mínimo las cargas y consiguiendo braceros, nos vimos obligados a vivir sobre el país durmiendo en las camas pámués dentro de sus chozas y observando personalmente usos y costumbres.

En mis tres meses de estancia en el bosque he llegado a dormir en once camas pámués, y en mi recorrido total llegué a padecer hasta 32 camas diferentes (entre europeas e indígenas).

#### VI.—UTILIDAD DE LA «NIPA»

La choza está construída de nipa o «nia dsan» (*Raphia vinifera*, palmera) o verdadera nipa (en el territorio se conocen hasta cuatro especies de esta palmera), que cubre el tejado de dos vertientes, hecho de un armazón de palos atados con melongo.

El nombre genérico de la nipa, «dsan», significa «la madre del poblado», porque de estas plantas sacan un partido que bien puede

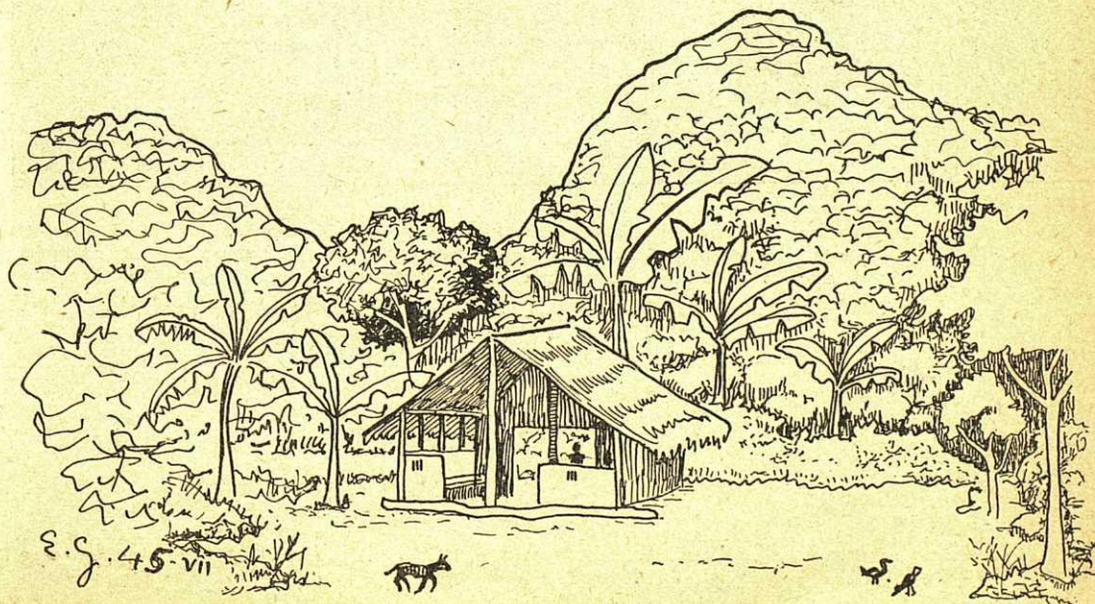
calificarse de exhaustivo, como lo demuestra la siguiente lista (seleccionada de la completa, que sería interminable):

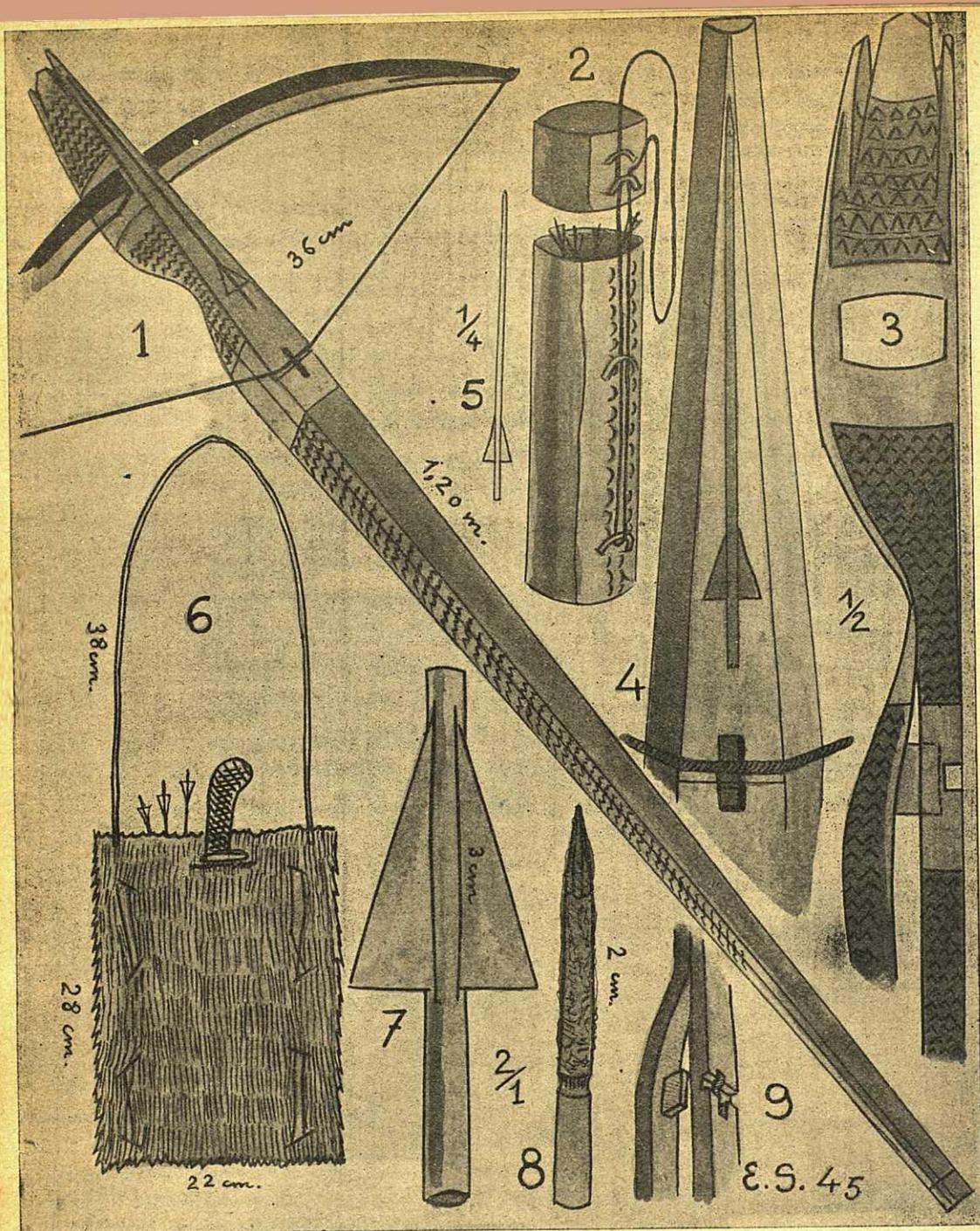
Alimento: Carne de los brotes tiernos y de los frutos. Condimentos: sal (de las hojas y raquis), aceite de *Raphia* (no confundir con el aceite de palma (*Elaeis guineensis*)). Material de construcción: nipa para techar (asei); las hojas enteras y tejidas sirven para hacer la valla alrededor de la plaza elegida para el culto aborigen; el raquis completo, para cornisas y vigas (mfás) y de tejas (ntuén). Los raquis hendidos por el centro para hacer bancos (enon) y camas (kudu), listones para las paredes de la choza (ebaea o ebaak); el corazón, para paredes de la choza; para el ajuar de la casa se utiliza en más de veinte trastos, desde los estantes, donde colocan comida y utensilios, hasta el gracioso soplillo; asimismo sirve para dispositivos de caza, pesca y armas; entre los instrumentos musicales, desde la guitarra hasta los palos para golpear el tambor de guerra, y, por último, juguetes, vestidos y adornos.

## VII.—ESTAMPA DE INTERIOR

La vida se hace en común dentro de la choza, formada por

Monte Nchogo, poblado de Makono





Ballesta (1), carcaj (2), cartera de piel (6) y flecha (5); 3, detalle del extremo del eje de la ballesta; 4, posición de la flecha al ser disparada; 7, timón o cola de la flecha; 8 extremo de la flecha embadurnado de estrofantó; 9, mecanismo para disparar el arco.

una sola habitación, en cuyas paredes se hallan adosados los bancos-cama. Se accede a la choza por un orificio rectangular estrecho y alto, interceptado por abajo mediante una barrera de listones de rafia, de unos cuarenta centímetros de altura que dificulta la entrada de gallinas y demás molestos animales domésticos.

Llama la atención la carencia de chimenea, de forma que cuando se enciende el fuego, se arma una humareda, que si bien obliga a llorar, tiene la gran ventaja de ahuyentar los mosquitos.

### VIII.—LA BALLESTA

Comencé a ver negros armados con ballestas, y esto me hizo concebir la esperanza de que podría ver el «eñié» (estrofanto) en esta zona.

Un simpático muchacho, lleno de alegría y orgullo, me dejó su ballesta (mban), me mostró su manejo e hizo algunas exhibiciones atravesando algunos pájaros incautos que se hallaban en los alrededores. Puede hacer blanco hasta una distancia de cincuenta metros, y son tan astutos, que las flechas llevan una incisión lateral en la punta, donde se halla el veneno, con objeto de que si el mono herido trata de arrancarse la flecha, quede clavado en la carne el extremo envenenado.

Para construir el mango, que suele medir 1,20 m. se utilizá las maderas de «amvum» (*Mesocarpidium lepidotum*), de «mvuma» (*Xylopia striata*) y de «mefane» (*Hexalobus salicifolius*).

El arco, que ha de ser de una madera fuerte y con cierta flexibilidad, se hace de «elom» (*Olax Tessmannii*), de «zoc» (*Placodiscus opacus*), de «zoc-o-si» (*Rhinorea longisepala* y *Welwitschii*), de «ayie» (*Randia acuminata* y *micrantha*) de «onon» (*Carpolobia alba*) y de otros árboles, todos frecuentes en la selva.

La flecha (ebei) que es de rafia y muy ligera, viene a medir de 25 a 30 cm. de longitud por unos tres o cuatro mm. de diámetro.

Lleva una cola triangular para asegurar la dirección del tiro, hecha de hoja seca de «endu emban» (*Pennianthus longifolius*) y más raramente de «enum e endu» (*Lindackeria dentata*). Las flechas envenenadas se llevan en un carcaj cilíndrico hecho de corteza cocida con melongo o de piel de cabra de bosque en forma de cartera (kula).

La ballesta se carga apoyando el arco en la rodilla y tirando de la cuerda (hecha con fibras textiles de plantas del país), que tensa el arco, hasta alcanzar una ranura practicada en la cara superior del mango. Se dispara haciendo saltar la cuerda tensa mediante un resalte que penetra por la cara inferior de la entalladura en que se halla la cuerda distendida. Con objeto de que la flecha no se caiga en el momento de hacer la puntería, se sujeta ligeramente a su lecho mediante un exiguo pegote de cera de abeja.

En la zona donde se coloca la flecha hay una especie de alzada, según la distancia a que se quiere tirar.

Me encantó la ballesta, tanto por la perfección que supone su construcción e ingenioso mecanismo como por la esbeltez y ligereza de sus líneas. Suelen estar adornadas de tallas geométricas cuidadas y su color rojizo o marrón oscuro le da un gran aire de arma eficaz.

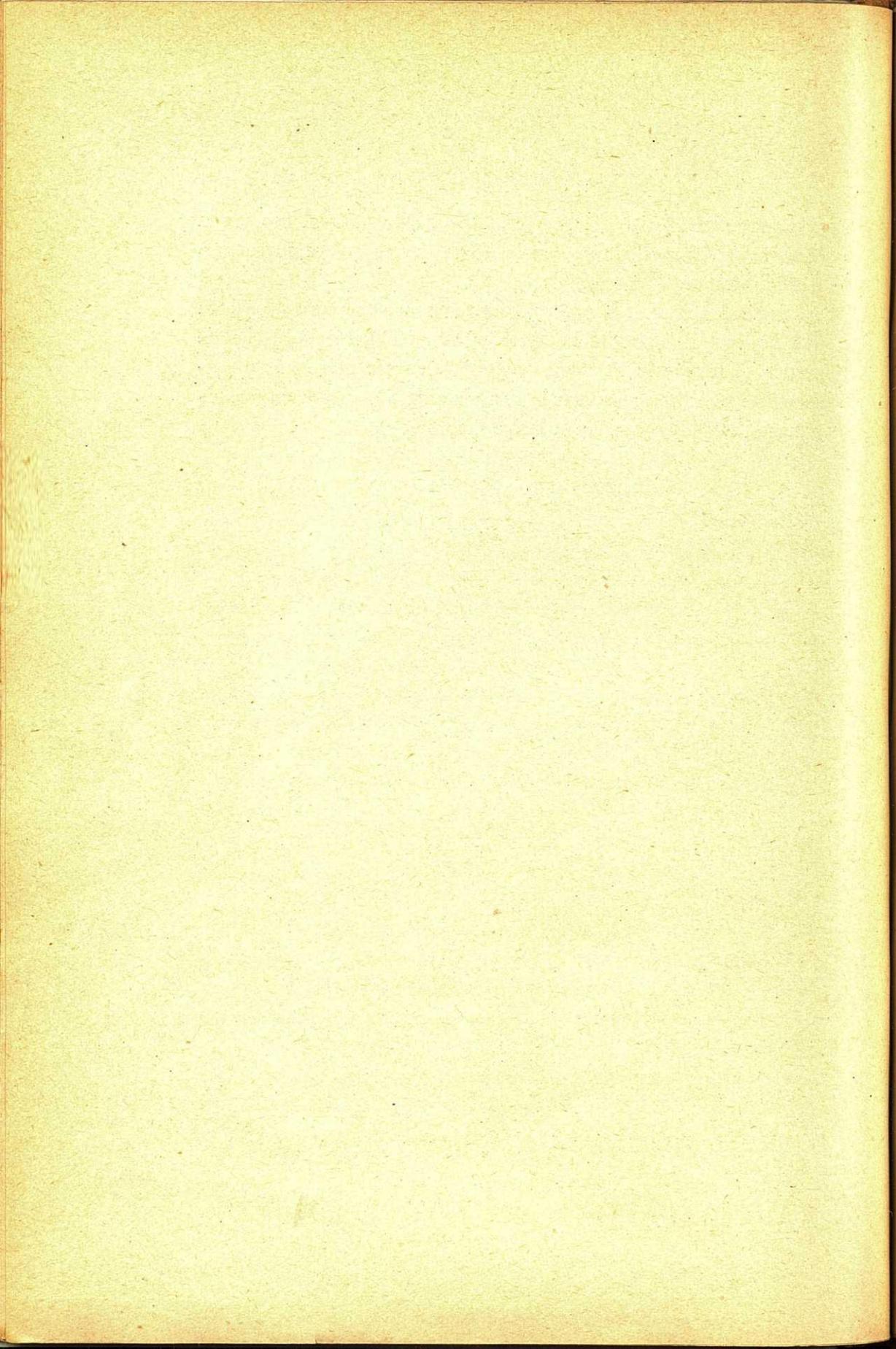
## IX.—SU VENENO

También me explicarón cómo se prepara el veneno.

Se cogen caracoles gordos, se saca su carne y se machaca la semilla del «enié» con la concha del caracol como martillo, sobre una piedra donde se ha puesto jugo de papaya. La pasta se pasa a una hoja de banana, y con un cuchillo se mezcla cuidadosamente. Sólo sirve la hoja de esta planta cuando está sin abrir. El rollo se abre con la mano y luego se vuelve a cerrar con el veneno dentro, haciendo esta operación sobre el muslo y atando el paquete con

una cuerda del país. Así preparado está listo para el uso y con él se embadurna el extremo de la flecha que se quiere envenenar, secando después al fuego.

Según los negros, el mal que hace el veneno se cura «con cera que hay en el oído del hombre» y también bebiendo leche de «ecuc» (latex de la *Alstonia congensis*). Parece que el mono conoce este remedio, pues cuando se siente herido corre a un «ecuc» y masca sus hojas y bebe su leche y no muere.



## CAPITULO VII

# LOS PÁMUES

CAMINO.—I. EVOCACIÓN DE GÜN-  
TER TESSMANN.—II. RÁPIDA  
PENETRACIÓN DE LA CIVILIZA-  
CIÓN EUROPEA.—III. NOTAS ET-  
NOGRÁFICAS.—IV. «NGÍ» Y  
«MBUETI».—V. NUESTRA RELI-  
GIÓN EN EL BOSQUE.—VI. LOS  
DIFÍCILES PASOS.—VII. ¡POR  
FIN EL BENITO!—VIII. LA DIS-  
CUSIÓN DE SIEMPRE.—IX. EN-  
CUENTRO EL «EÑIÉ».—X. ES-  
CENOGRAFÍA NEMORAL

## C A M I N O

COMO si fueras un hilo, vas enhebrando bosques con bosques. Unas veces tomas las formas anchas de una carretera, otras veces se angosta tu trazado, para convertírte en una fina vereda, casi imperceptible. Subes y bajas por las lomas redondas cubiertas de selva. Tan pronto te muestras seco y transitable como te pierdes en el odioso poto-poto o bien un río corta tu continuidad, dejando perplejo al viajero inexperto.

Conozco muy bien la dentera que produce el contacto del pie con la arcilla húmeda y viscosa de tu suelo. Grandes trechos del camino pámue recogieron en silencio las gotas de sudor caídas de mi frente. Con esfuerzo y tensión cubrí muchos kilómetros de tu largo trazado, y por ello me acuerdo de ti para dedicarte esta evocación.

A pesar de tu aspereza, del trabajo que exiges y de tus muchos trechos penosos, no guardo mal recuerdo de ti. Por el contrario, tu surco abierto en el bosque me permitió llegar donde quise. Sin ti, la gran selva sería impenetrable, y tú eres obra de la raza audaz y guerrera de los pámues, que, procedentes de las sabanas orientales, tuvieron ímpetu para hacer brecha en el cerrazón nemoral y pudieron tejer la red de caminos luego de siglos de obstinación.

Después de una cuesta abajo y cuando se inicia un ascenso, en las caras del grupo humano que te recorre se dibuja un gesto duro y todos nos aprestamos a iniciar la subida a golpe de energía. Los pechos resuellan como grandes fuelles. El sudor escurre por las frentes y pica en los ojos. La vista turbia busca continuamente un rellano donde hacer un breve alto. Las piernas se afianzan con dificultad, tratando de dibujar el paso siguiente. Entonces uno se acuerda del cómodo sillón y de la amable quietud de la habitación confortable, junto a un vaso de bebida y un libro interesante. Y el recuerdo imposible pone nueva furia en el empuje hacia arriba, y con el rictus del dolor, más hondo si cabe, la cabeza baja y los brazos un poco separados, se impulsa el cuerpo inclinado hacia adelante con rabia redoblada.

El sudor corre por la espalda, los músculos lumbares se notan duros y atenazados. Los gemelos trepidan bajo el peso del cuerpo. Todo tiene la bella calidad del esfuerzo a plena tensión..., con la sensación de que uno puede con aquello a costa del golpeteo de un corazón que parece no caber en el pecho.

Al fin se alcanza el lugar culminante y una mirada de orgullo repasa el declive superado.

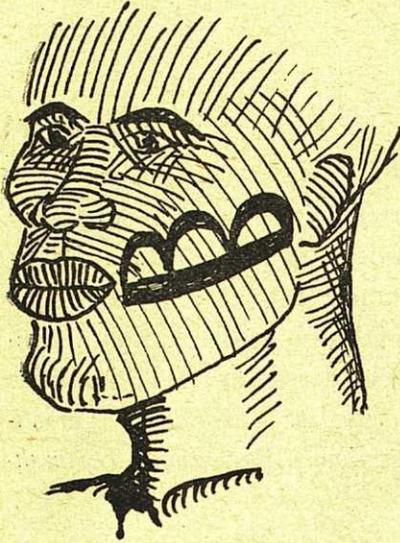
¡Así son las sendas pámues!

## I. — EVOCACION DE GÜNTER TESSMANN

**L**LEVÁBAMOS dos jornadas de observaciones muy fecundas, y ahora se trataba de alcanzar Añisoc, el poblado más importante de toda esta región del río Bimbile. Esta es la zona en que vivió el gran Tessmann, cuya simpática y generosa figura evocaba yo en todos aquellos rincones poblados de árboles grandiosos bautizados con su apellido (*Pseudospondias Tessmannii*, *Parinarium Tessmannii*, *Chrysophyllum Tessmannii*, *Pachylobus Tessmannii*, etc., etc.).

Gunter Tessmann, doctor en Filosofía, realizó extensas investigaciones en territorio pámue, estudiando esta raza durante los años de 1904 a 1907 por su iniciativa, y en el período de 1907 a 1909 apoyado por el «Museum fuer Voelkerkunde in Luebeck». Producto de estos extensos trabajos es un libro maravilloso a él debido, que se titula «Die Pangwe», en dos tomos de gran formato, de cerca de setecientas páginas, con gran número de ilustraciones en negro y a todo color. No recuerdo haber leído otro libro con la fruición y cariño que éste, sobre todo después de haber vivido en el país.

Es una lástima que no se hayan proseguido sus trabajos, pues la tradición del pueblo pámue, que no conoce otra expresión que la palabra hablada, se está perdiendo con una rapidez vertiginosa. Desde aquí invito a los etnólogos españoles a que se den prisa para recorrer el país y recoger aún las últimas reliquias de la civilización y cultura de estos pueblos formados por individuos fuertes, de complexión robusta, de gran energía y de espíritu valeroso.



Tatuaje pámue

## II.—RAPIDA PENETRACION DE LA CIVILIZACION EUROPEA

La civilización, llevada por el Gobierno español y por los padres misioneros, está penetrando en el país con cierta rapidez, y no son suficientes todos los elogios para ponderar la gran labor que nuestras autoridades están llevando a cabo en favor de las razas aborígenes.

Tanto la enseñanza religiosa, como la civil, llega a los últimos rincones de la Guinea española

continental, y se advierte una profunda diferencia entre las generaciones jóvenes y las viejas. Estas últimas aun aferradas a sus antiguos usos y costumbres, en tanto que las primeras ya no se tatúan, olvidan las supercherías de sus padres y se hallan muy abiertas a la influencia europea.

Si todo este esfuerzo es beneficioso y digno de los mayores elogios desde todos los puntos de vista, también merece que se tenga en cuenta el interés de recoger todo cuanto informa la actividad y creencias de la raza pámue, en cuya tradición hay no pocas soluciones a importantes problemas de la etnografía inter-tropical africana.

## III.—NOTAS ETNOGRAFICAS

En Añisoc tuve ocasión de tomar nota de los «biang» o máscaras, de dimensiones pequeñas, que se sujetan en los brazos du-

rante el baile o danza (makon). Están labradas en madera y llevan en su parte inferior una barba hecha con rafia.

También vi las caretas de madera que se colocan durante el baile que llaman «ngon ntang» (de la soltera blanca), y que, naturalmente, están pintadas de blanco.

También vi el «malan», especie de ídolo femenino, dedicado a un viejo dios del bosque, que un negro oculto hacía bailar, y todos los habitantes del poblado le ofrecían alimentos, principalmente patos, gallinas, cabras, corderos, etc.

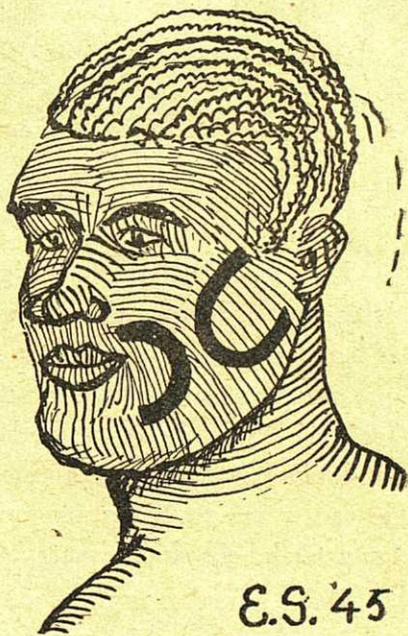
La ceremonia tenía lugar debajo del «oveng» y del «dum» (*Cylicodiscus gabunensis*), y los bailes duraban desde un día hasta una semana.

El ídolo, también pintado de blanco, va desnudo, excepto la cabeza, que lleva un casco de baile, al que se sujeta un plumero de rafia.

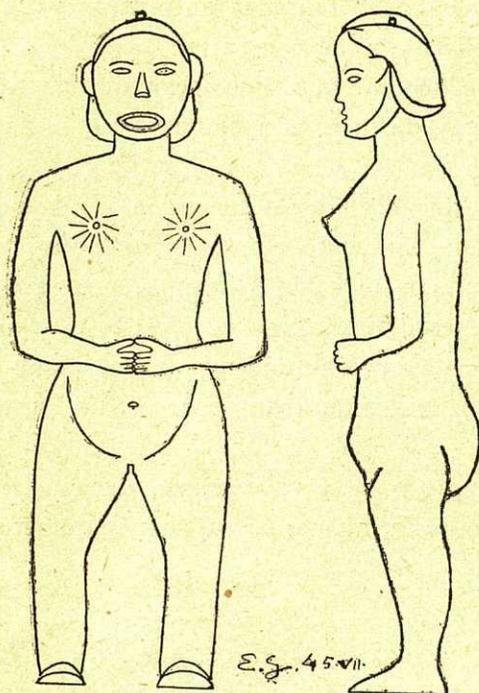
#### IV.—«NGI» Y «MBUETI»

Por lo demás, sus creencias religiosas tienen algunos aspectos desagradables, como es, entre otros, la tendencia a las danzas y cantos macabros, a base de instrumentos musicales hechos con huesos humanos, y las mismas ceremonias del culto del «ngí» (gorila) llevan estos atributos.

Naturalmente que estas manifestaciones religiosas elementales se persiguen hoy con gran rigor, pues se da algún raro caso de canibalismo, y hasta hay una secta



Tatuaje pámué



Fetichismo femenino tallado en madera y pintado de blanco, visto en Añisoc (zona del Bimbile)

oculta en el fondo del bosque que practica el «mbueti», a base de estas cosas macabras y burlando la vigilancia del blanco.

He leído algunos informes comunicados a las autoridades sobre la secta que acabo de mencionar y cuyo sentido profundo en realidad no se conoce, pero los relatos eran tan desagradables y repugnantes tanto a la mentalidad del blanco, que prefiero no extractarlos.

## V.—NUESTRA RELIGION EN EL BOSQUE.

Hoy, por fortuna, la religión cristiana ha penetrado profundamente, y son muy frecuentes los poblados con su choza-capilla adornada con esas horribles, pero ingenuas, estampas policromadas que representan las figuras convencionales de Cristo, María, San José, etc. Sólo en un poblado vi una deliciosa estampa que reproducía una Virgen bizantina con su Niño Jesús sobre un fondo de oro, y me resultó grata aquella rara nota de buen gusto entre tanta tendencia chabacana.

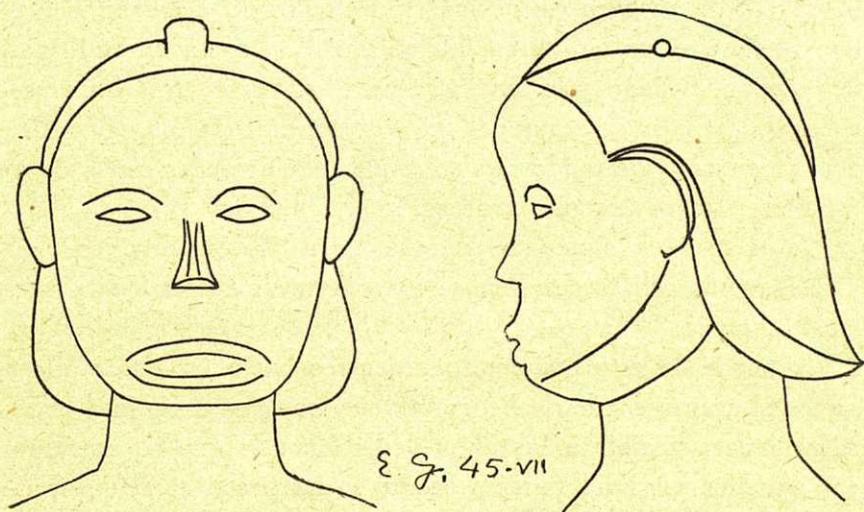
Tomé abundantes notas de los tatuajes pámuos, tanto faciales como corporales, así como de ciertos adornos y de la costumbre

que tienen las «miningas» que acaban de parir de pintar con palo rojo su cuerpo y el del recién nacido para que éste «tenga fuerte», ya que el «nvé» (*Pterocarpus Soyauxii*) es uno de los árboles más respetados y de más hondo sentido religioso entre estas gentes.

## VI.—LOS DIFÍCILES PASOS

Una de las mayores torturas en el recorrido de la zona del Bimbile consiste en pasar, haciendo equilibrios, por interminables puentes hechos con troncos, que salvan grandes extensiones de poto-poto en las zonas del bosque inundable.

Cuando los troncos están rebajados por la parte superior en que se apoyan los pies, el paso es menos angustioso; pero si los troncos están sin rebajar y son redondos en la parte superior, entonces se pasan verdaderos apuros. Sobre todo cuando se suma lo frágil e inestable del andamiaje en que están suspendidos, al mismo tiempo que uno se halla preocupado con las moscas del sueño (siem-



Cabeza del fetiche femenino visto en Añisoc

pre en las proximidades de los ríos) que se pueden llevar encima, dispuestas a cebarse en uno, y, lo que es más grave, con alguna probabilidad de que estén infectadas.

Piénsese que en los ríos acostumbra a vivir el cocodrilo y que entre el poto-poto, aparte de los anquilostomas (gusanos que se introducen por la piel), hay una serie de estacas y palos medio ocultos que pueden clavarse en uno al caer de la altura del puente.

Por eso tiene el Bimbile fama de país difícil. Yo no recuerdo una travesía tan penosa como ésta.

## VII.—¡POR FIN EL BENITO!

A la caída de la tarde del cuarto día de marcha llegamos al poblado de Abam, que, según nuestros cálculos, no debía estar lejos del Benito, pero cuál no fué nuestra sorpresa cuando los habitantes del poblado nos dijeron que allí mismo estaba. Esto en España no se puede concebir.

Estar a menos de 100 metros de un río que tiene en este punto otro tanto de anchura (si no más) y no tener ni la menor idea de que pudiera estar tan cerca, aunque oculto por la enorme masa del bosque. Guiados por un indígena llegamos en tres minutos a su orilla y pudimos gozar del gran espectáculo de las aguas lisas y pulimentadas, de fondo sombrío, que reflejaban las copas de los árboles, dorados por el atardecer.

A la mañana siguiente dediqué un rato a recorrer en «cayuco» ambas orillas del Benito, para formarme idea de la vegetación riparia.

A partir de este punto, ezquerdeamos hacia Oriente y alcanzamos el gran poblado de Bengonbeyene, con una magnífica choza-palacio para recibir a las autoridades blancas que se aventuran por aquellos perdidos parajes (como lo ha hecho el actual y decidido gobernador en visita reciente).

## VIII.—LA DISCUSION DE SIEMPRE

De aquí seguimos a Abam, y al día siguiente alcanzamos Andurelang una hora antes de que anoheciera. Debíamos estar a una jornada larga de la carretera de que habíamos partido, y nos interesaba continuar hasta alcanzar el próximo poblado, para que la jornada del día siguiente no fuese tan fatigosa.

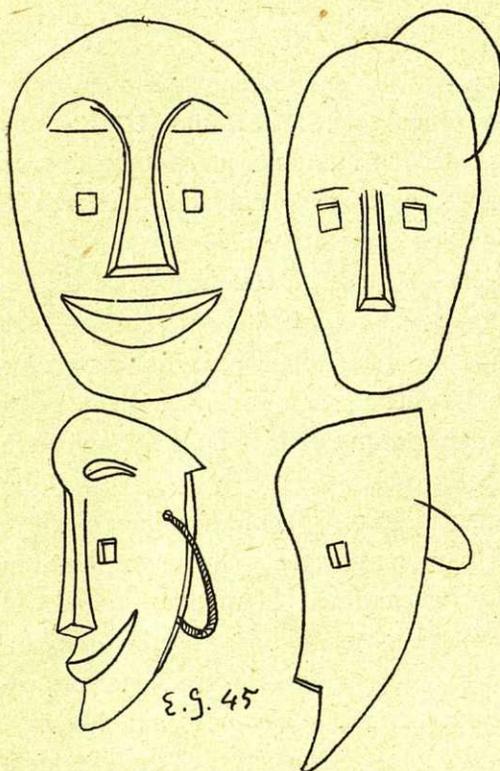
Pero se planteó el conflicto de otras tardes. Los braceros, fatigados, se negaban a continuar, y los expertos nos repetían, con toda su elocuencia y en todos los tonos, que había que atravesar un bosque larguísimo y que la noche nos cogería en plena selva sin poder avanzar ni retroceder, porque el camino era muy malo y abundaban los animales peligrosos.

Como conocíamos sus marrullerías y sabíamos que siempre andaban buscando disculpas para marchar con la mayor lentitud posible, seguíamos obstinados en continuar la marcha, cuando el «ncucuman» se acercó a nosotros y nos pidió (yo creo que con lágrimas en los ojos) que no hiciéramos «más camino, porque camino que había delante era muy, muy malo y muy, muy largo».

Ante tanta resistencia nos dejamos convencer, y al día siguiente pude comprobar que el tan discutido bosque me exigió sus buenas tres horas de andar largo.

## IX.—ENCUENTRO EL «EÑIE»

Estando haciendo historia y tomando notas en la «casa de la palabra» se suscitó una vez más la cuestión del estrofanto, y con gran asombro mío el catequista, que era servicial en extremo, me dijo que muy cerca podía verlo. Que por allí había bastante y que el padre del poblado se había hecho rico vendiendo estrofanto, y que gracias a ese dinero había podido comprar muchas «miningas», lo que explicaba que el poblado hubiera crecido rápidamente.



Caretas de baile de Añisoc

Aquel sacristán tan espabilado me dió a la nariz que, al mismo tiempo que catequista católico, podía ser algún taimado hechicero de la oculta religión; pero, por no alarmarle y agradecido a sus preciosas indicaciones, no quise hacer ningún comentario ni sonsacarle nada. Allá él si prevaricaba.

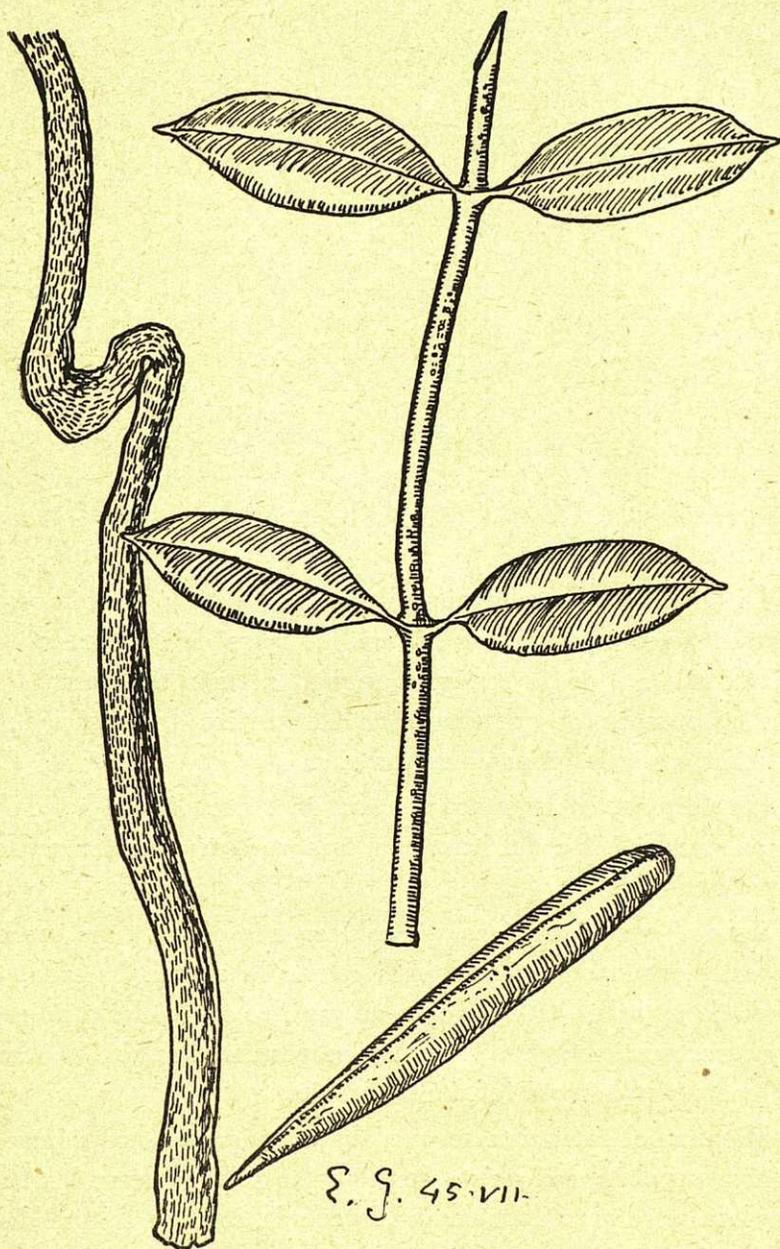
Lo cierto es que él y un cazador de ballesta me prometieron llevarme al lugar del estrofanto, lo que me determinó a separarme del doctor Bágüena, pues éste no podía perder una hora de marcha buscando el eñie, y,

además, le interesaba tomar notas de un camino distinto del que yo quería seguir para salir a la casa de Otto Krone.

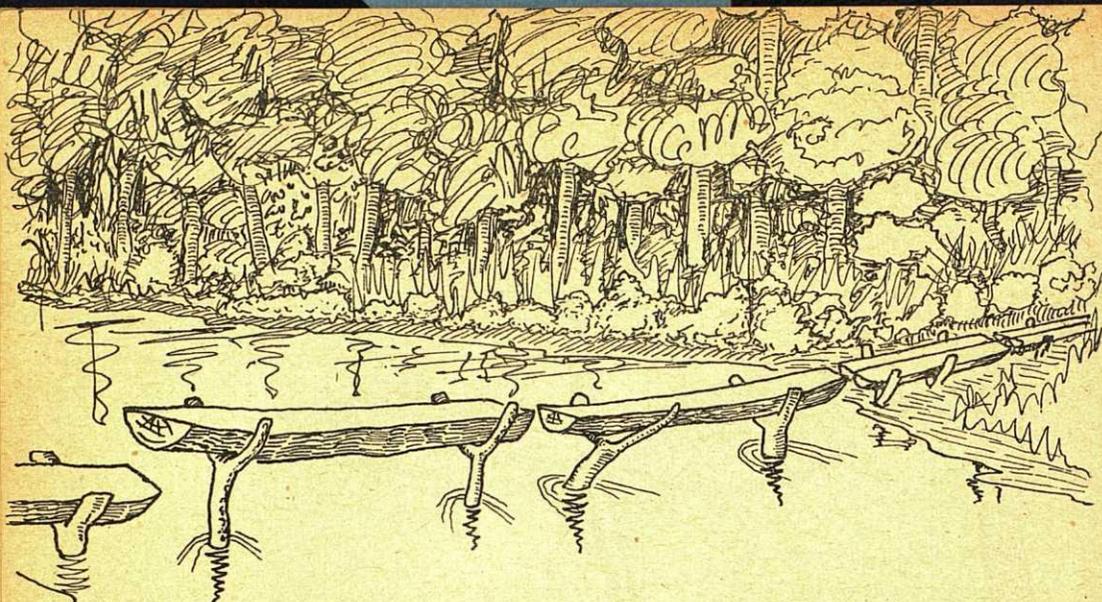
A primera hora de la mañana me encaminé, en compañía de mis guías, al sitio tan deseado. Por fin iba a ver la planta del estrofanto, de que son tan celosos estos negros. Prometí pagar bien el material que me recogieran.

## X.—ESCENOGRAFIA NEMORAL

Nos internamos por una senda de cazador apenas perceptible, y era tal la penumbra que reinaba en el bosque a aquella hora, que



Tronco (cuerda), hojas y fruto del «efie» (*Strophanthus gratus*)



Σ. 9. 45-VII

Los puentes del Bimbile

más parecía que íbamos dentro de inmensas habitaciones que por un bosque.

La hojarasca, de color amarillento, ponía un tono arcilloso en la escena, que se sumaba a los colores ocre de las cortezas. La escenografía no podía ser más original ni más temerosa, y me daba la sensación de que era un neófito que iba a ser iniciado en sus macabras y sangrientas ceremonias.

Por fortuna, comenzamos a subir un repecho, con lo cual se fué aclarando la luz del bosque, y todo recobró su color verde y glauco natural.

La frase «señor, aquí es» se coló en mis oídos y me produjo una emocionada expectación. Allí estaba la cuerda buscada, del grueso de un brazo, toda surcada de grandes estrías longitudinales muy características; pero... la vista se perdía en lo alto, lo menos a 20 metros en la masa infinita de follaje.

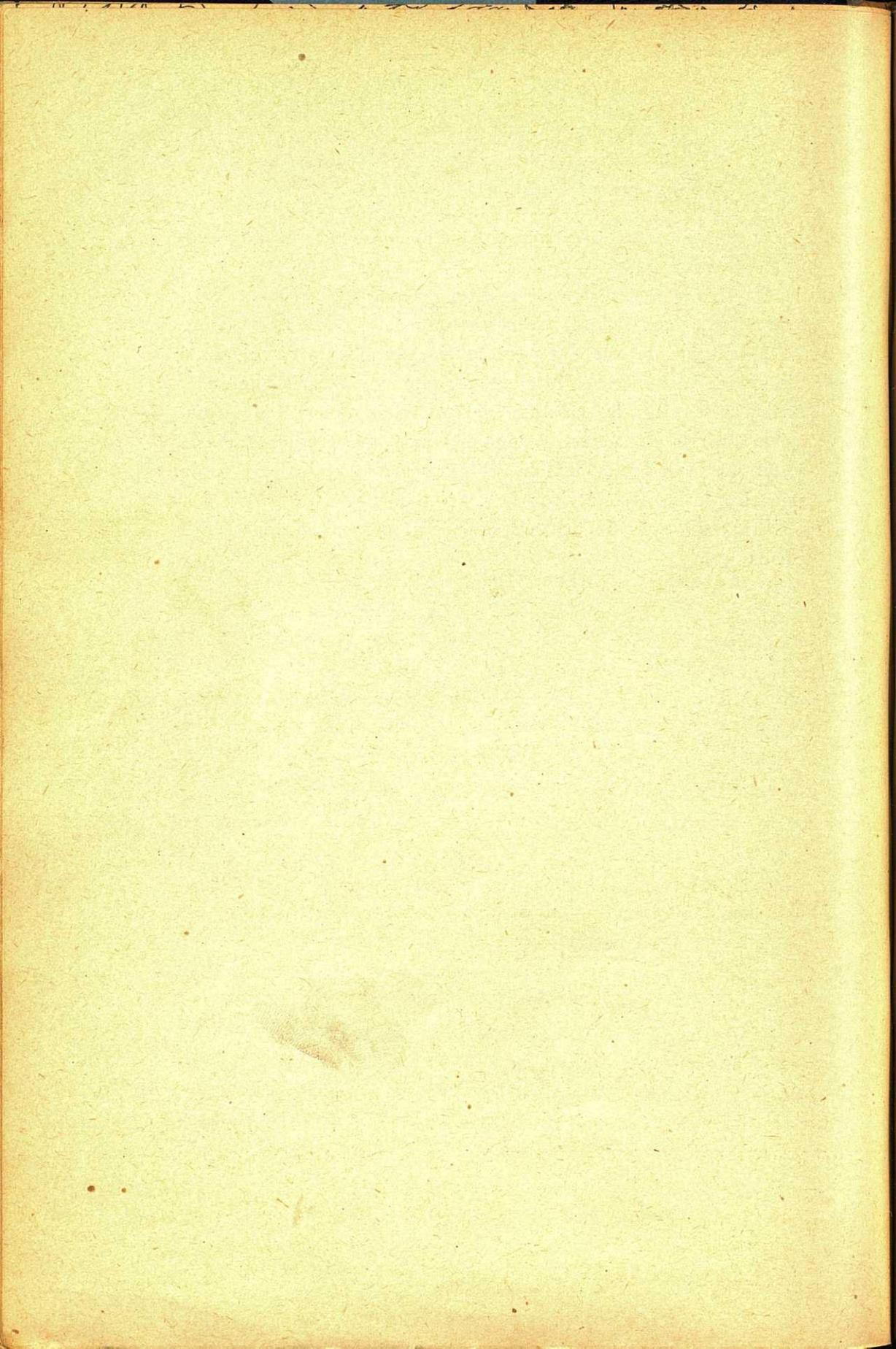
Mientras el catequista se quedaba conmigo, el otro pámue se remangó su clote, con objeto de tener las piernas desnudas hasta la cadera, y se puso a trepar por la cuerda con una soltura digna de la mejor envidia.

En un momento se plantó arriba del todo. Sólo aquel espectáculo valía el viaje.

Me vino con cuatro hermosos folículos de casi cincuenta centímetros cada uno, como no había visto otros.

A la tarde de este día memorable alcanzaba la carretera de Ebibiyin a Micomeseng. Esto me produjo una alegría ilimitada. Acababa de salir del laberinto vegetal. Había cumplido airoosamente la parte más penosa de mi empresa y ahora me esperaba la costa, con la cadencia flexible de los cocoteros y el alegre ruido simétrico de las olas.

Era como salir de una cárcel temida, pero al mismo tiempo amada.



CAPITULO VIII

LA COSTA

LLUVIA.—I. A LA VISTA DE UN  
BARCO.—II. LEÓN CARDENAL.—  
III. CONTRASTE.—IV. NUEVA  
MANERA DE TRABAJAR.—V. EN  
EL MAR TROPICAL.—VI. LOS  
RÍOS Y SU PAISAJE

## LLUVIA

*L*LUEVE con furia en el bosque, y sin embargo...

Ya perdió para mí la lluvia gran parte de su encanto. Ya no experimento el placer de cuando mis veinte años. Apenas si percibo el olor a tierra mojada, apenas si mi espíritu se recoje con gusto, como detrás de los cristales de un balcón, dentro de sí mismo.

El cielo tropical abre las cataratas de sus nubes, y el agua, en tromba, escurre de las copas al suelo. Los mil hilillos de arcilla líquida van a reunirse en la senda pámue, que se convierte en un diminuto torrente. Los pies se ensucian de barro amarillo. Mi ilusión de gozar aquí de la lluvia, con mayor intensidad que en parte alguna, se desvanece como un fantasma huidizo y amado que se asustase de mi falta de tono.

Llueve con furia en el bosque, y sin embargo...

Marcho desnudo para ver si despierto mi sensibilidad embotada, que ya no me evoca, como a mí me gusta, la emoción por la lluvia. En ningún sitio llueve como aquí. Tal vez sea esta la razón de que no acierte a gozar de la pluviomanía.

El agua escurre ahora por la piel del cuerpo entero descubierto al aire. Como una ducha fría e interminable siento el frescor de la evaporación. Restriego mis miembros para no enfriarme y sigo sin detenerme a través de la cerrada cortina de agua. A grandes zancadas adelanto a los braceros negros de mi caravana. Necesito estar solo en medio de la escena empapada para gozar de la lluvia que arrulló mi niñez.

Llueve con furia en el bosque, y sin embargo...

En la «casa de la palabra» se aviva el fuego para calentar un poco el cuerpo aterido. Un simple pañuelo sirve de taparrabos para distraer la curiosidad de las «miningas» que cruzan rápidas de una choza a otra. Sigue lloviendo con más fuerza que nunca, pero esta lluvia no es como la de Europa, o, cuando menos, la escena tiene otros valores.

No sé que es, pero no gozo como hace veinte años. Después, en mi casa, he comprobado que está embotada gran parte de mi sensibilidad para la lluvia.

Las rayas líquidas que bruñen los detalles del paisaje no dejan de difuminar los contornos de las cosas que lavan.

La luz gris de la tarde pone sus tonos más delicados en el paisaje mortecino como si fuera una acuarela magistral. Es una suave sinfonía de sepías y de azules. Todo tiene la calidad áspera y mate del papel «canson».

Llueve con furia en el bosque, y sin embargo...

## I.—A LA VISTA DE UN BARCO

**A** PRIMERA hora de la noche del 4 de agosto alcanzaba en la «guagua» la minúscula ciudad de Bata. Hacía exactamente cuarenta y cinco días que partí de este punto para medirme con la selva virgen en una lucha tenaz y apasionada por ver quien vencía á quien, y ello durante un largo y aplastante mes y medio.

Cuando mis ojos descubrieron suspendidos en el negro abismo de la noche los puntitos amarillos, que eran las luces del «Poeta Arolas», mi corazón dió un salto de alegría.

Aquella presencia me sugirió con clarividencia de mediodía todo el sentido que tiene la palabra «barco» para un viajero de mares lejanos con una gran nostalgia de la familia y de la Patria.

Aquel «barco» debía zarpar con destino a España dentro de breves horas. Sobre sus puentes adivinaba el conjunto de pasajeros ávidos de volver a tomar contacto con sus tierras de origen: Cataluña, País Vasco, Castilla, Andalucía, Levante, Galicia.

Estos nombres, que en España tienen un agradable sentido habitual, en aquellas tierras cobran un brillo y unas proporciones de categoría fabulosa.

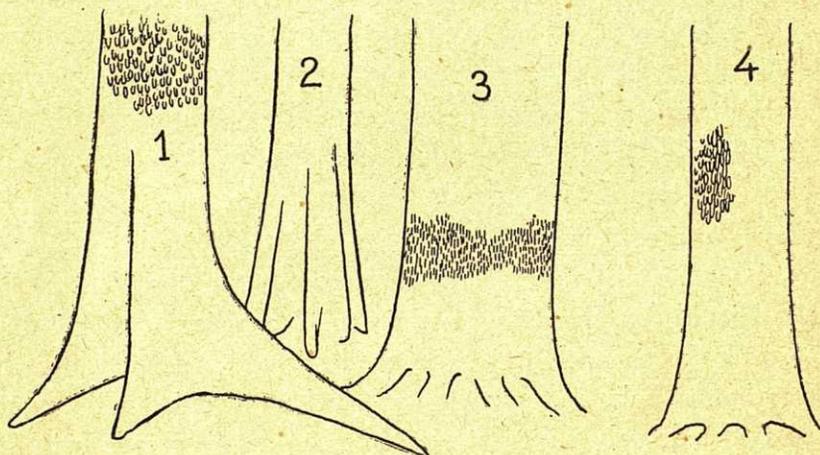
Mi alegría íntima se solidarizaba con la alegría que adivinaba allí lejos, sobre los puentes del barco.

Aun para el pasajero que queda en tierra, en espera de otro nuevo barco, la presencia del que ve partir, llena de posibilidades, es siempre motivo de alegría. Piensan: «Otro como éste vendrá y me llevará».

El motivo de mi alegría venía reforzado con la sensación de triunfo que flotaba en mi alma como resultado de mi encuentro

con el bosque. Yo sabía muy bien que en mis prensas de herborizar había un material botánico precioso, que mis numerosos cuadernos de ruta estaban atiborrados de datos y dibujos, que mis rollos fotográficos habían recogido con magnificencia los detalles más íntimos e interesantes de aquella gran dama, la selva, opulenta y sensual, que se me había entregado al final, no sin resistencia por su parte.

Veía rendida a mis pies la mitad de mi empresa, por fortuna



Bases del: 1, «nvé» (?); 2, «ecuc» (*Alstonia congensis*); 3, «adjap» (*Mimusops Djave*); 3, «ngon» (*Klainedoxa latifolia*)

la más penosa. Ahora, a lo largo de otros cuarenta y cinco días, debía estudiar la costa y hacer penetraciones hacia el interior con el fin de dar con la clave del límite de la influencia oceánica en lucha con la continental.

## II.—LEON CARDENAL

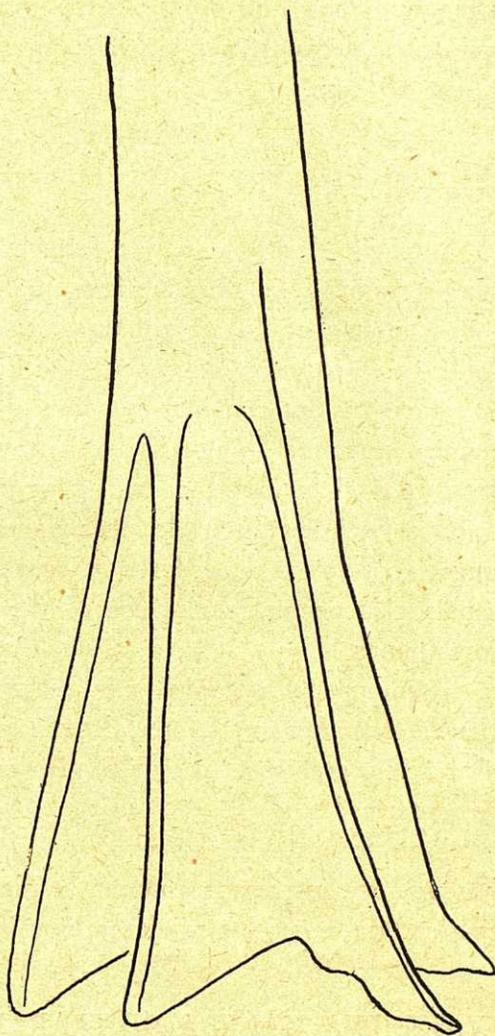
Las doce del día 7 de agosto me sorprendieron en el pantalán de Río Benito esperando la moto-balsa que debía trasladarme a la

orilla izquierda del gran río, donde se alzaban, entre otras, las edificaciones del Servicio Forestal.

Había oído hablar de León Cardenal como de un hombre austero y enérgico, enamorado de la montaña y amigo de luchar con ella.

Cuando pisé la playa de Bata me fué presentado. Su físico respondía a la idea que me había formado de su espíritu. Silueta estilizada y vertical como la cúspide del Cervino, perfiles angulosos y duros, ojos azules, como los ibones del Pirineo.

Cambiamos unas breves frases; el bosque me tragó y no volví a verle. Cuando finalizaba mi campaña del interior le escribí una carta pidiéndole hospitalidad y protección para visitar las cortas forestales. Su contestación estaba a la altura de sus formas espirituales. Acogía mis pretensiones con la sencillez y cordialidad que caracteriza a los raros hombres de las cumbres, hechos a nubes y riscos.



Base del tronco del «ecuc» (*Alstonia congensis*)

Por eso, cuando me presenté en el Servicio Forestal de la Guinea española, con domicilio en Río Benito, el ingeniero jefe, don León Cardenal, hijo de la ilustre estirpe de cirujanos españoles, que trocó el bisturí por el hacha forestal, me acogió con su magnífica cortesía.

### III.—CONTRASTE

Imagine el lector lo que supone pasar de vivir en los poblados pámués, sin más testigos que aquellos negrazos, tan alejados de uno en lo espiritual como excesivamente próximos en lo físico, a pasar a vivir en una edificación construída sobre una breve península, con olas por tres de sus cuatro lados, con un infinito horizonte de mar hacia Occidente que se incendiaba todas las tardes al hundirse en las aguas la roja ascua solar con chirrido silencioso. Gozar de unas dependencias confortables y de unos laboratorios acogedores y, sobre todo, disfrutar de la presencia viva de un hombre con el que podía «hablar» de los mejores temas.

Rápidamente organizó mis recorridos, y personalmente me llevó a todas las cortas forestales, de forma que mi esfuerzo rindió el máximo gracias a su ayuda. ¿No es justo que le dedique estos comentarios?

Pero, además de las explotaciones forestales (bosque sobre bosque), me interesaba conocer la playa y estudiar tanto la cortina costera, como las praderas litorales.

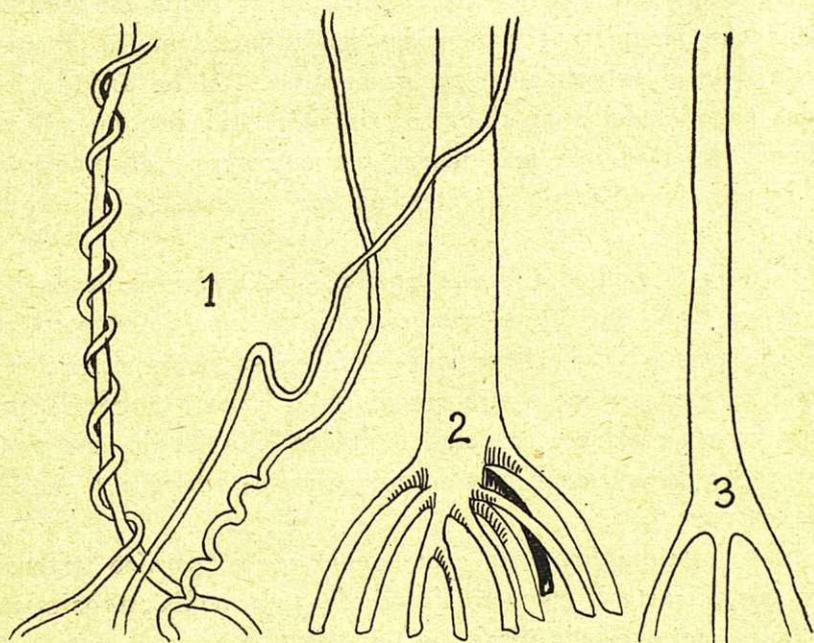
### IV.—NUEVA MANERA DE TRABAJAR.

Ahora iba a ensayar una técnica nueva. Nada de guardias coloniales, nada de braceros indígenas, nada de la convivencia grosera y llena de servidumbres físicas que restaba facultades

a mi sensibilidad, más necesitada de finura que nunca, nada de compañías chabacanas. Quería para mí solo todo aquel espectáculo paradisíaco que es la costa de la Guinea española continental.

Únicamente mi «boy» debía acompañarme, y con una intuición que demostraba que era agudo y que me había conocido, se colocó desde el principio espontáneamente a una distancia respetuosa de 100 a 200 metros.

Mi prestigio ante sus ojos nacía de mis preferencias, de las que era testigo. Para un negro, que un blanco se ocupe con interés y curiosidad de los mil detalles del bosque que le son familiares desde la niñez es el mejor argumento para convencerse de la superioridad de aquél, y a ésto se sumaba que yo le pagaba bien y puntualmente.



Cuerdas (lianas) del bosque (1); raíces zancos del «asam» (2); y del palomero (3)

Mi indumentaria se redujo al mínimo: el «salacot», una camisa de media manga y un pantalón corto.

#### V.—EN EL MAR TROPICAL

Era un placer marchar descalzo sobre la dura arena de la bajamar, ligero de ropa y con solo la libreta de notas y el lápiz en la mano. Con los ojos prendidos en los detalles más minuciosos de la cortina litoral formada por los penachos bien peinados de los cocoteros y el follaje abigarrado (carmín, amarillo y verde) de los «egombegombes», siempre playeros.

Respirar con las ventanillas de la nariz distendidas aquella brisa salobre y húmeda. Sentir la caricia del sol tropical, que bronceaba rápidamente mi piel. Y cuando sobrevenía la fatiga de tanto marchar y tanto ver, acercarme al borde del agua y seguir con las piernas sumergidas hasta medio muslo, recurso que me hacía experimentar un gran alivio. Así he andado jornadas enteras, del alba al ocaso, sin más cuidados que mi vagabunda libertad, sin más deber que entregarme al placer de mi estudio favorito, sin más testigos que el mar, el cielo y la tierra.

Cuando a mediodía sentía apetito, una ligera indicación a mi «boy» hacía que éste trepase rápido a la copa de un cocotero, del que pronto llovían los frutos suficientes. Bebía su leche y comía su carne, y me sentía reconfortado hasta alcanzar la primera finca de blanco, conocido o desconocido, en la que tenía asegurados de antemano una acogida efusiva, albergue y comida a la europea.

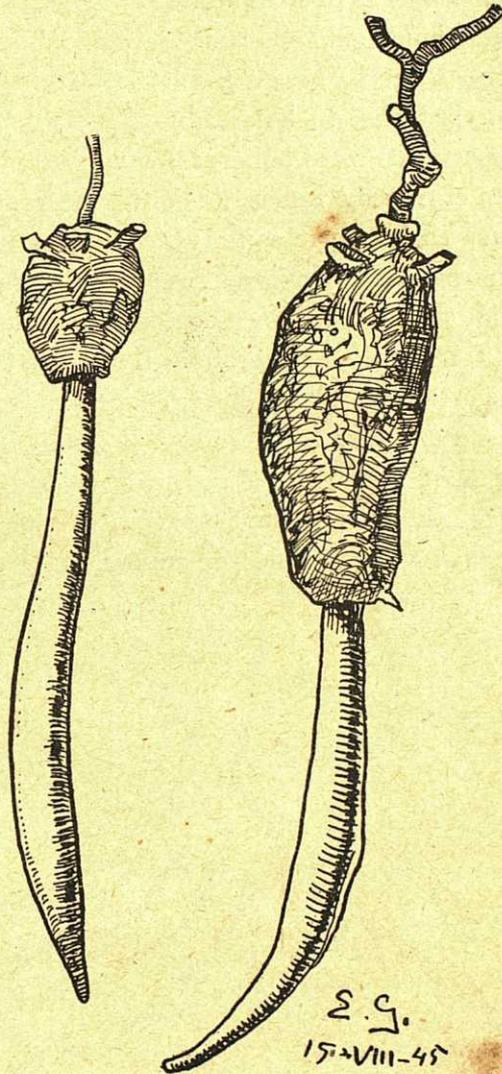
Si se pudiera imaginar cómo debió ser el paraíso terrenal, creo que mi actual, entonces, forma de vivir podía aproximarse bastante a aquel estado ideal.

## VI.—LOS RIOS Y SU PAISAJE

Los recorridos por la playa alternaron con la navegación por los grandes ríos. Nunca vi un pulimento tan perfecto como en la superficie del Benito, que reflejaba con imagen de espejo las dos cintas interminables de verdura silvana.

Desde el cayuco o desde el lanchón atisé el silencio solemne y fangoso de los manglares interminables, con sus raíces-cuerda que nacen del tronco y de las ramas a grandes alturas para asegurar la fijación del árbol al fondo limoso e inseguro. De sus copas pendían los frutos vivíparos, en formas de largas varas, dispuestos a clavarse en el cieno si era bajamar, o bien quedaban flotantes si era marea alta, mientras se dejaban llevar por la corriente hasta alcanzar un bajo fondo donde fijarse rápidamente.

Me he espantado con inquietud decenas de mos-



Viviparismo del fruto de *Rhizophora mangle*; Idolo

cas del sueño, especiales pobladores de estas soledades.

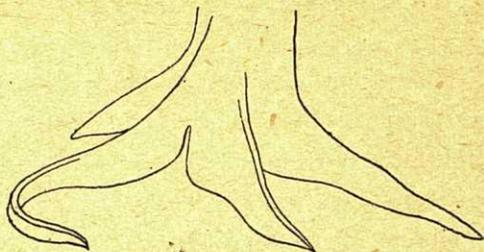
He visto las masas de pandanos o palmas helicófilas hundiendo sus troncos en el agua y desplegando su penacho de hojas, dispuestas en serie helicoidal,

en el tronco o ramas, de bordes lacerantes como una sierra, en tanto que en los espacios libres, con aguas tranquilas, se entremezclaban los nenúfares de flores rosa o azul, o las grandes flores de la «piña de oro», como blancas palomas posadas en el agua.

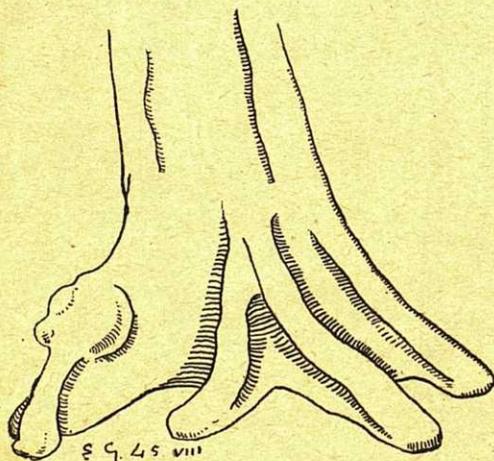
Penetré en los grandes brazos o afluentes del Benito, que limitan enormes islas y que producen la sensación de las bambalinas de un gigantesco teatro, tal es la distancia que media de unas a otras y la perspectiva y disposición de los diversos planos del paisaje. He continuado todavía río arriba, a medida que sus orillas se acercaban y los árboles de ambas márgenes fundían sus follajes en una bóveda suprafluvial.

He realizado breves, pero penosas, marchas a través de las raíces cuerda de los manglares, hundiendo los pies desnudos en un poto-poto negro y viscoso.

He visto las gritadoras bandas de loros grises, que volaban con gran algarabía de una orilla a la otra del Benito.



Base del tronco del «alep» (*Irvingia oblonga*)

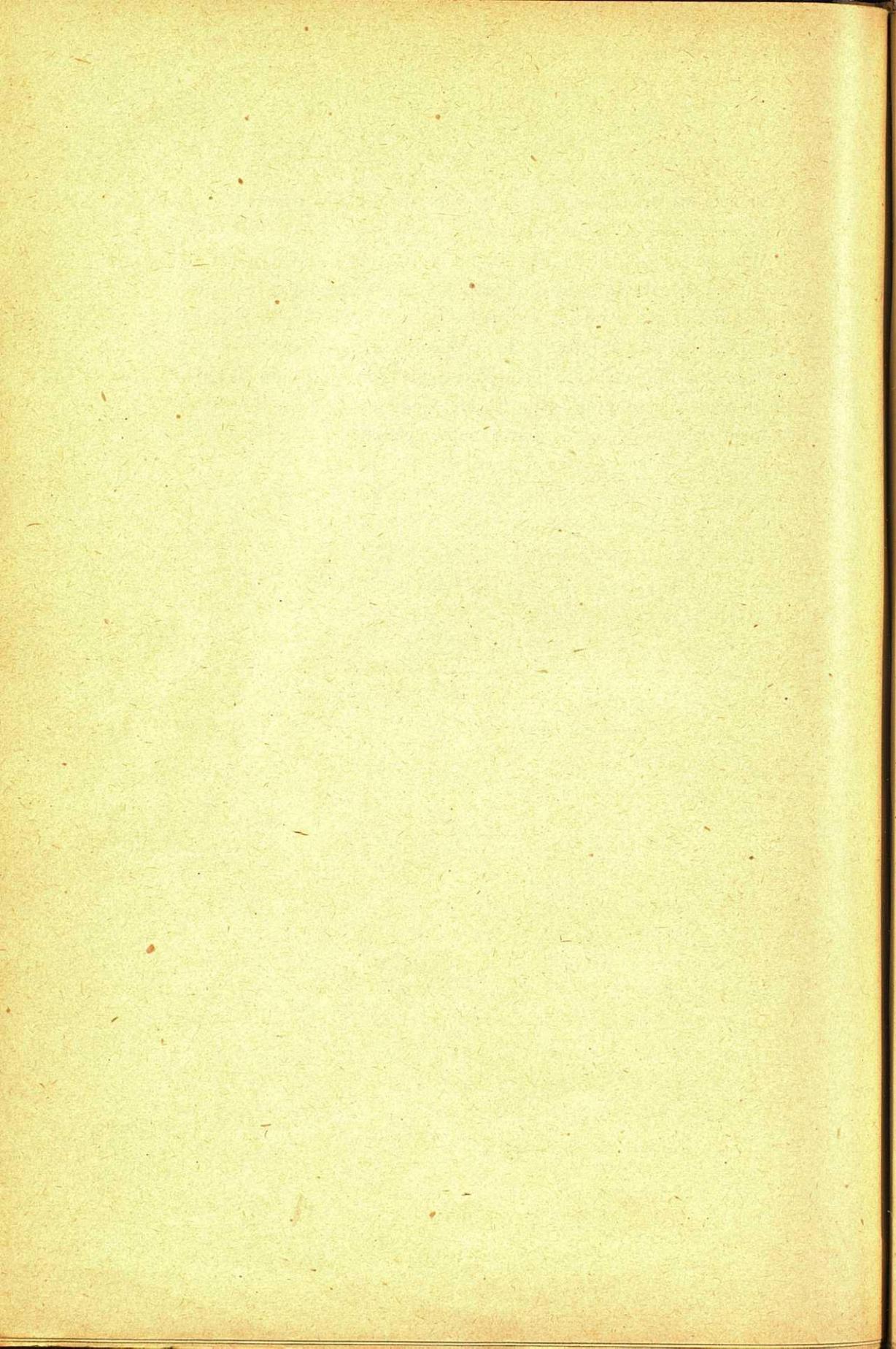


Típica base del tronco del «afó» (*Poga oleosa*)

En fin, mi retina recogió, como en un cuidado archivo, todo cuanto descubría de algún interés.

Aquí, en la orilla del Benito, me volvieron a llevar a ver la cuerda del estrofanto; pero, como el negro sospechaba, comprobó, una vez arriba, que los indígenas habían hecho ya la cosecha y no quedaba ningún difolículo a nuestra disposición.

Para que mi esfuerzo completase el plan prefijado faltaba aún el recorrido el gran estuario del Muni, en la zona Sur, y el territorio de Campo, en la parte Septentrional.



CAPITULO IX

CABO SAN JUAN

BALLESTA.—I. IRADIER.—  
II. EN CABO SAN JUAN.—III. LA  
HOSPITALIDAD COLONIAL.—IV.  
PROSIGO EL RECORRIDO.—V. A  
TRAVÉS DEL ESTUARIO DEL MUNI

## BALLESTA

**T**E tuve en mis manos y tu línea fina y elegante me deslumbró. No sé manejarte, pero sí sé admirarte. Eres el arma más esbelta de todas cuantas conozco. Aun más ligera y grácil que la golondrina, el ser a quien más te pareces.

Los eruditos podrán discutir si has llegado hasta aquí importada por los antiguos marinos o si has surgido espontánea en la mente de estos hiende-bosques.

Nunca me atreví a dispararte, porque te encuentro tan frágil, que más que instrumento de muerte pareces el producto refinado y perfecto de un artífice enamorado de las líneas estilizadas. En tu poca madera, pulcramente tallada, hay un sentido clásico y femenino. Clásico porque tu objetivismo tiene toda la línea de la eficacia y del esquema, Femenino, porque tu ligereza y tu gracia evocan, sin réplica, el sexo ingrávido y leve.

Los brazos de tu arco, cuando está tensado, son como el gesto de un abrazo al viento, y el seno de tu curva recuerda el talle fino de una doncella.

Te respeto y te admiro, pero nunca aprenderé a manejarte. Sería una profanación que mis torpes dedos de hombre civilizado llegaran a utilizarte como si fuera un pámue auténtico.

Hay atrevimientos en la vida a que uno ni puede ni debe llegar si no cuenta con títulos legítimos. ¿Y qué título puedo presentar yo, hombre libresco y urbícola?

Mi tendencia botánica podrá permitirme, en cierta manera, penetrar en el bosque, pero, fuera de esto, ni soy cazador ni salvaje, y por ello nunca me atreveré a abusar de tu docilidad.

También la lanza pámue es un arma esbelta y ligera, pero su simple dibujo, reducido a una sencilla línea, carece de la gracia de la ballesta.

El pámue con su lanza parece un peregrino de viaje, pero con la ballesta se transfigura en dios. De su persona de cazador primitivo y completo nace como un resplandor que envolviera al arquetipo.

En cambio, con un fusil y vestido a la europea se convierte en un vulgar negro americano.

La espada pámue no llegué a verla, porque el nuevo estilo va desterrando los usos antiguos. Tampoco vi el escudo tejido con productos del bosque, ni el cuchillo, que, como la espada, son hijos de la forja indígena.

Sólo he visto la ballesta y la lanza, pero la primera bien vale por todas las armas de todos los pueblos negros.

## 1.—IRADIER

**C**ONTINUANDO mis correrías playeras alcancé Etembué, a unos 15 kilómetros de Socogui, gran casa de cemento edificada en las proximidades de Cabo San Juan.

Aquel era el escenario que imponía auténtico respeto, de los primeros y audaces viajeros. Allí habían perdido la salud y se habían jugado la vida mil veces los Iradier, Ossorio, Montes de Oca, etc.

Las raras construcciones de blancos que por allí se veían evocaban legendarias épocas pretéritas. En estos mismos itinerarios, que pisaba mi planta con extraordinario respeto, sufrió lo indecible el valeroso Iradier.

Me parece de actualidad traer aquí unos párrafos de Cordero Torres, tomados de su interesante libro «Iradier», Instituto de Estudios Políticos, 1944, pág. 109. «Tocó en Aye, poblado hapuku, dotado de una factoría inglesa, internándose en los pantanos de Belalale, con fango a la rodilla, hasta llegar a las praderas de Ekumbanguba, donde un búfalo solitario, enorme y fiero, le acometió por sorpresa. Iradier le disparó a boca de jarro y aguardó, creyéndole derribado.

»Pero al disiparse el humo el animal se le echó encima. De un salto el explorador alcanzó un mangle (en el original, «paletuvio», traducción literal del vocablo francés «paletuvier) y trepó, mientras la fiera golpeaba el tronco. Pero el árbol era un hormiguero, cuyos voraces componentes inundaron materialmente su cuerpo. Entre los dos males, Iradier vacilaba, cuando su escolta,

repuesta de la acometida, hizo huir a tiros al animal y limpió con presteza al explorador de los peligrosos insectos. Este acontecimiento acabó de quebrantar la salud del viajero, que ya venía quebrantada por lo duro de sus jornadas, una alimentación deficiente (yuca y plátanos) o malsana (aguas estancadas). Ulceras, hinchazones y jaquecas venían torturándole; náuseas, dolores de vientre y un sudor insoportable acabaron por privarle del conocimiento. Conducido a Aye por su escolta, pasó varios días entre la vida y la muerte.»

Y una página antes escribe Cordero Torres: «El primer contacto de Iradier con la selva del continente africano le produjo una impresión de desesperación; la humedad del terreno encharcadizo, el entrelazamiento de ramas y lianas, los troncos caídos, los insectos, en fin, todo, parecía conspirar contra el caminante. Las noches en la selva, con un sin fin de ruidos misteriosos, atacaba particularmente sus nervios, impidiéndole el sueño. En su primera salida no alcanzó el río Ñaño, como se había propuesto, por extravío de su guía, cuya actitud sospechosa le hizo mudar de habitación. A pesar —o a causa— del terror que la brújula inspiraba a los indígenas, Iradier se encontró sin guía. Iradier decidió marchar solo por la playa a Cabo San Juan. El camino a través de una zona inundada, que le obligaba ora a descalzarse, fatigándose, ora a internarse por senderos obstruidos, se le hizo interminable. No tuvo ningún encuentro desagradable, aunque ahuyentaron a un oculto elefante. Y por fin arribaron a Satome, residencia de Boncoro III, rey español del Cabo, subvencionado con quince pesetas mensuales por el Gobierno de Fernando Póo, hijo de Boncoro II, que entregó su territorio a España. El rey no estaba, y su hermano Manuel les recibió en su ausencia, dándoles albergue, no gratuito, por supuesto. Manuel, educado por los jesuitas españoles y viajero por Europa y América, difería notablemente de sus compatriotas».

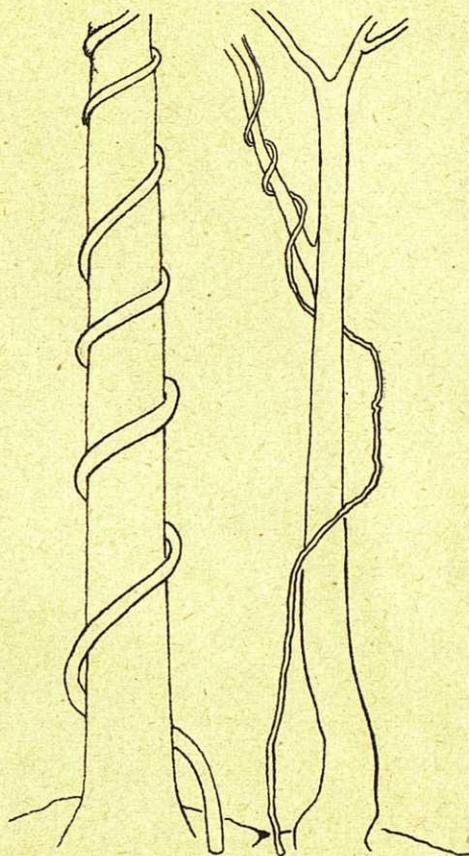
## II. — EN CABO SAN JUAN

En este escenario evocaba yo ahora la figura gigante y transida de dolor de Iradier. Había motivo para seguir con respeto sagrado las huellas que aquel valiente dejara en estos mismos parajes.

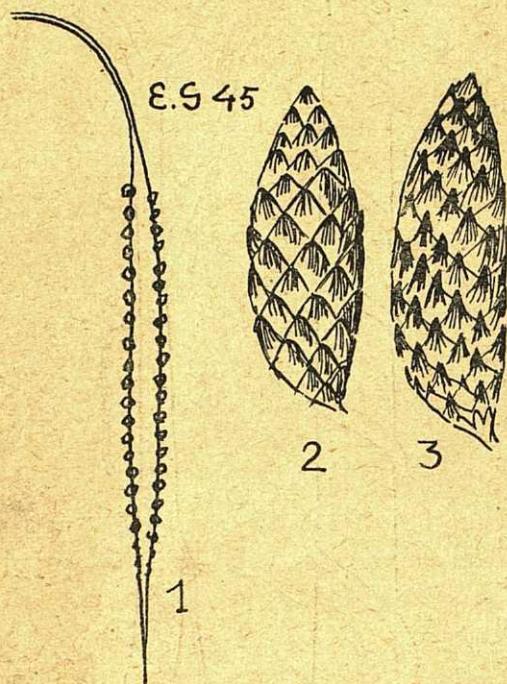
Esta marcha me llevó toda la mañana, doblando puntas y más puntas arenosas que se internaban en el mar. Por fin, a las dos de la tarde, apareció a poca distancia el gran promontorio de Cabo San Juan y un estuario relativamente grande, en cuya otra orilla se alzaba la gran casa de Socoqui.

Una sensación de dulzura se apoderó de mí a su vista. La sensación de tristeza que me producía la evocación de Iradier se disipó como por encanto. En aquella casa esperaba encontrar hombres de mi raza, tal vez alguna mujer blanca que borrara con su prodigiosa presencia el recuerdo de las gruesas facciones de las negras.

Cruzado en cayuco el río, y sin preocuparme de calzar mis zapatos de lona, subí por unas amplias escaleras que conducían a la casa, y que me recordaron, en pequeño, las escalinatas de Begoña, en Bilbao. Una vez en la casa, pregunté por el dueño, y



Forma de arrollarse las lianas a los árboles



1, infrutescencia del «achilim» (*Podococcus Bartieri*); 2, infrutescencia de la *Raphia regalis*

los negros me indicaron que estaba en el piso superior. Dándole la vuelta a la fachada, en una de cuyas puertas descubrí un pequeño quirófano con su cama de operaciones y bien provisto de instrumental llegué a la escalera que conducía al piso superior y que concluía en una amplia y larga galería, donde me encontré de pronto a una joven mujer blanca, que estaba co-siendo atendida por una doncella negra.

### III.—LA HOSPITALIDAD COLONIAL.

Me miró con extrañeza mezclada de sorpresa, y al advertirme descalzo y mi aire despreocupado se dibujó en su cara una leve sonrisa. Le pregunté por los hombres de la casa y, sin desplegar los labios, me indicó una puerta que se abría cerca de donde yo estaba.

Penetré en la habitación y hallé tres blancos tomando el aperitivo.

Me presenté como científico comisionado por la Dirección de Agricultura del Gobierno de Fernando Póo con la misión de estudiar la vegetación espontánea, con miras a su aprovecha-



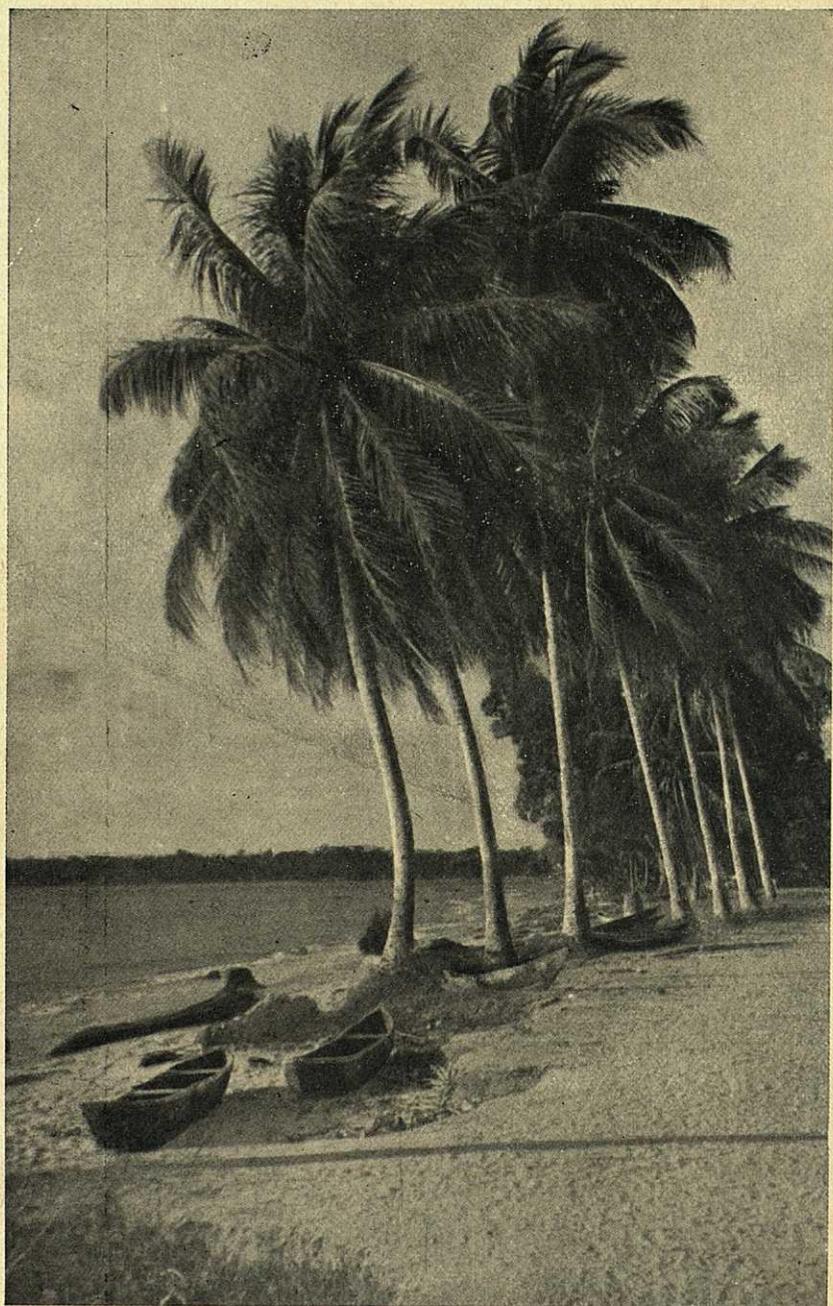
*Un «egombegombe» (Terminalia catapa) defoliado, brotando de nuevo. Cerca del Benito.*

E. Guinea, fot. 10-VIII-1945.



*Ejemplar de miamongomo (Caloncoba Welwitschii), de tres años, cultivado en el Servicio Agronómico de Evinayong.*

E. Guinea, fot. VII-1945.



*La serenidad de todas las costas tropicales lleva como símbolo el ademán grácil y elegante de los cocoteros.*

Hermic Films, fot. VIII-1945.

miento, hallándome ahora de camino por esta zona. Me acogieron con la mayor efusión y me hicieron sentar a su mesa.

Pregunté por los Iradier, nietos del conocido explorador, y que yo barruntaba, más o menos, debían vivir por allí.

Me indicaron que la señora que acababa de ver era la esposa de uno de ellos, que estaba fuera de la casa, esperándosele de un momento a otro. Su hermano, a quien yo había conocido en Madrid, se hallaba en Cogo.

Los otros tres blancos eran: Luis Lumbreras, Walter Rutz (suizo) y Francisco Mediavilla.

#### IV.—PROSIGO EL RECORRIDO

Mi propósito era continuar el viaje hasta Calatrava, con objeto de llegar a Cogo al día siguiente. En Calatrava pensaba albergarme en la casa de Griedel, y me encontré con que Walter Rutz, actual propietario de la finca, se proponía volver aquella tarde a su casa y se prestó con el mejor talante a guiarme hasta ella.

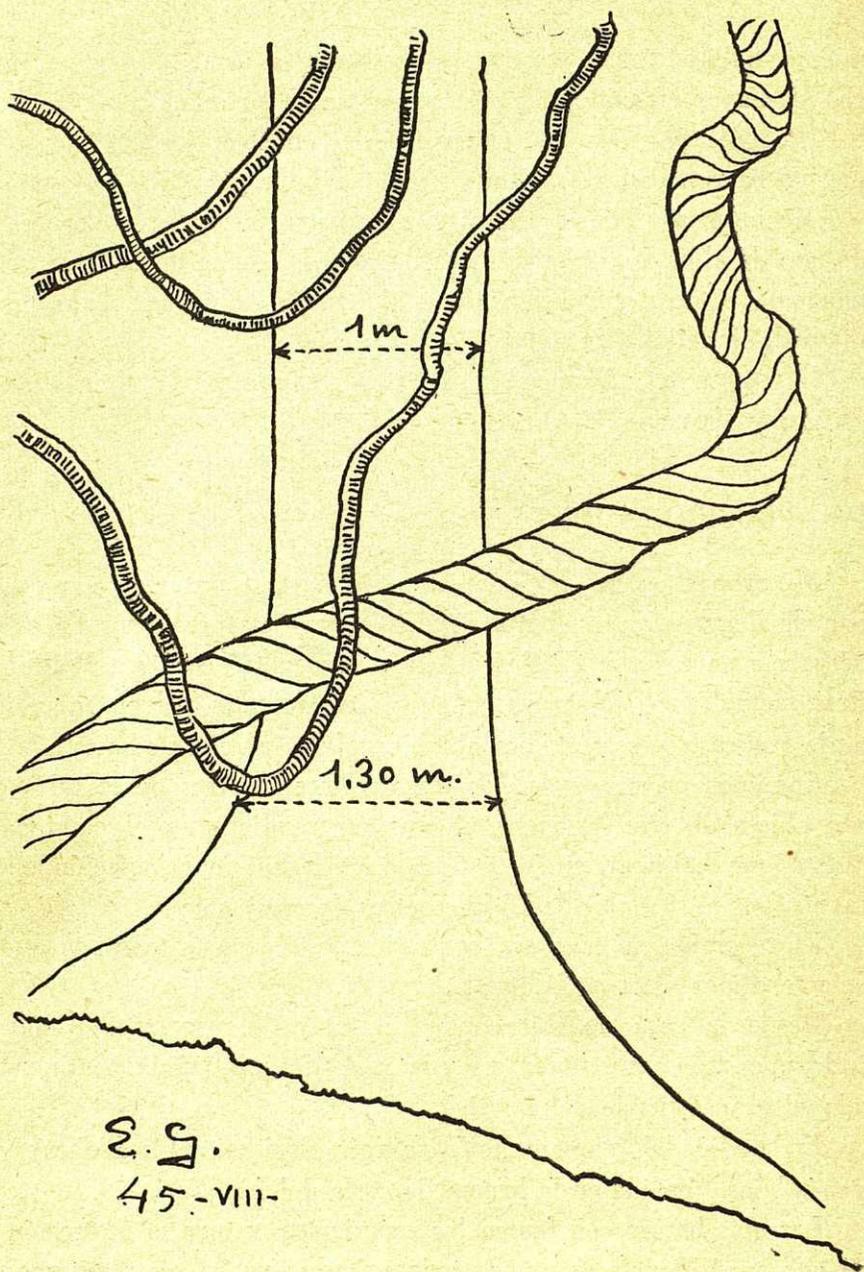
Comimos pronto, pues debíamos salir a las tres de la tarde, con objeto de que la noche no nos sorprendiera en el camino, puesto que había, además de una hora larga de navegación en cayuco por el río, más de 12 kilómetros de caminata.

El recorrido se hizo sin contratiempo alguno, y con luz suficiente dimos vista a Calatrava.

Desde la casa de Rutz pude disfrutar del espectáculo más bello que cabe contemplar en toda la Guinea española continental: el gran estuario del Muni.

En medio del inmenso golfo se veía Corisco y los Elobeyes, y más lejos, perdida en la bruma, la costa del francés.

Las olas batían con fuerza las rompientes, y tuve la impresión de que aquí el mar es mucho más agitado que en el trozo comprendido entre Cabo San Juan y Bata. Las aguas eran de un ex-



E. G.  
45-VIII-

Base del tronco de un «ocume» y cuerdas del bosque (la más gruesa es de *Entada gigas*)

traño color lechoso, lo que daba un aspecto más fantástico a la enorme masa líquida. El cielo continuaba tan sombrío como de costumbre, cargado de sus nubarrones bajos, que parecían pesar sobre las cosas sólidas.

La llegada a la casa de Rutz fué un gran alivio. Tomé una ducha, que me produjo un efecto sedante, y en el confortable salón de estar de aquella casa simpática, de planta octogonal y paredes embreadas, con sencillas cortinas de percal rojo, que ponían una nota de color en su aire severo, transcurrieron serenas y graciosas las últimas horas de una jornada tan llena de emociones.

#### V.—A TRAVES DEL ESTUARIO DEL MUNI

Se había dado orden a los pescadores de la costa que tuvieran lista para la mañana siguiente una lancha con vela, pues mi gran placer iba a consistir en marchar por mar desde Calatrava hasta Cogo, surcando de punta a punta todo el estuario del Muni.

Costó Dios y ayuda y muchas horas de espera que la lancha estuviera lista y los remeros reunidos en ella, pues se escaparon reiteradas veces. Por fin, a las diez de la mañana, estábamos a bordo, y la barquilla se hacía a la vela con un oleaje que, desde luego, no lo soporta una persona que se maree. La cortina litoral se desplegaba ante mi vista como un gigantesco abanico denso de las graciosas siluetas de los cocos, motivo botánico estereotipado en todo paisaje tropical convencional. Pero, por fortuna, aquellos cocos eran de verdad y aquel espectáculo se hallaba muy lejos de ser una decoración de cinta cinematográfica.

A las dos de la tarde doblábamos Punta Yequé, con la factoría del francés a la vista, que se llamaba Cocobich (Cocobeach). Seguidamente enfilamos Muni arriba, y a las cuatro de la tarde atracábamos en el muelle de Cogo. Aquellos «morenazos» se lle-

varon su propina, a pesar de sus formas nada corteses, y en Cogo fuí muy bien acogido por don Alejandro Irulegui, que resultó ser bilbaíno, como yo. La estancia en Cogo fué muy fructífera, y una vez reconocido aquel extremo meridional de nuestra Colonia, que alguien ha calificado de la Venecia hispanoguineense, retorné por Idolo a Benito.

Las tres cuartas partes de mi empresa eran ya una realidad. Sólo faltaba por recorrer la franja costera de Bata a Campo, con internamiento en el bosque continental utilizando el ferrocarril forestal de la A. L. E. N. A., que, en un recorrido de unos 50 kilómetros hacia el interior, llega hasta Adjap.

## CAPITULO X

# ENCUENTRO CON LOS GORILAS

PÁMUE.—I. LA A. L. E. N. A.  
ME AYUDA.—II. EN EL POBLADO  
DE MBIA.—III. LA VÍA DEL F. C.  
CUBIERTA DE «BICORO». — IV.  
LAS GRANDES LLUVIAS COMIEN-  
ZAN.—V. INVITACIÓN DEL JEFE.  
VI. «SEÑOR: ¡GORILA!».—VII.  
EL GORILA COBRADO.—VIII.  
VUELO SOBRE EL BOSQUE.

P A M U E

*T*u alma es laberíntica como el bosque. En tu expresión no sabe uno nunca cómo orientarse. Tu mentalidad simple no pasa de los conceptos elementales, pero al mismo tiempo eres retorcido, sinuoso y difícil. Seguramente en tus breves razonamientos hay una lógica, en tu postura ante la vida una razón, en tu interpretación de las cosas un sentido. Pero todo ello responde a un molde tan arcaico, que el blanco, perplejo, en vano intentará comprender.

Tu previsión es de corto alcance, tal vez porque tu vista se estrella a escasa distancia en el muro de árboles. Tu inteligencia resulta enmarañada como la maleza que recubre los fustes de tu bosque. Y no hablemos de tu vida sentimental, que siempre se manifiesta rudimentaria y pobre.

A pesar del abismo mental que nos separa me inspiras simpatía, curiosidad y admiración.

Tenemos un punto de común: la devoción por el gran bosque.

Envidio tu familiaridad con el templo de las plantas. Si fueras botánico, ¡cuantos secretos interesantes me contarías de los vegetales que te son familiares desde niño!

Por desgracia, te has limitado a hablarme de aquellos que te son útiles, sin sospechar que yo buscaba con mayor interés otros muchos detalles que no despertaran tu curiosidad.

Sin embargo, te doy las gracias, porque me enseñaste lo que sabías, y ello es más que suficiente para que me sienta tu amigo.

También me asombra tu sólida complexión física, maciza y elástica. En tu desnudez, la línea recia y la superficie bruñida tienen el encanto espontáneo de la belleza elemental.

Te he visto marchar ligero y ágil por los senderos difíciles, caminar pesado y pausado bajo los jardos voluminosos, trepar por las lianas con la soltura de un cuadrumano. Y siempre me ha deslumbrado comprobar tu sólida complexión, hecha a la fatiga de la selva.

Tu oído portentoso y tu vista habituada a descubrir el detalle buscado en el mar infinito de hojas y de cuerdas me dejaron muchas veces boquiabierto.

Sólo el instinto que despliegas para orientarte en este injierno de troncos y hojarascas vale por toda la cultura del blanco.

Como buen silvícola, adoras la cautela y la astucia, y estos rasgos te son tan peculiares, que se advierten en cuanto se te ve.

## I.—LA A. L. E. N. A. ME AYUDA

**E**STOY viviendo las últimas jornadas de mi experiencia tropical. En el aire hay barruntos de la llegada del «Dómine» y aun me falta por recorrer toda la costa norte, de Bata a Campo,

Gracias a León Cardenal, la A. L. E. N. A. pone a mi disposición el ferrocarril forestal de mayor longitud de toda la colonia, que va de Utonde (en la costa) a Ajap (unos cincuenta kilómetros de recorrido).

En un camión de esta Sociedad alcanzo Utonde a primera hora de la mañana. Al otro lado del río veo el tren preparado para mí, con la máquina a presión, despidiendo por la chimenea una gran columna de humo. Cruzo el río en cayuco, y en la otra orilla me recibe el blanco encargado de la vigilancia de la vía. Se pone amablemente a mis órdenes.

Ha organizado un tren que satisface plenamente mis apetencias. En cabeza hay un vagón-plataforma que lleva un par de sillones de «melongo» y una mesa, donde podré apoyar mi libreta de apuntes y poder escribir con mayor comodidad. Sigue un furgón cerrado, donde podremos refugiarnos en caso de lluvia, y a continuación viene la máquina, seguida de otro vagón con media docena de negros para los diversos servicios. El tren irá a la marcha que yo desee y se detendrá en todos aquellos sitios de interés botánico, tanto para recoger material, como para tomar apuntes o tirar fotos.

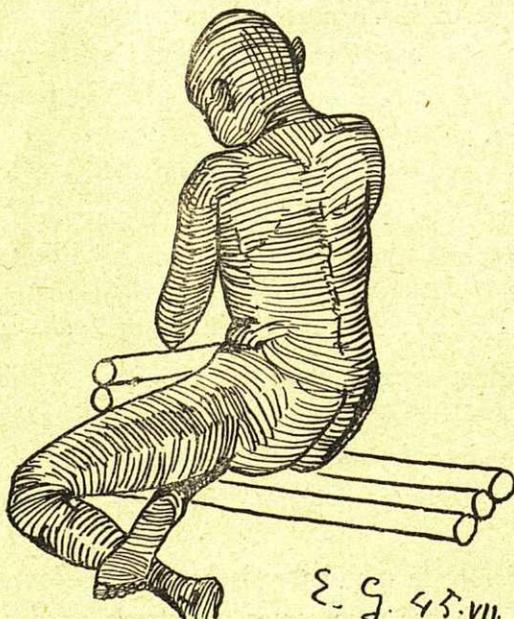
En esta forma emprendemos la marcha, y la locomotora lanza su alegre pitido de salida. Primero recorreremos el extenso «pedraplén» que rellena el fondo fangoso de un largo manglar. A éste

sigue una gran pradera litoral, una de las formaciones vegetales que más despiertan mi curiosidad, y, por fin, entramos en el bosque virgen, salvando a veces las grandes vaguadas mediante puentes de piedra o altos terraplenes; pero la espesura silvana es tan cerrada que estos accidentes mejor se adivinan que se ven.

## II.—EN EL POBLADO DE MBIA

A las tres de la tarde llegamos a Mbia, estación en que concluye la parte bien conservada de la línea férrea, y allí hacemos alto para comer, entre otras cosas, unos gordos langostinos de río, sencillamente deliciosos. Resulta un tanto anómalo encontrar estos crustáceos, de condición marina, adaptados a la vida dulciacuícola de los ríos, ya muy al interior.

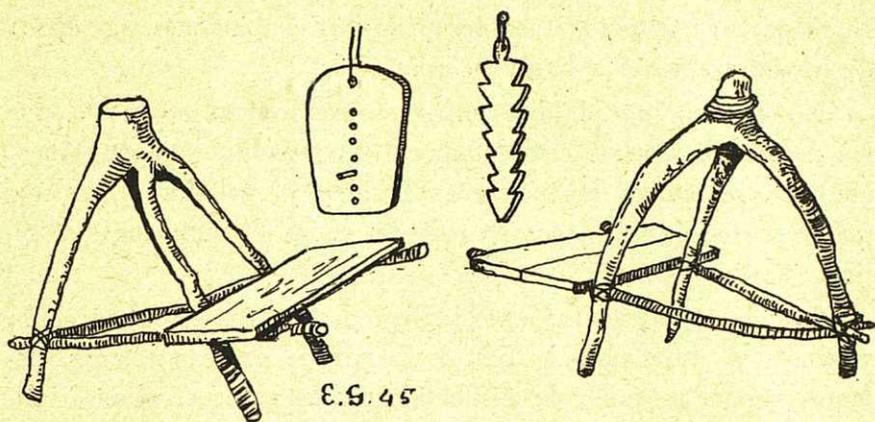
La tarde la dedicamos a recorrer a pie las cascadas del Mbia,



Un niño del interior temeroso del blanco

cruzando sobre troncos tendidos de roca en roca. El sitio es encantador y lleno de salvaje belleza. Me doy cuenta perfecta de la diferente composición de este bosque, en que dominan árboles de procedencia más septentrional, con relación a los bosques que he visto en la zona sur de Etembué y Cabo San Juan, en que dominan los árboles de procedencia ecuatorial.

A la mañana siguien-



Emuat (silla).—Molumosam (siete días)

te continuamos la marcha hacia el interior. Ahora es muy pintoresco el procedimiento de viajar. Aún quedan unos 10 kilómetros de vía en condiciones muy precarias, por haber desaparecido casi todas las traviesas, por causa de los insectos o de los hongos xilófagos.

### III.—LA VIA DEL F. C. CUBIERTA DE «BICORO»

En tales condiciones es muy peligroso aventurar el peso y fuerza de una locomotora, y nos vemos reducidos a tripular una vagoneta minúscula empujada por tres braceros. Los dos blancos vamos sentados sobre un cajón en el que apenas cabemos.

Como este trozo no ha sido chapeado recientemente, el herbazal gigante cubre la vía, y hay momentos en que la masa de vegetación lo tapa todo. Gracias a la fuerza que hacen las raíces y fibras sujetando los rieles éstos no han sido desplazados del sitio en que se colocaron cuando había traviesas, y la marcha se hace con normalidad, salvo la resistencia que ofrece la vegetación. Cuando ésta es muy cerrada, un bracero se adelanta machete en

ristre para abrir paso. Caen los primeros chaparrones. La época de lluvias comienza a hacer su aparición.

No es muy agradable sentirse golpeado continuamente por los mazos de hierbas completamente empapadas, y a esta incomodidad se suman las pequeñas heridas y cortaduras que nos producen los bordes lacerantes de las hojas de gramíneas y ciperáceas trepadoras.

Cuando se inicia una cuesta abajo los negros se suben en la vagoneta y, utilizando de frenos un par de gruesas estacas, dejamos que el vehículo descienda alegremente por el plano inclinado. Como el perfil es ascendente, por causa de que nos estamos internando en el Continente, esta feliz circunstancia se da pocas veces, y siempre en trechos cortos. Otra cosa será al regreso.

#### IV.—LAS GRANDES LLUVIAS COMIENZAN

Alrededor de las once de la mañana alcanzamos Adjap, poblado en que concluye la vía, y de aquí continuamos a pie hasta Esantúa, punto que me interesaba mucho alcanzar, pues los negros me habían dicho que allí encontraría «eñié».

Salvado un fuerte repecho llegamos a Esantúa alrededor de la una del mediodía, y cuando comprometemos a un indígena para que nos acompañe al lugar donde vive el «eñié» comienza un chaparrón descomunal, que nos obliga a refugiarnos en una de las chozas del poblado. Permanecemos como media hora esperando que aclare, y el tiempo lo invierto en curiosear por el interior de la choza. Tomo nota minuciosa de todos los detalles, y me exhiben ballestas, que adquiero mediante 100 pesetas.

Como el tiempo no levanta y no hemos traído comida, no tenemos más remedio que regresar a Adjap.

En la travesía la ropa va a resultar un estorbo, y entonces

decido desnudarme totalmente, no conservando más que el salacot y las alpargatas.

El pantalón y la camisa se los entrego a un «moreno», que hace un lío con ellos y lo coloca debajo de una gran hoja de plátano, el paraguas de esta gente.

Bajo una tromba de agua iniciamos el regreso. Resulta agradable recibir sobre la piel aquella ducha fresca que limpia el sudor. De vez en cuando me restriego brazos y piernas, porque siento algo de frío.

A las tres llegamos al poblado, y nos metemos directamente en la «casa de la palabra», donde avivamos el fuego para secarnos y calentarnos. Un breve pañuelo me sirve de «taparrabos», y así aguardamos la llegada de los negros, uno de los cuales trae mi ropa.

#### V.—INVITACION DEL JEFE

Al poco rato aparece el «cucuman» (jefe), que viene de cazar, hecho una sopa. Trae dos puerco-espines.

Este buen «cucuman» estaba un poco molesto, porque el blanco que me acompaña no tuvo tiempo de aceptar la invitación a quedarse a comer que le propuso el indígena en un viaje anterior. Aprovechamos la oportunidad de hoy para desagraciarle.

Nos invita a su choza, y nos sirve una magnífica comida, regada con una botella de vino que tenía de reserva. Como los negros no llegan, visto por primera vez el traje del país. Un multi-color y chillón «clothe», que el jefe ha elegido de entre sus mejores telas.

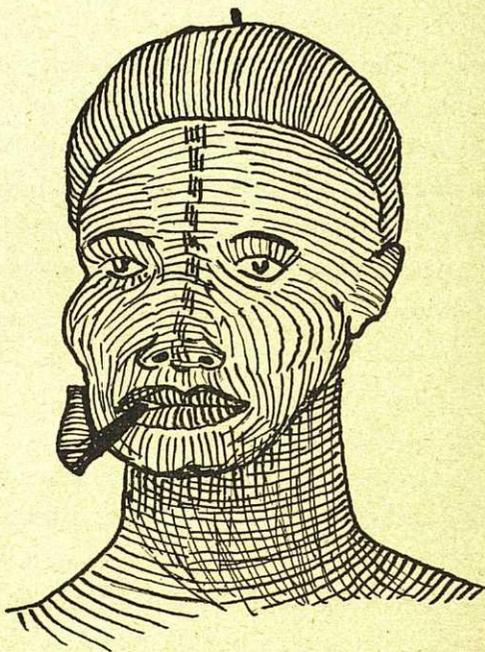
Como no deja de llover, la tarde la pasamos «haciendo historia», y tomo un sin fin de datos sobre usos, costumbres, creencias, fábulas, chistes y virtudes medicinales de las plantas del

contorno. Me dan la clave de cómo preparan el veneno de «estrofanto», etc.

Ya de noche, damos orden a un bracero para que se acerque a Mbia, donde debe transmitir la orden de que la máquina esté a presión a primera hora de la mañana, para poder alcanzar la costa en ese día. El negro se niega a ir si no le dejamos una escopeta, porque en el camino hay muchos «gorilas y chimpancés». Pero como no hemos traído armas, le decimos que no tiene más remedio que hacer el viaje como sea.

El negro malhumorado y venciendo su natural temor a los animales y a la noche, poblada de espíritus, según esta gente, desaparece en la oscuridad.

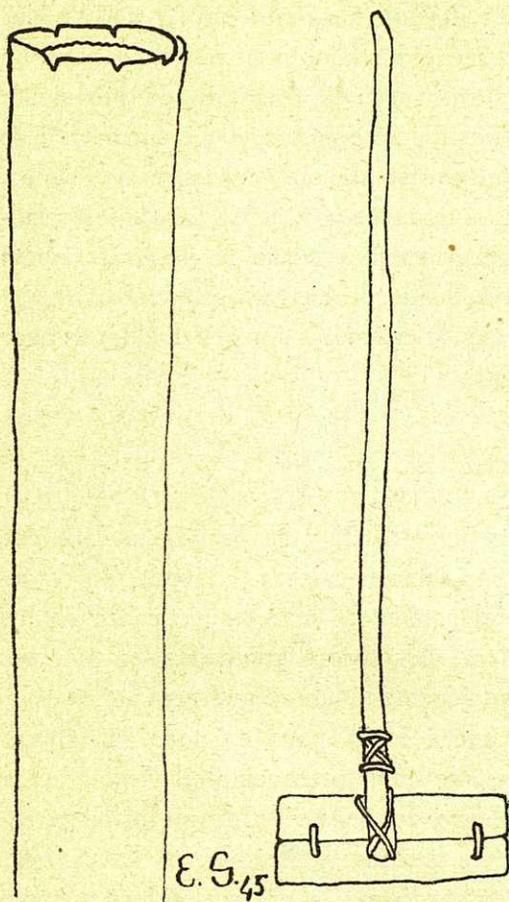
Al día siguiente, y a pesar de la continua lluvia, iniciamos el regreso al amanecer.



«Misinga» vieja tatuada

## VI.—«SEÑOR: ¡GORILA!»

Con la primera luz de la mañana sorprendemos una serie de animales, tales como ardillas, monos, mochuelos, etc. Alrededor de las siete, y al principiar un repecho, subidos en la vagoneta de marras, los negros se detienen y con acento misterioso nos dicen: «Señor, gorila».



Antorcha «otú»

Escobón «evú'a»

En efecto; miramos hacia adelante y vemos dos magníficos ejemplares del «hombre del bosque» que, cruzados en la vía y a unos 50 metros, espían nuestros movimientos. A mí no me hace ninguna gracia el espectáculo, aunque mi curiosidad puede más que el temor.

El blanco que me acompaña se deja llevar de su imprudencia y comienza a dar grandes gritos, a los que me sumo. Los bichos, negros y peludos, optan por la retirada y desaparecen, con sus andares pesados y cadenciosos, por entre el «bicoro».

Alcanzado Mbia, nos subimos en el tren que nos espera y regresamos a la costa.

Los últimos días sigo por la playa en dirección Norte, hasta alcanzar Ebongo. Al asomarme al mar mi «boy» me dice: «Señor, ahí tienes barco que te va a llevar». En efecto; me vuelvo y contemplo la silueta maciza e inmóvil del «Dómine». Me da un vuelco el corazón y me propongo marchar de forma que no pierda el barco. Estamos a principios de septiembre y ha comenzado la época de lluvias. Perder un mes más en estas tierras su-

pone estar encerrado en Bata sin poder salir al campo y sin poder trabajar sobre los datos ya recogidos. Por otra parte, al cabo de ochenta días de vivir el bosque jornada tras jornada me siento saturado de apuntes y observaciones. Siento que mi curiosidad se halla como embotada por el exceso de observaciones realizadas. Prolongar la campaña, más que favorecer, perjudicaría el resultado de mis trabajos. Tengo prisa por verme en Madrid, frente a mi máquina de escribir y rodeado de los libros y herbarios que he de consultar para redactar la Memoria en que he de recoger el resultado de mis trabajos.

#### VII.—EL GORILA COBRADO

En mi cuaderno de ruta número 2, y en la página 101, leo esta nota escrita a lápiz y con letra nerviosa: «Sábado 14 de julio de 1945.—El entierro del gorila. La marcha victoriosa de los negros portadores del cadáver. Las toscas angarillas de madera. Los torsos sudorosos. La canción monótona y guerrera».

La nota transcrita, en que recogía para mí toda la intensa emoción del espectáculo que me cupo presenciar en Nsoc (1), la tarde de este sábado, a lo largo del recorrido de mi primera salida importante con punto de partida y llegada en Evinayong, voy a desarrollarla ahora, en medio del silencio y calma que me rodean en mi cuarto de trabajo de Madrid, pues la consigné precisamente pensando en que este momento llegaría.

Las breves frases releídas ahora me traen el recuerdo de la escena, por un realismo tan diáfano que me parece volverlo a vivir.

Era media tarde. Me hallaba en casa del «docta» de Nsoc to-

---

(1) Tal vez extrañe el lector la grafía que empleo en la transcripción de los nombres pámués; pero es tal la confusión y falta de criterio unificado que reina en este plano, entre los que escriben de Guinea, y me parece tan exótico el uso de la k, que he preferido sustituirla por la c.

mando una taza de café, pues habíamos comido tarde porque dediqué toda la mañana a recorrer los cerros que cierran por Oriente el poblado de Nsoc, en busca de datos botánicos.

Hacía exactamente nueve días que abandoné Evinayong a la cabeza de una columna de seis braceros y dos guardias coloniales, todos negros, para realizar mi primera salida larga a través de la selva virgen. Crucé por Cucumancoc, Aconibe, y atravesando el Mafanebú (los nuevos bosques), fuí a salir a la carretera de Acurenan a Nsoc, hallando al blanco en cuya casa me hospedaba ahora en el poblado de Esong, donde se encontraba atendiendo a sus obligaciones médicas.

El poblado de Nsoc (Elefante) está perdido en el confín sud-oriental de nuestro territorio continental. Un circo de lomas cubiertas por el bosque virgen cierran el horizonte de este paisaje suave y melancólico.

Estando enfrascados en una serena conversación sobre los mil detalles interesantes que encierra la vida y costumbres de los pámues, oímos un sordo y lejano rumor que hizo exclamar a mi interlocutor:

—¡Ahí llega el gorila que Bacale ha cazado esta mañana!

—¿Es posible? —pregunté lleno de curiosidad—. Me interesaría mucho ver esa pieza de caza mayor.

—Pues venga usted conmigo; podremos verlo y tocarlo, porque daré orden a los negros que lo traen que dejen satisfacer a sus anchas la curiosidad que usted siente.

Abandonamos precipitadamente la casa, y una vez alcanzado el camino principal del poblado, pude presenciar uno de los espectáculos de mayor sabor y carácter que califica este ambiente ecuatorial.

A unos cincuenta metros de nosotros avanzaba un grupo de seres humanos formado por cuatro negros atléticos y graves, que llevaban sobre sus hombros unas toscas angarillas de ramas de árbol,

sobre las que se veían el cuerpo informe y oscuro de una bestia descomunal.

Formaba la comitiva una muchedumbre de niños, miningas y hombres pámués que seguían con manifiesta emoción el grupo de los cuatro negros con el cadáver del gorila.

A medida que se acercaba el grupo, la escena iba cobrando proporciones mayores, como en una ampliación prodigiosa y sensacional.

Los negros entonaban, con voz sonora y grave, hinchados de orgullo, una canción opaca, y de ritmo monótono, pero llena de fuerza y de expresión. Sus ojos brillantes denunciaban la satisfacción de que estaban poseídos.

Sobre sus hombros viriles y macizos descansaban las ramas retorcidas, nudosas y ásperas, con que habían improvisado aquella suerte de angarillas.

Los torsos ciclópeos, de un color negro profundo, brillaban bañados en sudor por causa del peso de la carga que transportaban.

De sus bocas circundadas por los gruesos labios salían sonidos guturales sólidos y vibrantes, junto con los destellos blancos de los dientes brillantes.

Los brazos musculados y las duras y toscas manos mantenían seguro sobre el camino el artefacto hecho de palos atados con «melongo».

Los cuerpos desnudos, con una breve tela sobre la cintura, avanzaban con paso firme, rindiendo un esfuerzo bien ostensible y que daba gran viveza al espectáculo.

Cuando llegaron a nuestra altura depositaron en el suelo las angarillas, a una leve señal del blanco que me acompañaba, y cesaron en su cántico.

Entonces pude contemplar a placer el descomunal gorila, el



*Formación costera (cortina litoral) integrada por cocos, «abengas» (Veronia conferta) y un helecho halófilo, típico de estas formaciones vegetales en todo el trópico (Acrostichum aureum).*

Hermic Films, fot. VIII-1945.



*A través de un claro de bosque se ve la base del cerro cúpula de Alum con vegetación leñosa, donde ésta puede arraigar. Camino de Nsoc.*

E. Guinea, fot. VII-1945.



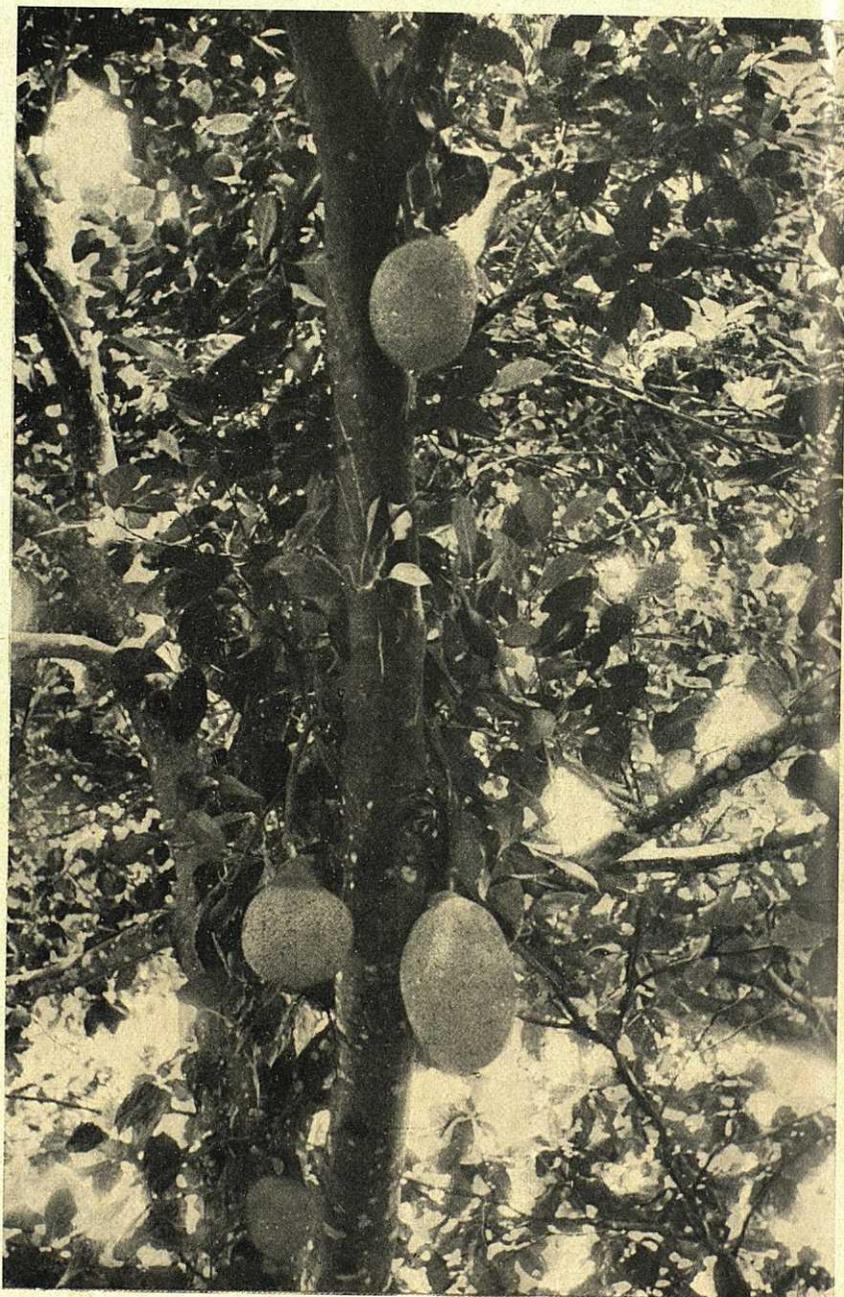
*Vista del desbosque de Evinayong, respetándose la  
nitrogenados.*

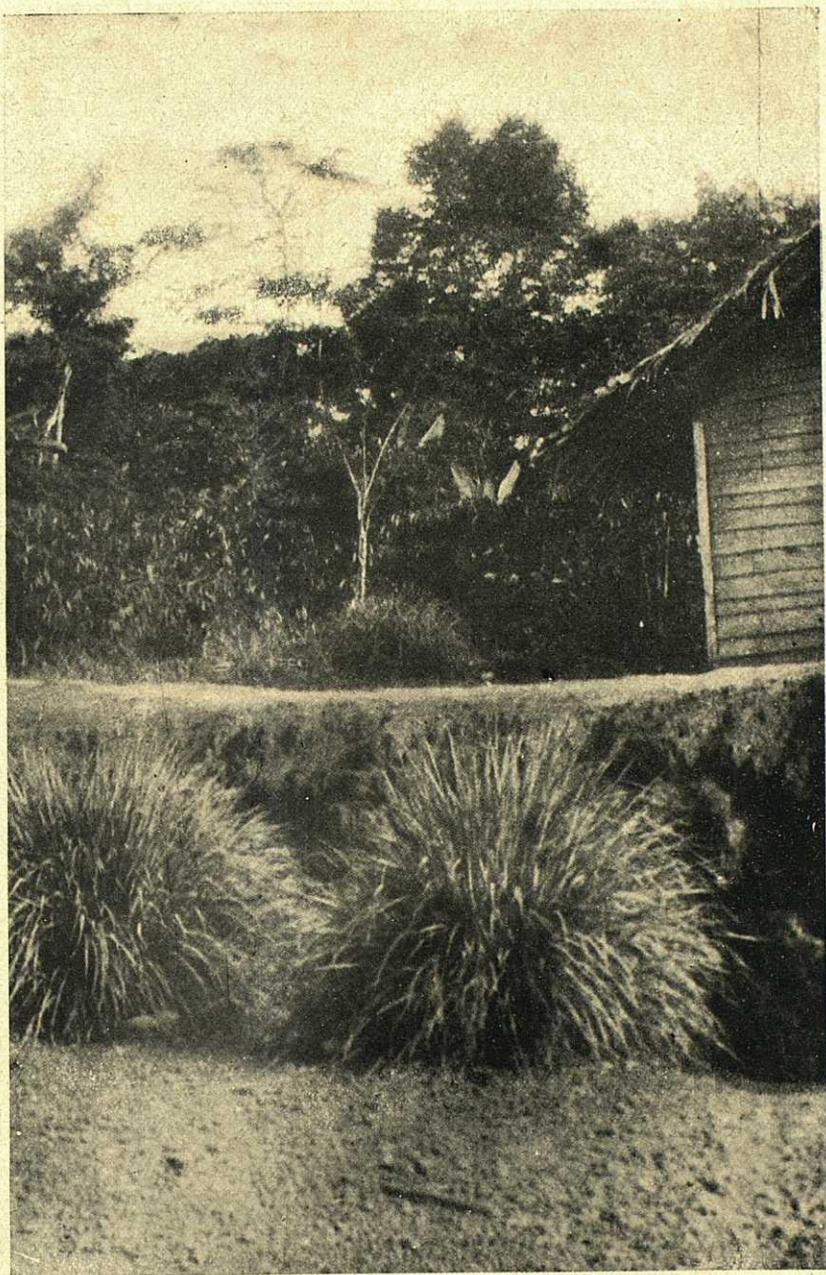
E. Guinea, fot. VIII-1945.

E. Guinea, fot. VIII-1945.

*Detalle del árbol del pan (Artocarpus integrifolia), con sus grandes frutos, cultivado en el Servicio Agronómico de Santa Isabel.*

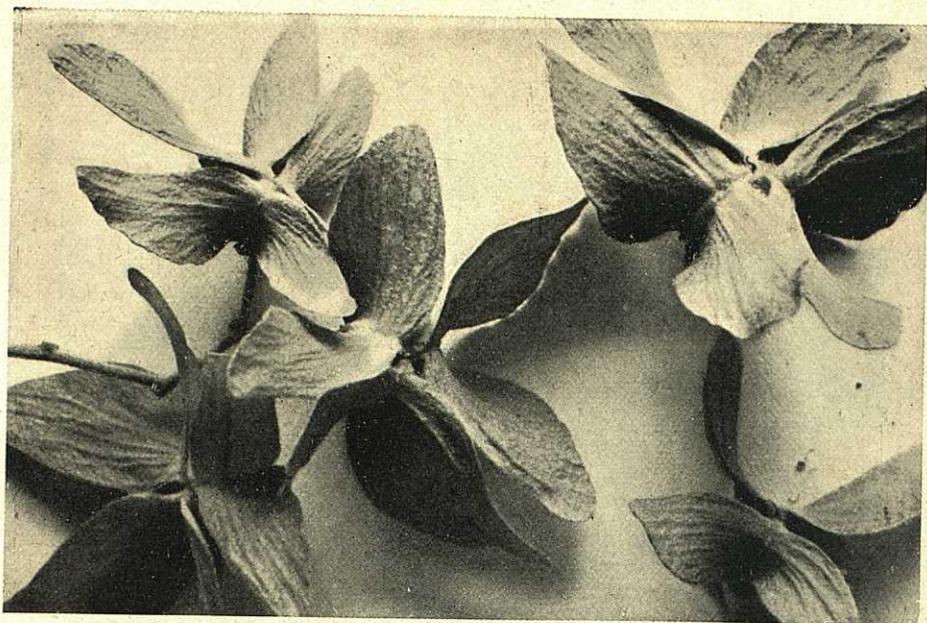
Hermic Films, fot. IX-1945.





*Borde de la carretera de Micomeseng a Ebebiyin, a la altura del poblado de Oyap (kilómetro 170), con las típicas matas de «country tea» (Andropogon citratus), que se toma en infusión.*

E. Guinea, fot. VII-1945.



*Frutos provistos de alas y detalle del follaje de la Berrya amomilla Roxb.,  
cultivada en el Servicio Agronómico de Santa Isabel.*

Hermic Films, fot. IX-1945.

«hombre del bosque», peludo y sólido, que se había desplomado al tiro de Bacale.

Su peso no bajaría de los ciento noventa kilogramos. Tomé uno de sus brazos en mis manos y lo levanté. Me quedé sobrecogido cuando pude comprobar personalmente la enorme envergadura de aquella bestia, cuya estatura no excedería a la de un hombre corriente. La carne prieta no cedía a la presión de los dedos. Todo era duro y áspero en aquel ejemplar de las honduras del bosque.

El detalle anatómico denunciaba que era un macho ya maduro y solitario. Uno de esos temibles ejemplares que cuando está en celo pone espanto en los cazadores más serenos.

La posición horizontal del animal hacía que la cabeza tendida mirase al cielo con expresión serena. Debajo de sus rudos arcos superciliares, gordos como asas de puchero, se habrían los ojillos, ahora apagados e inmóviles. El pecho, inmenso como una loma, ya no se movía a impulsos del valor o del amor elemental.

Estaba quieto, tranquilo, derrotado, pero como si su serenidad fuera consciente de que fué vencido por un arma contra la que nada podía todo su vigor físico y su astucia de ente educado en el laberinto de la selva.

Llamamos a Bacale, y allí mismo, delante del cadáver, nos explicó cómo lo había cazado.

Para él la cosa era sencilla. Conocer las costumbres del animal. Estar mucho, mucho tiempo esperando que venga a buscar comida en el sitio que ya se sabe antes. Acercarse sin hacer ruido, y cuando llega a dos o tres metros, apuntar a la tripa y disparar con el pulso seguro.

Así es como Bacale tumbó, en el fondo del bosque, la bestia primaria y poderosa.

El respeto, el temor y la admiración que los negros sienten por el gorila es uno de los espectáculos más bellos de estas tierras cu-

biertas por la selva. Para el pámue, el gorila es el «hombre del bosque», valiente y decidido, que no quiere saber nada de chozas ni de las demás zarandajas que precisa la debilidad del hombre para vivir.

A tal grado llega la veneración del negro por el «hombre del bosque», que uno de los ritos más interesantes de su religión primitiva es el culto del «nguí» (gorila).

Pero además la malicia de los negros les hace decir que «el gorila, que es «hombre del bosque», sabe hablar tan bién como tú y como yo, pero que no quiere hablar porque entonces blanco cogería a «hombre del bosque» y le llevaría de bracero a su finca». Los negros volvieron a tomar sobre sus hombros aquella especie de altar volante y continuaron su procesión de víctor hasta la plaza del poblado, donde hicieron el alto definitivo y comenzó el despojo del animal.

El corazón y otras vísceras nobles, para el valiente cazador que sabía jugarse la vida sin pestañear, y los demás miembros y trozos de carne a los diversos habitantes del poblado, según su importancia y categoría. Unicamente las gentes muy jóvenes tienen prohibido comer carne de gorila, que es muy parecida a la del hombre. Aquí tenemos otra de las razones que explica el origen del canibalismo.

Si en el bosque, que no abunda en carne comestible, hay animales de conformación muy parecida al hombre, cuya carne resulta sabrosa, no hay razón para aquellas mentes primitivas que se oponga a la antropofagia.

Es más, en la justificación religiosa de que comiendo a un guerrero valiente se asimila todo su poder y todo su valor, el negro halla el argumento decisivo que vela y da sentido a su instinto primario, que le lleva con avidez a comerse a sus semejantes.

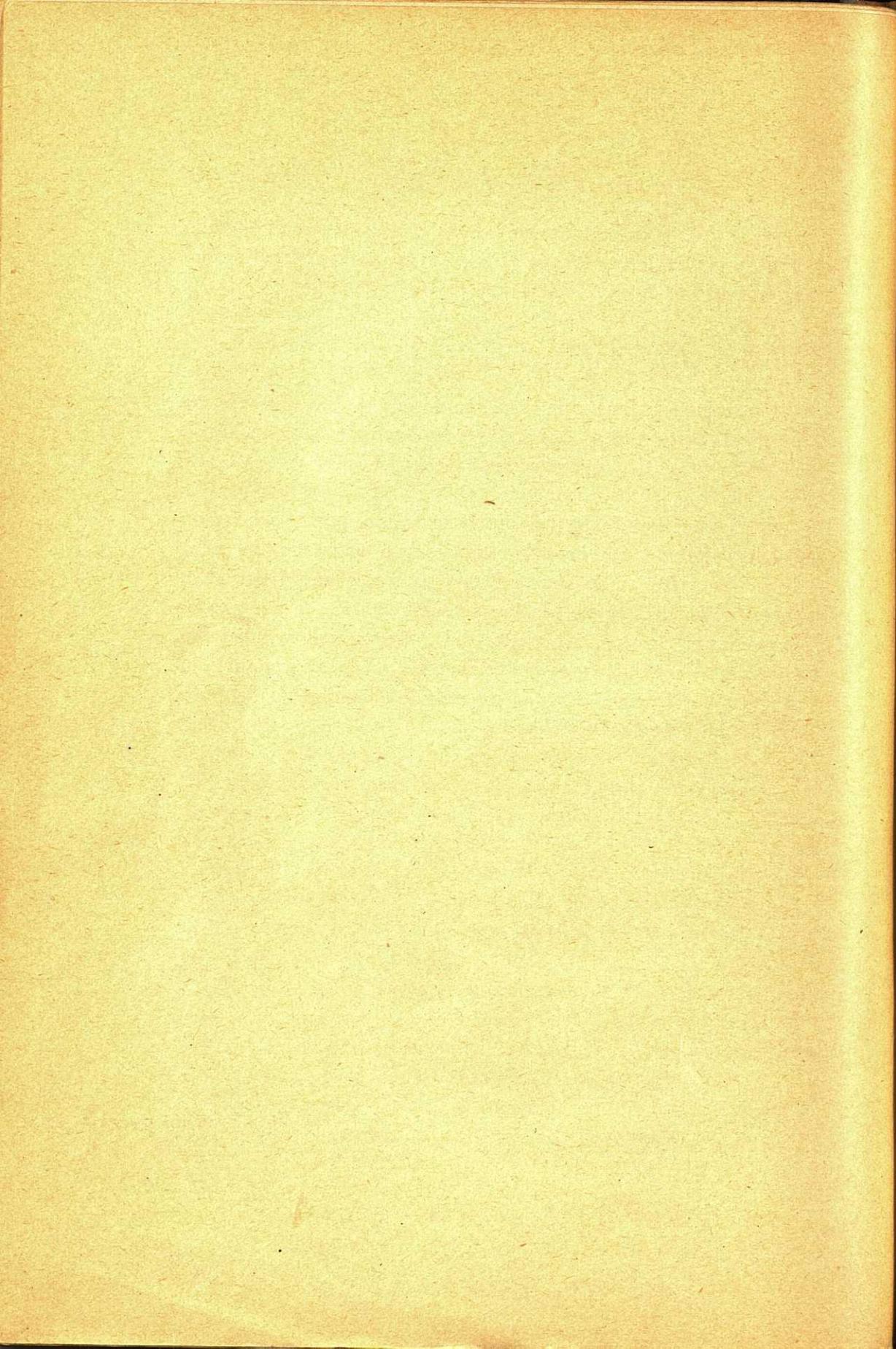
Ellos protestan mucho de que la razón que los mueve sea el simple deseo de comer carne, y explican muy serios que es la ra-

zón religiosa de sus ritos primitivos la que justifica su costumbre odiosa; pero a mi me queda siempre la sospecha de que sus hábitos buscan satisfacer su torpe necesidad.

#### VIII.—VUELO SOBRE EL BOSQUE

De regreso a Bata, aun dispongo de cuatro días antes de que zarpe el barco. Puedo satisfacer mi deseo de volar sobre la Guinea continental española, como hace dos años volé sobre el desierto.

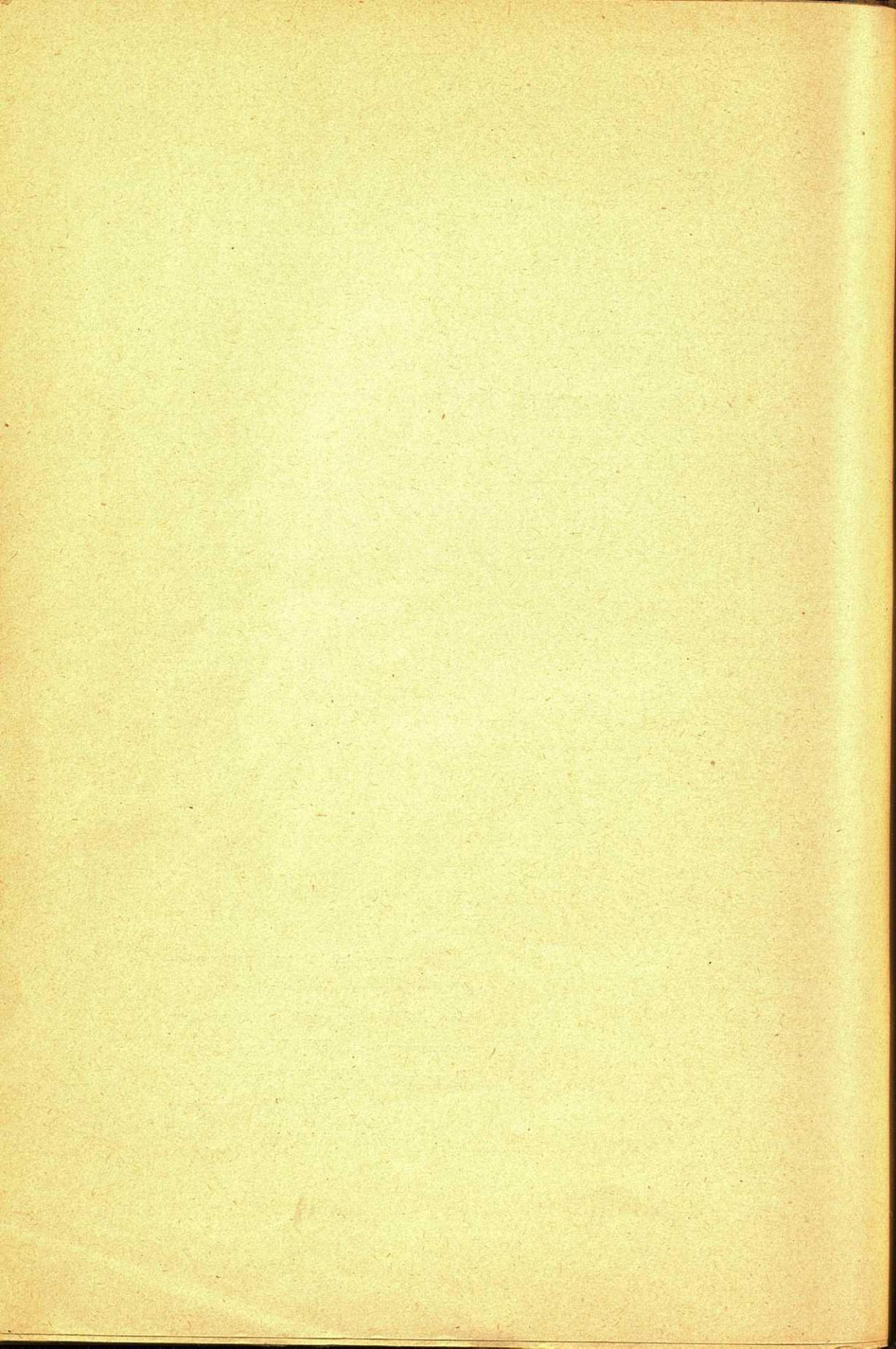
En la avioneta del malogrado Fuster (q. e. p. d.), que fué ingeniero jefe del Servicio Forestal, realizo un vuelo del aeródromo hasta Benito, de aquí a Bata y regreso al aeródromo. Esta nueva visión del bosque, de las praderas litorales y de la costa completa mi concepción terrestre del tapiz vegetal, y satisfecho, y cargado de todo lo que materialmente puedo transportar, embarco en el «Dómine», la mañana del 7 de septiembre de 1945, con rumbo a Santa Isabel.



CAPITULO XI

"¡A MUI MA QUE YÁ!"

- I. EL REGRESO A LA CIUDAD.—  
II. LA CARTA, DIFÍCIL DE ESCRIBIR.—III. LO MEJOR DE MI EXPERIENCIA. — IV. JUAN JACOBO ROUSSEAU.—V. EL SENTIDO DE LA CIUDAD. — VI. MI TÉCNICA DE TRABAJO.



## I.—EL REGRESO A LA CIUDAD

**N**i una palabra más del bosque. Ahora estoy en Madrid. He vuelto a pisar sus aceras limpias, sus aceras sucias. He vuelto a vivir sus días alegres llenos de sol, de aire diáfano. Sus días lluviosos, grises y embarrados. Con esta y con aquella luz he gustado de nuevo la vieja alegría, profunda, íntima y serena de sentirme dentro del medio civilizado.

Ni una palabra más del bosque. No más padecer la dolorosa incompreensión de aquellos hombres primitivos. El sufrimiento que produce luchar con su mentalidad, tan divergente de la del blanco, se hace a veces difícilmente tolerable. Vosotros los Michá, los Ndongo, los Ogon nunca podréis comprender la belleza excelsa de los objetos naturales. Si el tubérculo no es comestible, si la hoja no cura, si el fruto no es apetitoso, para vosotros aquellas hojas, flores o frutos carecerán por completo de interés, y con tosca malicia reiréis para vuestros adentros del blanco que busca cosas inútiles.

En cambio, me llenáis de atenciones y de respeto cuando merezco los calificativos de «el blanco que busca venenos» o de «el blanco que recoge plantas que sirven». Tampoco conocéis el *confort*, ni las horas blandas de la vida. Vuestra indolencia es demasiado ruda, vuestros bancos demasiado duros y vuestras «miningas» nada espirituales y bastante sucias. Y no hablemos de vuestra religión macabra, llena de alusiones téticas.

## II.—LA CARTA, DIFÍCIL DE ESCRIBIR

Un día quise escribir una carta llena de pasión y llena de en-

tusiasmo. Iba dirigida a la persona que me había elegido para realizar el trabajo de este verano, que satisface plenamente mi mayor ambición. Necesitaba volcarme materialmente en aquella carta para que las dos páginas escritas llevasen al ánimo de mi amigo toda la gratitud que le debía por todos los placeres que me había proporcionado. Además, el peso de la incomprensión negra hacía que sintiese con mayor viveza la necesidad de total inteligencia.

Como mi manuscrito es un puro garrapato, y yo quería que mi lector recibiera limpiamente mis ideas a través de letras de molde, recurrí a un escribiente «moreno». El buen hombre, deseando servirme, puso en su máquina una gran hoja de papel blanco y esperó a que le dictase. Comencé a dictar, poniendo mis cinco sentidos en hacer una carta definitiva, y al segundo renglón me acerqué a leer lo que escribía mi ayudante. Quedé desolado. Unas palabras estaban juntas, otras separadas por los sitios más disparatados, otras carecían de unas cuantas letras. La ortografía era totalmente de negro. Sin embargo, me resultaba difícil renunciar a la idea de hacer una carta escrita a máquina. Se volvió a poner otro gran papel limpio. Volví a examinar los dos primeros párrafos, y comprobé, en efecto, que mis rectificaciones habían caído en el más completo vacío. Arranqué violentamente el papel de la máquina, y luego de hacer con él una bola y de arrojarlo al cesto de los papeles le dije al negro, con la mayor dulzura posible: «Amigo mío, me parece que será mejor escribir a mano esa carta». Mis garrapatos podrían ser leídos difícilmente, pero yo sabía, con seguridad absoluta, que mis ideas allí manifiestas irían derechas a su blanco, porque me dirigía a un hombre que me comprendía totalmente y cuyo entusiasmo se hacía eco del mío. Era un semejante mío. Un hombre civilizado.

## III.—LO MEJOR DE MI EXPERIENCIA

Esta es la lección más importante que aprendí en mi recorrido de este verano por el bosque. La de estimar como una cosa maravillosa la civilización del hombre blanco. Por eso es tan natural que ahora, en Madrid, todo me parezca espléndido, todo me parezca extraordinario.

Desde la inteligencia rápida del madrileño de la calle, que comprende con una sola mirada y coge al vuelo las medias palabras, hasta el ambiente de refinada cultura que hay en los cenáculos más recoletos, donde reinan las magistrales ideas orteguianas o la maestría d'orsiana.

Al regreso de este viaje he sentido más vivamente que nunca la gran solera que encierra la capital de España, tan vapuleada por algunos.

Madrid no es Argamasilla la Grande, de Unamuno; Madrid no es sólo el poblachón manchego (que, por otro lado, tiene su carácter, virtudes y defectos como los tiene el mejor pueblo de la tierra). Para mí, hoy, Madrid es el Paseo del Prado, con su Museo macizo y aristado que se hizo para las Ciencias Naturales, y que hoy es de Pintura. La fachada de la Academia de la Lengua, graciosamente colocada en una perspectiva alta. El círculo de la Plaza de Neptuno, perfecto y ponderado. La sólida verja del Jardín Botánico, que limita un ámbito, con sentido religioso para mí, donde sufrieron y gozaron, vivieron y pasaron los Quer, Cavanilles, Lagasca, Colmeiro, etc., etc.

En fin, el nivel de civilidad y de cultura del Madrid noble, dotado de piedras bien labradas y de hombres bien cultivados, me ha parecido extraordinario y adorable.

## IV.—JUAN JACOBO ROUSSEAU

Cuando comencé a vivir mi juventud creí a pie juntillas en la

idea de Rousseau: «El pecado más grave del hombre es haberse alejado de la Naturaleza».

Mi vida, que se deslizaba dentro de una ciudad desde que nací, me inspiraba verdadera lástima. En aquellas calles de duras losas y de paredes grises me estaba vedado gozar de todo ese conjunto de sensaciones virgilianas que vienen del campo, de la Naturaleza abierta y sin mixtificación. Me pareció esencial, para sentirme sano de cuerpo y espíritu, familiarizarme con el ruido y transparencia de las aguas del torrente, con el aroma de las flores silvestres, con la alegría tierna y acogedora de una Naturaleza suave y tranquila.

Pero fueron transcurriendo los años y advertí, cada día con más claridad, que las gentes campesinas, que vivían metidas en el medio rural, se manifestaban con tal tosquedad que denunciaban una sensibilidad embotada. No parecían emocionarse ante la forma de los árboles, la grandeza de los peñascales o la luz de las nubes. Por el contrario, siempre les sorprendía disgustados con el tiempo, que muchas veces se oponía a sus necesidades, y, en definitiva, su reacción ante la Naturaleza, en que vivían inmersos, era una constante y amarga queja, nacida de la condición de su dura vida, llena siempre de inquietudes y de insatisfacción. Tampoco los veía más sanos ni más longevos que los urbícolas.

## V.—EL SENTIDO DE LA CIUDAD

Entonces comencé a pensar que la frase de Rousseau era más espectacular que real. Que para gozar de la belleza, sea natural o humana, no es condición indispensable vivir pegado a ella, sino que lo esencial es disponer de una sensibilidad y de una conciencia hechas a gozar de lo perfecto. En definitivo, que era preciso establecer un dualismo entre el objeto amado y el sujeto

que goza de él. Era preciso que hubiera un a modo de escenario y un patio de butacas desde donde contemplar, sintiéndose aparte, el espectáculo preferido.

Es más, tal separación entre el objeto y el sujeto, mejor que perjudicar el libre comercio entre ambos, venía a reforzar y a hacer más intensa esta relación, buscada con tanta apetencia.

Entonces comprendí claramente que mi condición urbana me colocaba en posición de ventaja para poder gozar con mayor perfección del objeto de mis amores: la Naturaleza a extramuros de la ciudad.

Por eso dedico todo este capítulo a cantar la ciudad, depósito de todo lo que ha ido creando el hombre a espaldas de una naturaleza bárbara y primigenia. Dentro de esos inmensos caparachos (las ciudades), que forman a manera de grandes costras de cemento, incrustadas en el campo, se acoplan compartimentos y más compartimentos («habitáculos»), en los que se archiva, se registra, se ordena, se discute, se interpreta y se goza de todo ese gran universo que no es la ciudad. El microcosmos, que es la conciencia del hombre, precisa de una plataforma que sostenga un recinto cerrado donde poder manipular, sobre lo que atisba, desde su observatorio. Con ello se libera del mayor número posible de servidumbres, lo que le capacita para poder consumir el máximo porcentaje de su energía en interpretar y aprovechar aquello que se despliega infinito fuera de la edificación.

## VI.—MI TÉCNICA DE TRABAJO

Tal conclusión, antagónica de aquella a que llegara Rousseau, está mucho más de acuerdo con las necesidades humanas, y buena prueba es que el incremento de las ciudades avanza vertiginosamente. Porque el hombre las estima un bien.

Por otra parte, ello me ha llevado lentamente a mi actual

técnica de trabajo, que consiste en hacer ligeras y breves escapadas al campo, donde me nutro rápidamente de aquellos valores y recursos que luego iré elaborando dentro de mi celda, con calma y con fruición. Y aun, cuando estoy en el campo, veo con íntimo placer, al cabo de unas horas de inmersión en la Naturaleza, las cuatro paredes, aunque sean de una choza pámue, que me aislarán del contorno inhumano.

Tanto más naturalista me siento cuanto más y mejor me aislo para trabajar sobre mi tema central, que no es otro que la propia Naturaleza (al menos en su faceta vegetal), y todo ello siempre al servicio de «mis semejantes».

Y mis ojos ven hoy con nueva alegría el bullicio del ajeteo ciudadano, el ir y venir de las gentes disciplinadas en fines comunes y estimados. Sé muy bien que este tejido prieto y apresurado oculta pasiones fuertes y luchas encarnizadas, pero por encima de lo áspero del vivir se percibe, con luz de sol, una armonía de colaboración sólida y de tendencia unitaria. Es como una grandiosa marcha triunfal hacia objetivos cada vez más claros.

Aunque yo sucumba en la lucha, aunque yo quede postergado y derrotado, veo a los hombres civilizados que avanzan hacia adelante, en cerrada falange macedónica, y a punto de concluir el asalto y domeñar a una Naturaleza esquiva y artera, y este espectáculo me consuela y me conmueve.

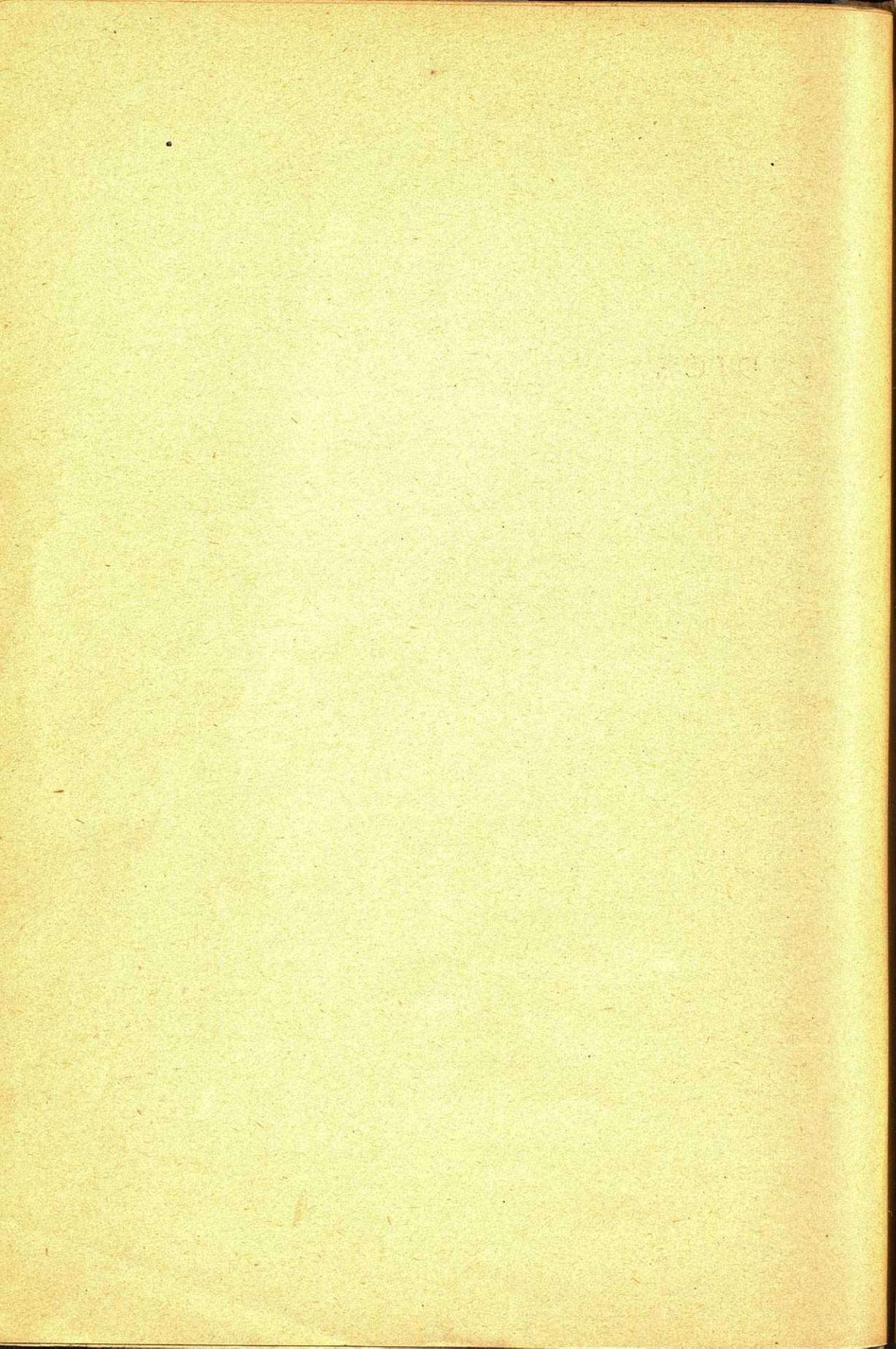
Por eso ahora, al regresar del bosque, estimo todo lo que vale la trágica armonía que encierra una ciudad.

Y como despedida, la frase del pámue: «¡A muí ma que yá!» (1).

---

(1) «¡Amigo, me voy ya!».

INDICE



	<i>Págs.</i>
PRÓLOGO .....	7
PREÁMBULO .....	13
CAPÍTULO I.—Misión geobotánica a la Guinea Española .....	19
CAPÍTULO II.—El zarpazo del bosque .....	35
CAPÍTULO III.—Ogon ngam .....	47
CAPÍTULO IV.—Cucumancoc .....	59
CAPÍTULO V.—En busca del estrofanto .....	71
CAPÍTULO VI.—Recorrido del Bimbile .....	83
CAPÍTULO VII.—Los pámués .....	97
CAPÍTULO VIII.—La costa .....	111
CAPÍTULO IX.—Cabo San Juan .....	121
CAPÍTULO X.—Encuentro con los gorilas .....	133
CAPÍTULO XI.—«¡A muy ma que yá!» .....	149
INDICE .....	157

